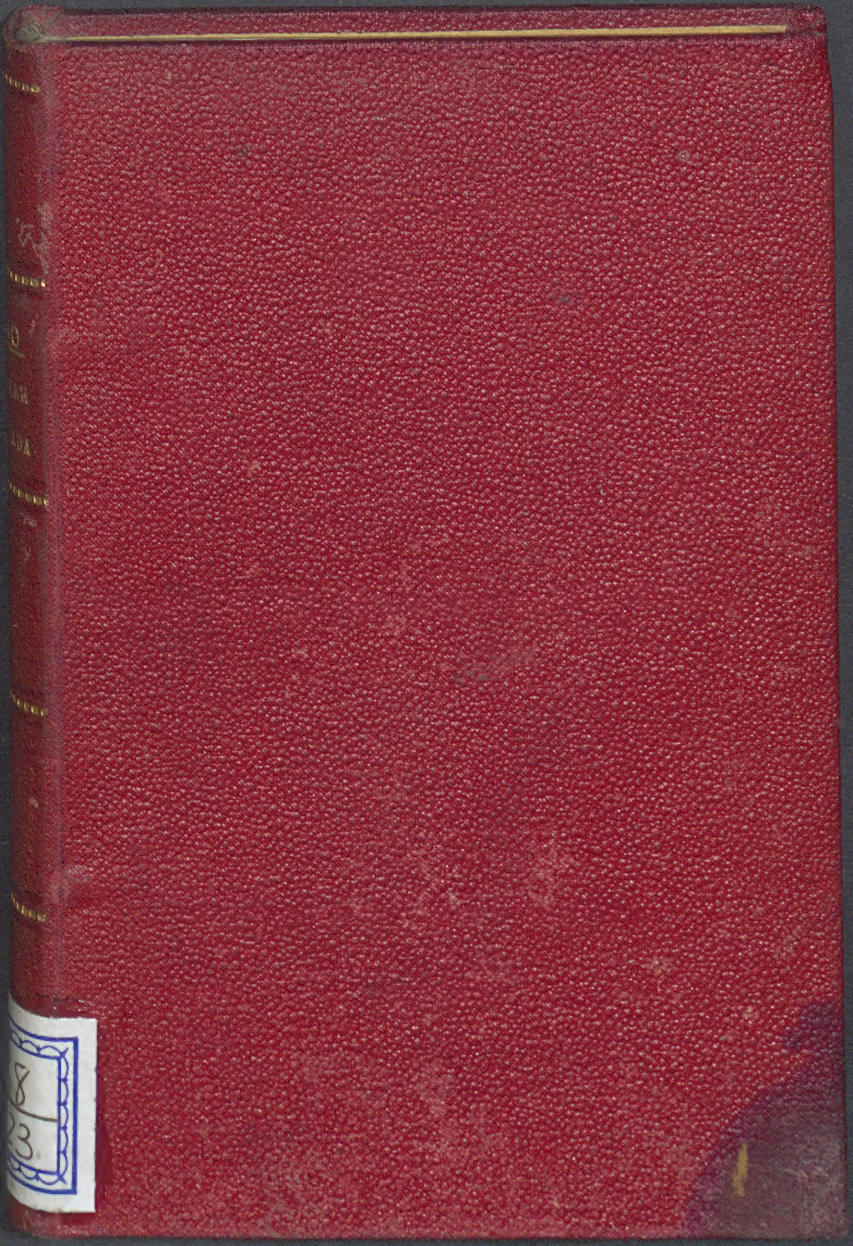


LA

Jerusalen Libertada.

LA
JERUSALEN LIBERTADA:

DE

Torcuato Tasso.

Trasladada al castellano de la traduccion francesa hecha en prosa en 1774, corregida despues, y publicada en 1814;

POR

Don Antonio Izquierdo de Wasteren.

TOMO SEGUNDO.

MADRID: NOVIEMBRE DE 1832.
Imprenta de D. TOMÁS JORDAN, *calle de Toledo, frente á la del Burro.*

JERUSALEN LIBERTADA.

Canto Décimo.

Al decir esto divisó un corcél que vagaba errante; apoderóse de su rienda, y aunque debilitado por las heridas montó en él: su casco habia perdido la horrible cimera que le coronaba, y su armadura destrozada y sangrienta no conservaba el menor vestigio de su brillo y riqueza.

No de otro modo que el lobo que arrojado del aprisco vuela á esconder en los bosques su furor, palpitando aun las víctimas que devorára, y ansioso de igual estrago lame sus ensangrentados labios, así caminaba el homicida Soliman bañado en sangre, pero deseando vivamente volver á derramarla.

En vano una multitud de lanzas, espadas y

cesidad de tu presencia, se hallará en estos sitios aquel monarca con sus huestes, y porque otro debe ser el teatro en que hagas brillar contra nuestros enemigos tu valor y tu audacia.»

"Si quieres seguir mis consejos, yo te introduciré en medio del dia dentro de la ciudad que sitian los cristianos, donde con el acero en la mano podrás luchar contra los peligros, y alcanzar la gloria que ambiciona tu corazon, defendiendo nuestros muros, mientras el egipcio llega á renovar la guerra."

Las miradas y la voz del anciano desarman la cólera del fiero musulman, y éste le dice: "¡Oh padre! Seguiros he á donde me guieis, pues siempre preferiré el consejo que me ofrezca mayores fatigas y peligros."

Alabó el anciano su dictamen, y derramando un balsamo consolador sobre las heridas que el aura de la noche habia empeorado, restituyó á Soliman su antiguo valor y fuerzas. El sol con sus dorados rayos empezaba á embellecer las rosas que la aurora habia hecho brotar, y el desconocido dice: "Ya es hora de que partamos; el astro del dia nos descubre el camino y nos llama al trabajo.»

No lejos de este sitio los espera una carroza: sube en ella el anciano con Soliman, y su diestra

mano rije los fogosos caballos, los escita y los anima: oyése el retiñir del eje, y casi sin dejar vestigio alguno las ruedas en la arena, tascan los corceles, bañados de sudor, el bocado cubierto de blanca espuma.

¡Pero, oh prodigio! Condénsase repentinamente el aire, y formando una nube sólida é impenetrable, y solo para ellos transparente, envuelve y cubre toda la carroza, desde donde divisan el Cielo y cuanto les rodea.

Admirado el sultan, frunce su ceño, arruga la frente, y con sus miradas espantosas contempla la nube y la carroza, que con la rapidez del rayo desparecen: el anciano que lee en sus miradas el asombro de que está poseido, le saca de él, y el sultan esclama.

"¡Oh tú, quien quiera que seas, que sujetas á tus leyes toda la naturaleza, y que penetras los ocultos secretos del corazon humano! si te es dada la ciencia del porvenir, dime, te ruego, cuál es el término que el Cielo tiene preparado á los movimientos del Asia, y la catástrofe que nos espera."

"Pero antes dime tu nombre, y el arte con que obras tantas maravillas; dime todo esto, pues si no me tranquilizas, la turbacion en que me encuentro, ni me permite escucharte, ni me deja comprenderte." Sonrióse el anciano, y le dijo: "facil

me es llenar una parte de tus deseos: sabe, pues, que me llamo Ismeno; mi arte es ignorado del vulgo, y los sirios me llaman mago."

"Pero el descubrirte el porvenir, el desarrollar á tu vista los eternos anales del destino, es un deseo superior al poder de todo mortal. Nosotros caminamos sobre la tierra por entre sinsabores y desgracias, que solo podemos contrarestar por la razon y el valor que para ello se nos dieran: así sucede frecuentemente que el sábio y el héroe se labran su propia dicha."

"El Cielo te ha dado un corazon invencible, y tu brazo puede, no solo salvar los muros que sitia un pueblo bárbaro, sino conmover tambien los cimientos del imperio de los cristianos. Vé, pues, á arrostrar las llamas y el acero; acomete, sufre, espera, y todo te lo prometo de tus esfuerzos. Ahora te revelaré por complacerte lo que como por medio de una densa niebla me es permitido entrever.»

»Antes que el astro eterno que mide los dias haya corrido su carrera por espacio de muchos lustros, veo, ó creo ver nacer un héroe, cuyas hazañas engrandecerán el Asia. No te pintaré ni las artes ni la industria que embellecerán el Egipto bajo su venturoso imperio, ni las virtudes que apenas puedo todavía distinguir: baste solo

para lisonjear tu venganza y llenar tus deseos, saber que aniquilará el poder de los cristianos.»

» Su último esfuerzo destruirá hasta los cimientos el injusto imperio de estos; y los desgraciados restos de esos bárbaros irán á buscar el asilo sobre una roca escarpada, defendida solo por el mar: este héroe descendera de tí." Al pronunciar estas palabras calló el mago, y Soliman esclamó. "¡Oh, dichoso ese mortal á quien el Cielo ha elegido para tan alta gloria!" Sin embargo, la alegría que esperimenta está mezclada de la rabia de los zelos.

"Sea, añadió, favorable ó adversa á mis deseos la fortuna, jamás cederé á sus caprichos, y siempre me verá con ánimo igual y tranquilo recibir sus beneficios y desafiar sus rigores. El astro de la noche saldrá de su órbita, y las estrellas cesarán en su carrera, antes que Soliman se separe un momento del sendero de la justicia. Dijo, y su semblante se enciende y el fuego de la audacia centellea en sus miradas.

Al fin distinguen desde lejos las tiendas de los cristianos. ¡Qué horroroso espectáculo se ofrece á su vista! ¡bajo qué diversas formas se les presenta la muerte! Una nube de dolor cubre sus ojos, y las lágrimas inundan sus megillas. ¡Cuán despechado miró sus banderas, en otro tiempo tan temi-

bles, yacer sangrientas y desgarradas sobre el polvo.

Victoriosos y triunfantes los cristianos, huellan á sus pies los cadáveres de sus mas fieles y queridos amigos, y con el mayor ultraje los despojan de sus armas y vestiduras: otros celebran los funerales con toda la pompa del triunfo, y mas allá se enciende una hoguera en que se entregan á las llamas mezclados y confundidos los cuerpos de los árabes y de los turcos.

Suspira entonces profundamente el sultan, y empuñando el acero, precipítase del carro y quiere lanzarse en medio de los enemigos; pero el mago le contiene y reprime su temerario ardimiento: vuelven á subir, y encamínanse precipitadamente ácia la cima de la colina, hasta dejar detras de sí el campo de los cristianos.

Bajan del carro, que inmediatamente desaparece, y cubiertos siempre con la nube, toman ácia la derecha una senda que se estiende por un valle; pero al llegar al sitio en que Sion presenta á los últimos rayos del sol su escarpada falda, se detuvo el mago, fijando sus ojos en el declive del monte.

Entre duros peñascos se vé la entrada de una oscura gruta abierta muchos siglos antes; pero que está casi sepultada entre arbustos y malezas. Ismeno las separa y se inclina para poder entrar por un estrecho sendero, tocando por entre la os-

curidad con una mano, y dando la otra al príncipe que conduce.

"¡Cielos, en qué tinieblas quieres ocultar mi marcha! Mejor camino, si me lo hubieses permitido, me hubiera yo abierto con mi espada. – No desdeñes, generoso guerrero, le respondió Ismeno, caminar por la senda que el gran Herodes, cuya gloria es aun tan esclarecida, se facilitára en otro tiempo."

»Él abrió este subterráneo cuando quiso sujetar á sus súbditos, y por él pasaba sin ser visto desde la torre Antonia, así llamada en memoria de su caro amigo, hasta el antiguo templo de los hebreos: por él salía tambien ocultamente de la ciudad, y solía sacar ó introducir en ella sus tropas."

»Yo solo, entre todos los mortales, conozco esta secreta y tenebrosa salida, que nos conducirá adonde Aladino, temeroso tal vez en demasía de las amenazas de la fortuna, reune los grandes de su reino y sus mas sabios consejeros: este momento exigia tu presencia; escucha, pues, su discursos, y calla; pero cuando fuere oportuno no dejes de hacer brillar tu audacia."

Dijo, y Soliman le sigue encorvado su cuerpo por aquellos tenebrosos subterráneos, continuando así hasta que, ensanchándose la bóveda, llegaron á la mitad de la caverna.

Abre entonces Ismeno una estrecha puerta, y subiendo por una escalera desviada, á la que comunicaba una luz pálida é incierta una alta lumbrera, llegan al fin á un soberbio salon, en el que se dejaba ver sentado el monarca con la corona sobre su frente y la diadema en su mano, pintado el dolor en sus ojos y en todo lo que le rodeaba.

Oculto el fiero turco dentro de la nube que le circunda, contempla el augusto consejo, y oye al monarca que desde lo alto de su trono pronuncia este triste discurso. "Dia fatal para nuestro imperio fue el pasado, ¡oh amigos y fieles vasallos mios! y desvanecidas en él nuestras esperanzas, solo nos queda el Egipto."

»Semejante ausilio, empero, está tan remoto cuanto próximo el riesgo; y este es, pues, el motivo de congregaros hoy en este sitio para que me ayudeis con vuestros consejos." Dijo, y un sordo ruido se levanta en rededor de él, semejante al bramido de los vientos que silban en la floresta; mas levantándose Argante con sereno rostro, manda callar y esclama:

"¡Oh rey magnánimo! ¿para qué provocas nuestro valor? Harto conocida es nuestra situacion; mas sin embargo, me atreveré á decir que solo debemos fundar nuestra esperanza en nosotros mismos: la virtud nada teme; pidámosla su au-

silio, y no estimemos en mas nuestra vida que en lo que ella la estime."

»Mas no se crea que yo desconfie de los socorros del Egipto, pues nuestro rey nos lo ha prometido, y sería un crímen dudar de sus promesas; pero yo desearia ver menos desaliento entre algunos de nosotros, y que igualmente prontos á todo, se prometiesen la victoria y despreciasen la muerte."

No dijo mas el valeroso Argante, como si hablase de cosa no dudosa; y en seguida se levantó Orcan con aire noble y mesurado. Descendiente de ilustres abuelos, habíase adquirido renombre en las armas; pero unido despues á una esposa jóven y rodeado de hijos que formaban sus delicias, ya no era este intrépido guerrero mas que un esposo y un padre.

"Señor, dijo: no acusaré la arrogancia de vanas palabras cuando nace del valor, pues no puede estar oculta: Argante habla con demasiado ardimiento á presencia de un monarca y de un consejo; pero es escusable á quien como él manifiesta que sabe igualar con sus acciones el atrevimiento de sus palabras."

»Pero tú, señor, amaestrado en la prudencia por los años y los sucesos, puedes moderar la impetuosidad que le arrastra, comparar el peso de

un peligro presente con un socorro futuro, juzgar lo que pueda el enemigo, y lo que debas prometerte del antiguo muro y de las nuevas fortificaciones.»

»No negaré que esté defendida esta ciudad por la naturaleza y por el arte; pero la amenazan tambien las grandes máquinas y aparatos que preparan los enemigos: ignoro lo que ha de suceder; espero, mas no por eso dejo de temer los inciertos lances de la guerra, y que si nos estrecha mas el asedio, habremos de sufrir los horrores del hambre.»

»Los ganados, los víveres que tu prevision y la fortuna introdujeron ayer en la plaza mientras el enemigo se embriagaba con nuestra sangre, no bastan para una populosa ciudad, reducida á la escasez que produce un prolongado sitio; y en vano entonces el Egipto vendrá á socorrernos en el dia que tiene señalado.»

»¿Y qué será si este ausilio se nos retarda? Quiero conceder aun que se anticipe á sus promesas y á nuestras esperanzas; no por eso veo asegurada la victoria ni libertados nuestros muros oprimidos: habremos de pelear, ¡oh rey! con Godofredo, con sus gefes, con su ejército en fin, que tantas veces ha arrollado y dispersado á los árabes, turcos, sirios y persas.»

»Tú mismo sabes cuál sea su valor: ¡oh intrépido Argante! que tantas veces has tenido que cederles el campo, y solo has hallado tu salvacion en una pronta retirada: conócelos tambien Clorinda, y los conozco yo con los demas, que no acuso ni alabo á ninguno, pues todos á porfia han manifestado su ardimiento."

»Diré, sí, aunque contra mí provoque la ira del que no quiere oir la verdad y me mira con ojos amenazadores; diré que un destino inevitable conduce á nuestros enemigos, y no serán poderosos á contener sus triunfos, ni fuerzas, ni muros; séame el cielo testigo de que el amor á mi rey y á la patria me mueven á declarar ingénuamente mis sentimientos."

»Prudente mil veces el monarca de Trípoli, que obtuvo de los cristianos la paz y conservó su reino; en tanto que el inflexible sultan ó yace exánime ó arrastra esclavo la ominosa cadena, ó desterrado y fugitivo de la cara patria pasa sus miserables dias evitando, como puede, las comunes desgracias, cuando hubiera podido aplacar al vencedor con presentes y tributos, y salvar así una parte de sus estados."

Con este incierto y tortuoso discurso procuraba Orsan envolver su opinion, por no osar proponer la paz abiertamente, ó que era necesario so-

meterse á los cristianos. El sultan, indignado al escucharle y al verse ultrajado, no podia refrenar su cólera, cuando el mago le dice. "¿Sufrirás, señor, que así te degraden y envilezcan?»

»Bien á mi pesar, le responde el guerrero, me hallo aquí oculto, y la cólera y el despecho me abrasan las entrañas." Al decir esto, rómpese y desvanécese la nube que los cubria, y muestra el feroz sultan su altanero é indignado semblante.

»He aquí, esclamó, al monarca de que hablais; aquel sultan, no fugitivo, no cobarde, sino preparado á mostrar á quien ha osado proferirlo, que es un vil impostor: yo, que he derramado torrentes de sangre cristiana; yo, que he dejado sembrada de muertos la llanura, y que rodeado de enemigos quedé solo y el último de los mios; ¡yo fugitivo!»

»Si este, ú otro cobarde que se le asemeje, infiel á su patria y á su creencia, se atreve á proponer indignos proyectos de paz ignominiosa, permitidme, señor, que aquí mismo le inmole mi espada: antes habitarán juntamente en la majada el cordero y el lobo, y abrigaráse en un mismo nido con la serpiente la paloma, que el musulman pueda pisar tranquilamente terreno alguno unido á los francos.»

Mientras hablaba así, su diestra asía el puño

de la espada, pintada la amenaza en su semblante. Quedaron todos enmudecidos y consternados á su inesperada vista y terrible discurso, mas él, vuelto al rey con halagüeña mirada: "Confia, señor, le dice, que tienes en tu ayuda á Soliman.»

Ya Aladino habíase levantado con los brazos abiertos; y echándoselos á su cuello, esclama: "¡Cuánta es mi alegría al verte, caro amigo! No siento ya el sufrido daño, ni temo futuras desgracias; y si el cielo no se opone, tú solo podrás afirmar mi trono y recobrar el tuyo.» Aquí volvió á abrazarle estrechamente.

En seguida hizo se sentase á su derecha en el solio, y á su izquierda colocó á Ismeno; y mientras se informaba de sus hazañas y viaje, llegó Clorinda á tributar sus homenages al héroe, seguida de otros guerreros: entre ellos estaba Ormuz, gefe de los árabes, que en lo mas sangriento de la pelea pudo evadirse á favor de la noche y del silencio por una secreta via, recoger su tropa en Jerusalen y llevar víveres á sus hambrientos moradores.

Solo el soberbio circasiano, llenas sus miradas de celo y de despecho, permanece inmóvil y silencioso, cual leon que parado gira en rededor sus centelleantes ojos: Orcan, triste y pensativo, no osa dirigir los suyos al sultan, y así confunden

sus ódios y se comunican sus designios en el consejo el tirano de Palestina, el monarca turco y los valerosos guerreros.

Pero el piadoso Buillon, despues de alcanzada la victoria, disipado los prófugos, y libres ya los caminos, tributa á los guerreros fenecidos en la lid los últimos y religiosos honores; manda preparar el asalto para el segundo dia; y con su airado semblante amenaza á los sitiados.

Desde luego habia conocido por la bandera que los que le habian socorrido en la fuerza del combate contra la infiel raza, eran los héroes que habian seguido á la falaz Armida, entre ellos Tancredo, prisionero tambien de la beldad aleve; y llamándolos á su tienda, presentes solo el hermitaño y sus mas discretos guerreros:

"Desearia saber, les dijo, la historia de vuestros pasageros errores, y cómo el cielo os ha traido tan presto en nuestro ausilio.» Sonrojados los guerreros, no osan levantar sus miradas, que una falta, aunque ligera, es para un pecho heróico un amargo remordimiento; hasta que al fin el hijo amado del monarca britano alza su vista, rompe el silencio, y dice:

»No negaré, señor, que seducidos por el amor, encadenados en los hierros de una pérfida beldad, hayamos despreciado tus leyes y los decretos de la

suerte, ni que por desconocidas sendas hayamos seguido una guia falaz y funesta: su seductora perfidia, ¡ah, tarde lo conozco! logró escitar nuestros celos y sembrar entre hermanos el veneno de recíproca discordia, prodigando á todos sus blandas palabras y sus miradas cariñosas."

»Llegamos al fin á la region en que humea todavía el rayo vengador del cielo, que castigára los crímenes de los hombres: tierra otro tiempo fecunda, pais encantador, valle delicioso, ahora cubierto de pestilentes aguas y de un lago estéril que emponzoña la atmósfera con mortíferos vapores.»

»En las turbias hondas de este estanque queda inmóvil el mas pesado cuerpo sin traspasarlas, y el hombre, el hierro, el mármol sobrenadan en ellas cual el mas ligero leño: en medio del lago se levanta un castillo, y un puente estrecho permite á él el paso: allí nos acogió la pérfida princesa, y allí, no sé con qué arte, sentimos la embriaguez de los placeres."

»Respírase un aire delicioso bajo el aire mas puro; y los árboles, siempre cubiertos de grato verdor, prestan la frescura y la sombra sobre el siempre florido césped: corre entre amorosos mirtos el agua limpia, y el murmullo del arroyuelo, el céfiro, que agita las ramas, y el melodioso canto

de las aves, comunican á los sentidos la voluptuosidad y la molicie; el oro y el mármol por medio de mil formas prodigiosas imitan y embellecen la naturaleza."

»Al margen del arroyuelo, sobre el blando césped, y bajo la mas espesa sombra, habia hecho levantar Armida una mesa suntuosa: en ella se veia cuanto nos ofrecen todas las estaciones, lo que pródiga nos dá la tierra ó el mar encierra; y cien bellezas nos servian y prevenian nuestros deseos."

»El habla dulce, la hechicera sonrisa de Armida, nos embriagan y encantan, y nos hacen beber con ansia su ponzoña y el olvido de nosotros mismos; pero de repente se levanta, y volviendo en seguida como nos lo prometiera, no con semblante amoroso y tranquilo, trae en la una mano una varilla, y en la otra un libro, articulando en voz baja sus palabras."

»Lee la hechicera, y al momento siento tal mudanza en mis ideas, en mis deseos, en mis gustos, que precipitándome en las aguas, me sumerjo en ellas: mis miembros no sé cómo se unen dentro de aquel elemento, introdúcense mis brazos en la espalda, y cubriéndose mi piel de escamas, quedo en pez trasformado."

»Igual suerte sufriera cada uno de mis compañeros; y todos mudaron conmigo de igual modo

en aquel líquido cristal, de cuyo estado solo conservo un confuso recuerdo semejante al sueño: mas al fin, volviéndonos á nuestra primera forma Armida, llenos de admiracion y de espanto, nos dirige una mirada horrorosa, nos aterra y nos dice."

»Ya conoceis mi poder y el absoluto imperio que sobre vosotros tengo: con una palabra puedo sumergiros en eterna noche, y con una palabra cambiaros en aves, plantas, reptiles, ó trasformaros en duras rocas, corrientes aguas, ó fieras de las selvas."

»Sin embargo, facil os será sustraeros á mi cólera obedeciendo mis leyes: abjurad vuestra creencia y armaos contra el impío Buillon. Todos se indignan, todos detestan el infame pacto, menos Rimbaldo á quien lográra persuadir, y nos sepulta en lóbrega mazmorra."

»La suerte habia conducido á Tancredo á aquel funesto sitio, y quedó tambien prisionero; pero á poco tiempo se abre nuestra prision, y Armida, si fue cierto el rumor, á instancias del príncipe de Damasco nos envia al monarca de Egipto sin armas, y cargados de cadenas."

»Caminábamos ya, cuando la Providencia, que todo lo ordena y dispone, nos presentó al valeroso Reinaldo, á este guerrero, que siempre distinguido por nuevas hazañas, acomete la escolta que

nos rodea, dispersa á unos, inmola con su espada á otros, y nos vuelve nuestras armas de que iban revestidos."

»Yo le ví; le vimos todos; su voz oimos y tocamos su diestra: no dés crédito, pues, señor, á vanos rumores: el héroe vive aun, y solo hace tres dias que abandonando su ensangrentada armadura, ha partido para Antioquía en trage de peregrino."

Dijo, y levantando al cielo el solitario su vista, muda de color y de semblante, y aparece rodeado del mas brillante resplandor: lleno de la Divinidad, se eleva su alma á la inmortal morada, descúbrese el porvenir á sus miradas, y su pensamiento se sumerge en el abismo de las edades y de los tiempos.

Desátase al fin su lengua, y con una voz augusta revela los secretos ocultos en el seno de lo futuro: á su aspecto, al torrente de su voz, todos enmudecen y escuchan en silencio. "¡Reinaldo vive aun, y una pérfida muger habia abusado de nuestra credulidad! Vive, y el cielo reserva su juvenil valor á una gloria mas brillante."

»Las proezas que han asombrado el Asia, presagian su grandeza: corren los años, y veo desafiar y vencer la audacia de Augusto impío; veo que su águila de argentadas alas se estiende sobre

Roma y la Iglesia, y las cubre, arrancándolas de las garras del buitre encarnizado."

»Una larga posteridad sigue sus huellas, y dejará ejemplos de eterna memoria, defendiendo la tiara y los altares contra los injustos Césares y los rebeldes obstinados. Abatir el orgullo, consolar los desgraciados, y castigar el crímen, he aquí sus altos designios, con los que remontará su vuelo el águila de la casa de Este sobre el círculo que describe el luminar del dia."

»Llevará los rayos de la guerra contra los enemigos de la Iglesia, y desplegará siempre triunfante sus plumas do quiera que por Cristo se combata: patrimonio será tan alta hazaña de los hijos de Reinaldo, y memorable ejemplo dará á los siglos su fuerte brazo en esta santa empresa, á que es forzoso llamarle, que así lo ha decretado el Cielo."

Con estas palabras disipa el sabio Pedro los temores concebidos acerca de la muerte de Reinaldo, y todos aplauden; pero Godofredo se halla sumergido en el mas profundo letargo. Entre tanto, la noche estiende su negro manto sobre la tierra; retíranse todos á gozar de las dulzuras del sueño, menos Godofredo, á quien le hacen velar sus pensamientos.

[illegible]

«Una larga posteridad sigue sus huellas, y de-
jará ejemplos de eterna memoria, defendiendo la
[illegible]
nobles obstinados. Abatir el orgullo, consolar
los desgraciados, y castigar el crimen, he aquí
sus altos designios, con los que remontará su vue-
lo el águila de la casa de [illegible] sobre el círculo que
describe el luminar del día.»

[illegible]

Con estas palabras dirigió el ministro los [illegible]
[illegible]
y todo aplaudió; [illegible]
[illegible]
gratitud.

Canto Undécimo.

Fijo el pensamiento del gefe de los cristianos en el asalto que meditaba, aprestaba los bélicos instrumentos; cuando acercándosele el solitario Pedro, le llama aparte, y con tono severo y venerable le habló de esta manera: "Tú preparas, ¡oh capitan! las armas de la tierra; pero no comienzas por donde debes tan árdua empresa."

»Dirige al cielo tus primeros pensamientos, é invoca antes de todo con públicas preces á la milicia celeste: ella sola puede alcanzarte la victoria; y haz que, precedido el clero adornado de sus sagradas vestiduras, eleve al cielo con religiosa armonía nuestras súplicas fervorosas. Y vosotros, gloriosos capitanes de tan alta empresa, dad el ejemplo á vuestros soldados para que os imiten y sigan vuestras huellas."

Buillon aplaude al piadoso solitario: "Mortal querido de los cielos, le responde, yo quiero

seguir tus consejos, y mientras reuno los gefes, parte á buscar á Adanaro y Guillermo, venerables pastores de sus pueblos, y disponed los tres reunidos la augusta pompa de este acto religioso.»

A los primeros destellos de la próxima aurora, congrega el anciano á los prelados y sacerdotes en el recinto sagrado en que celebraban los divinos oficios: los sacerdotes se hallan cubiertos de cándidas vestiduras, y los dos prelados, ceñidas sus cabezas con la mitra, visten preciosos mantos de oro y seda, sujetos sobre el cándido lino.

Pedro solo les precede, dando al viento aquel estandarte temido que el Cielo mismo reverencia: síguele con paso grave y magestuoso el coro de sacerdotes dividido en dos hileras, cantando en alternados acentos con voz humilde; y Ademar y Guillermo, unidos, cierran la comitiva sagrada.

En pos de ellos iba Buillon al frente de los gefes, y tras ellos todo el ejército armado para defenderlos: así salieron de sus atrincheramientos aquellos guerreros estrechamente unidos por su creencia: enmudeció la marcial trompeta, y no se escuchaban los himnos de la guerra, sino la piedad religiosa y sus humildes acentos.

A tí invocan, ¡oh Padre Omnipotente, á tí, su hijo igual al Padre, y á tí, Espíritu que de entrambos procedes! ¡te imploran á tí, Vírgen ma-

dre de Dios hombre, propicia á los deseos de los mortales! ¡á vosotros, gefes de las celestiales huestes, y á tí, precursor, que en la divina frente derramaste el agua destinada para lavar las manchas de los mortales!

¡Tu ausilio imploran, piedra sagrada, que sostienes la mansion de Dios y la sublime cátedra desde la cual sus sucesores derraman sobre el universo los tesoros de la gracia, y abren las puertas de la misericordia! ¡vuestro socorro claman, mensageros de la nueva ley, que anunciásteis un Dios vencedor de la muerte; y el de vosotros, héroes que prodigásteis vuestra sangre, y sacrificásteis vuestras vidas en testimonio de esta verdad!

¡A vosotros tambien os invocan, los que con vuestras lenguas y elocuentes plumas enseñásteis el camino del cielo! ¡á tí fiel y amada sierva de Jesus, que elegiste la suerte mas gloriosa! ¡á vosotras, puras vírgenes, que en solitario asilo no conocísteis mas esposo que á Jesucristo, y á las que por un esfuerzo magnánimo triunfásteis del rigor de los tormentos, despreciando los alhagos y la saña del tirano!

Cantando así el devoto pueblo, continúa su marcha, y dirije su lento paso al monte coronado de olivas, del mundo todo conocido por su sagrada fama, y que se estiende al oriente de Jeru-

salen dividido solamente por el valle de Josafat que en medio se halla colocado.

La colina, el valle y la profunda gruta resuenan con los cánticos sagrados que repite eco sonoro: parece que una armonía misteriosa anima al bosque y las cavernas, y por do quiera resuena el nombre consolador de Jesus y de María.

Desde lo alto de los muros contemplan atentos y asombrados los infieles la pausada marcha, el humilde canto, la pompa y ritos desconocidos; mas vueltos de su espanto prorumpen en profana gritería, y el valle, el monte y el torrente retumban con sus ultrajes y estúpidas blasfemias.

Mas no por eso se interrumpe la piadosa melodía, ni los cristianos vuelven ácia ellos sus miradas: desprecian, sí, su confusa gritería cual graznidos de las aves, y no los intimida el silbido de los dardos que caen á larga distancia; nada, en fin, turba la sagrada armonía, ni impide la conclusion de la religiosa ceremonia.

Llegados á la cumbre del monte, adornan el altar en que ha de inmolarse la divina víctima, y á cada lado aparece una lámpara luminosa adornada de brillante oro: Guillélmo se reviste con no menos ricos ornamentos, se recoge en respetuosa meditacion, rompe en seguida su silencio, y con voz clara y sonora acúsase á sí mis-

mo, y dirije al Eterno la accion de gracias y de súplica.

Los sacerdotes y los gefes se hallan arrodillados al rededor del altar, y la multitud mas lejana considera atentamente al pontífice, que cumplido ya el misterio, *id*, les dice, y levantando la consagrada mano, bendice al pueblo prosternado: llenos entonces de un fervor santo los capitanes y soldados, vuelven por el mismo camino al campamento.

Llegados al campo y abandonadas las filas, se encamina Godofredo á su tienda, hasta cuya entrada le acompaña una numerosa comitiva, y dirigiéndose á los guerreros, les dá las gracias y los despide cortesmente; pero detiene á los capitanes á su mesa, dando en ella lugar preeminente á Raimundo, conde de Tolosa.

Finalizado el modesto convite, "mañana, dice Godofredo, al despuntar la aurora halláos prontos para el asalto; mañana será un dia de fatigas y combates, y así hoy debe destinarse á preveniros y al reposo: id, pues, descansad y preparaos vosotros mismos y á vuestros guerreros."

Dividiéronse los gefes, y diligentes los heraldos al son de la belicosa trompa intimaron á todo guerrero que estuviese dispuesto á la salida del sol: parte del dia se trabajó en necesarios pre-

parativos, hasta que llegó á interrumpirlos la tranquila noche, amiga del reposo.

El incierto crepúsculo del alba luchaba con las sombras, y aun no habian herido en oriente los primeros rayos del sol, no penetraba todavía el arado en las entrañas de la tierra, ni habia despertado el pastor para volver al campo; bajo la espesura de las hojas dormía el inocente pajarillo; sin que turbára el reposo de las selvas ni el ladrido del perro, ni la corneta del cazador, cuando el marcial clarin convoca á las armas, y retumba el aire con sus guerreros sonidos.

A las armas, á las armas, repiten inmediatamente inumerables voces: Godofredo se levanta; mas no se reviste de su pesada coraza ni de su ferrado escudo, sino de la ligera armadura de un infante.

Raimundo le sorprende en este estado, y adivinando su intento, "¿qué es, señor, de tu coraza y tus armas? dice, ¿por qué tan indefenso te presentas al peligro? no alabaré que te espongas con tan débil defensa: ¿aspiras acaso solamente á una vulgar y hulmilde gloria?"

"¿Buscas por ventura la comun palma del soldado que asalta la muralla? Deja á otros que aspiren á ella, y que cumpliendo con su deber espongan en el combate una existencia menos útil

y preciosa: vuelve, pues, á tomar tus acostumbradas armas, y siquiera por nosotros cura de tus dias; tú eres el alma, el móvil de esta empresa, y debes asegurar el éxito conservando tu vida.»

"Sabe, le responde, virtuoso amigo, que cuando el gran Urbano me ciñera esta espada en Clermont, no prometí al Cielo, á quien me consagré como caballero, militar solo como capitan, sino que me obligué con un voto secreto á servir en caso necesario cual simple soldado."

"Cuando se hayan desplegado todas nuestras fuerzas, y haya llenado todos los deberes del gefe del ejercito, iré á cumplir bajo esos muros otro no menos sagrado, y que sin duda no desapruebas: así lo exijen mis juramentos y mi promesa hecha al Cielo, y á este toca entonces velar sobre mí y protegerme."

Dijo, y todos los caballeros franceses y sus dos hermanos siguen su egemplo, y los demas capitanes se arman tambien á la ligera; entretanto los infieles se hallan en la parte mas débil y menos defendida del muro, batida del Aquilon furioso, y que vuelve ácia la parte del occidente.

Asegurados de lo inespugnable de los demas puntos defendidos por la naturaleza, reunian en solo aquella parte todas sus fuerzas, juntando el tirano en ella á sus vasallos y á la milicia estrangera.

Toda aquella parte de la muralla que dominaba el llano se veía erizada de máquinas guerreras, entre las cuales el sultan, como un gigante espantoso, levantaba su orgullosa frente: mas lejano se divisaba al retador Argante, cual robusto torreon en medio de las almenas, y sobre angular y elevada torre aparecia á todos superior Clorinda.

Pende de sus hombros la aljaba llena de agudas flechas; tiene el arco tendido y la saeta pronta á deslizarse sobre la cuerda, esperando así el momento de no dispararla inútilmente contra el enemigo. No de otra manera se representa á la doncella de Delos asestando sus dardos desde las altas nubes.

El monarca anciano corre á pie por todo el círculo interior de la ciudad, de una parte á otra, asegurando y animando á los que la defienden: distribuye á todos nuevas armas y cuanto pueda ser necesario, y entretanto las afligidas madres corren á llorar á los templos, implorando en su favor al falso profeta.

"Quebranta, esclaman, quebranta con tu poderosa diestra la lanza del francés malvado, y caiga abatido y hecho pedazos ante nuestras puertas el impío que tanto ha ultrajado tu nombre." Así decian, sin que sus voces despierten el númen

que invocan de la muerte eterna en que yacía, y entretanto Buillon despliega sus banderas y empiezan á marchar sus huestes.

Formadas en dos columnas, se dirijen oblícuamente contra la muralla que deben asaltar, llevando en el centro las máquinas guerreras, de donde, á manera de un violento rayo, sale la piedra ó la lanza disparada contra las altas almenas.

La caballería guarda la espalda á los infantes, y se derrama por la llanura para prevenir la sorpresa: dáse la señal del ataque, y las saetas, las piedras y los dardos son tantos, que dejan libres las almenas de sus defensores; caen unos allí mismo, y abandonan despavoridos otros los muros que no mucho antes estaban coronados de guerreros.

Precipítanse los cristianos, y juntando unos sus escudos se forman una techumbre con que resguardan sus cabezas, y otros se abrigan bajo los arietes contra la lluvia de piedras que los inunda: así llegan al foso que intentan cegar é igualar con la llanura.

No hallándose el fondo cubierto de cieno ni de agua, en breve se vió lleno de faginas, de piedras y de troncos de árboles: arrójase á él el atrevido Adrasto, y arrima una escala al muro, sin que baste á impedirlo la multitud de saetas ni el hirviente betun que sobre él caía.

Blanco de inumerables tiros, tocaba ya el bravo helvecio en las almenas, sin que recibiera daño alguno, cuando una enorme y redonda piedra, lanzada por el vigoroso circasiano, con tal rapidez cual disparada por cañon, cae sobre su yelmo y lo derriba en tierra.

El golpe no es mortal, mas pierde el sentido sin embargo, y yace inmóvil contra el suelo. Argante entonces, con tono feroz y amenazador grita: "caido es ya el primero, ¿quién osará reemplazarle? ¡Cobardes guerreros! ¿por qué no subís á la brecha? Ya veis que no me oculto, mas en vano confiais en que os guarezcan vuestros escudos y máquinas; que aquí morireis cual fieras en vuestras propias guaridas.»

Sus ultrajes irritan á los cristianos, que siempre prudentes, procuran con los unidos escudos defenderse de los dardos y piedras que sobre ellos arrojan los infieles: colocan al fin al pie de la muralla el temible ariete, y los ferrados maderos conmueven las puertas y hacen temblar los baluartes.

Entretanto los infieles con el ausilio de cien brazos ruedan una enorme piedra, que cayendo sobre los enlazados escudos, con el estruendo de una montaña que se desploma, rompe y deshace sus cascos, oprime una multitud de guerreros y

cubre la tierra de armas, de sangre, de miembros y cadáveres.

Irritado mas y mas el sitiador, abandona el resguardo de las máquinas, y se presenta á cuerpo descubierto á desafiar al enemigo, arrostrando impávido todos los riesgos: unos arriman escalas, y suben por ellas denodados, y otros socavan los cimientos del muro, que ya ruinoso abre entre escombros un camino al ardimiento de los que le combaten.

Los reiterados golpes del ariete ensanchan la brecha, y los sitiados redoblan todo el valor y recursos en su defensa, oponiendo á los esfuerzos de la temible máquina fardos de lana que, blanda y flexible, elude y debilita la fuerza de sus golpes.

Mientras con tal ardor se ataca el muro, siete veces Clorinda estendiera su arco, y otras tantas saliera la silbadora saeta, que siempre certera se bañaba en sangre desde la punta hasta el plumage, inmolando ilustres víctimas; que aquella soberbia guerrera desprecia las ignoradas del ejército.

El primero que hirió su brazo fuera el hijo menor del monarca de Albion, que apenas descubierto le atraviesa su mano á pesar del acerado guante que le defiende: retírase en seguida inhábil del combate, temblando menos de dolor que de despecho.

Cae atravesado el pecho el buen conde de Amboise á la orilla del foso, y Clotario es derribado de la escala que subia, atravesado el costado. El conde de Flandes, dando impulso al ariete, es herido en el izquierdo brazo; y aunque alentado procura sacar él mismo el dardo, queda el acero dentro de la herida.

Llega tambien volando la mortal saeta al incauto Ademaro, que se habia puesto á mirar de lejos el duro combate, y le hiere en la frente; mas no bien lleva su diestra do recibiera el golpe, cuando un segundo dardo se la clava en el rostro; cae en tierra, y las armas de una muger se manchan con la sangre del prelado.

Ya tocaba en las almenas el arrojado Palamedes, despreciando los riesgos, é iba á saltar el muro, cuando una séptima saeta, dando en el ojo derecho, sale ensangrentada por la nuca, y le hace espirar al pie de la muralla.

Godofredo en tanto oprime con repetidos ataques á los sitiados, aproximando á una de las puertas de la ciudad Santa la mas terrible de sus máquinas que tenia preparada: esta era una torre de madera de igual elevacion á la del muro, y que llena de armas y guerreros giraba sobre rápidas ruedas.

A medida que se acerca la movible mole, dis-

para venablos y flechas; y semejante á la nao que corre al abordage, procura aferrarse á la muralla: pero los sitiados la rechazan sin cesar por el frente y los costados á favor de las piedras y las picas.

Oscurece el cielo una nube de flechas, y el dardo se encuentra con el dardo, volviendo ambos al punto de do hubieran salido. Caen los sarracenos de lo alto del muro, no de otro modo que la hoja ó el fruto tierno es derribado del árbol por el granizo; y menos defendidos por sus armaduras que los cristianos, sufren mayor daño, huyen sobrecogidos de espanto y abandonan los mas su puesto. Solo permanece impávido el tirano de Nicea, reteniendo á su lado á los mas intrépido, y apoderándose Argante de una viga, corre á rechazar con ella la enemiga torre.

En vano los que la mueven procuran arrimarla, que él solo la mantiene separada cuanta es la longitud del madero: Clorinda se presenta á su lado para ausiliarle; pero los cristianos, armados de largas y afiladas segures, córtan las cuerdas que sujetan los cuerpos de lana en que se embota el ariete, y queda el muro indefenso, se entreabre y vacila.

Acércase entonces Godofredo cubierto con su pesado escudo, de que rara vez usára, y vé que Soliman desciende á colocarse entre las ruinas

para defender el paso, mientras que el circasiano y Clorinda se mantienen sobre el baluarte: á esta vista inflámase su corazon de generoso ardor.

«Dame, dice volviéndose al buen Sigiero que llevaba su arco y un escudo menos pesado, dáme, fiel escudero, esas armas mas ligeras, que quiero ser el primero que se lance sobre esas ruinas: ya es tiempo de que alguna gloriosa hazaña señale mi valor.»

Al pronunciar estas palabras cambia de escudo, mas una veloz saeta, hendiendo el aire, le hiere en el muslo; desgárranse sus nervios, y siente un agudo dolor. ¡Oh Clorinda, tu mano vibró al golpe: á tí se debe la gloria, y si este dia no fue para los sarracenos de esclavitud y muerte, á tí lo deben!

El héroe, despreciando el dolor que le atormenta, no desiste de su carrera: sube sobre las ruinas, y llama á sus guerreros; pero, irritándose la herida con el movimiento, cede su cuerpo y abandona el asalto.

Llama al buen Güelfo con la mano, y le dice: «Yo cedo al dolor y parto, á mi pesar, mas entretanto ocupa mi puesto, que poco tiempo estaré lejos de tí.» Dicho esto, monta en un ligero caballo; mas sin poder ocultar su retirada á los suyos y á los enemigos.

Con él desparecció la fortuna de los franceses, y sienten renacer su vigor los sitiados: reanímase su esperanza, y disminuye la audacia de los cristianos: los esfuerzos de estos son menos rápidos; su diestra empuña débilmente el acero, y hasta el eco sonoro de la trompeta se debilita y apaga.

Inmediatamente vuelven á coronarse las murallas de los guerreros que el temor habia de ella alejado: la vista de Clorinda, el amor á la patria arma á las mugeres, que con el cabello esparcido y recogidas sus vestiduras corren á presentarse en el combate disparando dardos y saetas, y descubriendo el indefenso pecho.

El mas temido de los sitiados, el apoyo de los cristianos, el generoso Güelfo es víctima escogida por la parca entre mil de sus guerreros, y cae al golpe de una enorme piedra disparada de lejos: cae tambien Raimundo á otro golpe semejante, y se revuelca en la arena.

El atrevido Eustaquio es herido en la vuelta del foso; y en aquel aciago momento para los fieles, apenas uno de los inumerables tiros de los enemigos deja de causar la muerte ó una peligrosa herida. Ensoberbecido el circasiano con tan próspero suceso, levanta la voz y esclama:

«No es esta Antioquía, ni aquella noche favorable á la rapiña de los cristianos: el claro sol

nos alumbra, despiertos estamos, y es esta otra clase de lid. ¿Qué se ha hecho, cristianos, de vuestro amor por la gloria? ¿qué de la ansia codiciosa del botin? ¡Cobardes soldados, mejor diré débiles mugeres! ¿tan pronto os fatiga un corto combate y abandonais el casi no principiado asalto?"

Así hablaba, y de tal modo enciéndese su furia, que pareciéndole pequeño campo á su valor la gran ciudad que defiende, arrójase fuera, y hollando los escombros de la entreabierta muralla, dirije á Sóliman con ronca voz estas palabras.

"Este es el sitio, oh Soliman, este es el momento en que nuestro valor ha de probarse: ¿qué te detiene? ¿qué temes? Sígueme fuera de estos muros si ardes en el amor de la gloria." Dijo, y en el mismo instante salen emtrambos, llevado el uno de su furia, y el otro impelido por el honor.

Su repentina aparicion sorprende á los cristianos; y deseosos ambos adalides de superarse mútuamente, matan á cuantos se les presentan, quebrantan las mas bien templadas armaduras, rompen escudos, deshacen yelmos, cortan escalas, quebrantan arietes, y sacrifican á tantos enemigos, que con sus cuerpos, los escombros y las destrozadas armas levantan un reparo que cubre la deshecha parte del muro.

Ya aquellos cristianos valerosos que poco an-

tes aspiraban á la mural corona, desisten de tan desesperada empresa, y apenas se sienten con fuerzas para la propia defensa: ceden al torrente que los persigue, y abandonan al furor de los dos guerreros las máquinas, que inútiles y destrozadas no pueden ya servir para otro asalto.

Sueltan la rienda ambos rivales á toda su impetuosidad, piden la llama á los ciudadanos, y armado cada uno de una tea de resinoso pino, se dirigen á la torre. Así se representára en otro tiempo, saliendo por las puertas infernales, á las impías hermanas de Pluton, agitando sus teas y sus serpientes para destruir el orbe.

Tancredo; el invicto Tancredo animaba á los suyos al asalto, cuando advierte la derrota y las voraces llamas que se elevaban al cielo: vuela ácia allá con los suyos á contener el furor sarraceno, los rechaza y los ahuyenta, y dá tales muestras de su valor, que los que vencedores se ostentaban, huyen ya derrotados.

Así alternaba la fortuna de las armas, mientras que Godofredo, retirado al pabellon, tiene á su lado á Baldovino y á Sigerio: sus tristes amigos corren y le rodean, y lleno de impaciencia se habia afanado por arrancar la flecha; mas rompiéndosele la caña, queda dentro el hierro homicida.

Elige el medio mas pronto, y quiere que la cuchilla divida su carne y sondee la herida hasta poder estraerlo. "Volvedme al combate, dice, y no se termine el dia sin que en él me encuentre." Con estas palabras, y apoyado en su lanza, presenta la pierna al cortante instrumento.

Ya el anciano Erótimo, á quien vieran nacer las orillas del Eridano, consulta los secretos de su arte en las aguas y las yerbas, cuyas virtudes le son harto conocidas: favorecido por las musas, hubiera podido cantar los héroes é inmortalizar sus hazañas; mas prefirió los desvelos de una ciencia menos brillante, y sustraer con ella víctimas á la muerte.

Inaccesible al dolor el guerrero, mantiene en pie su faz serena, mientras Erotimo, levantada la túnica, desnudo el brazo, intenta inútilmente, ya con el socorro de les yerbas, ya armado del punzante hierro, arrancar la acerada punta, que solo logra asirla y conmoverla.

La fortuna, inexorable á sus deseos, niega todos los recursos al héroe, y sus esfuerzos aumentan su martirio; pero el espíritu angélico que sobre él vela, compadecido de sus crueles males, vuela sobre el monte Ida y coge el dictamo coronado de purpúreas flores, cuyas tiernas hojas encierran una virtud prodigiosa.

Sábia la naturaleza, la ha dado á conocer al brutal instinto, y con ella cura la herida de la saeta del cazador. El ángel vuelve rápidamente, é invisible á los mortales ojos, derrama su jugo saludable en el baño preparado para lavar la llaga del héroe.

Mezcla tambien con ella el agua sagrada de la fuente de Lidia y la olorosa panacea, y no bien la derrama el anciano sobre la herida, sale el dardo sin esfuerzo, restáñase la sangre, huye el dolor, y el vigor se acrecienta. "No es mi arte, no, esclama Erotimo, el que te dá la vida; nada debes pues á la mano de un mortal."

»Mayor virtud te salva; yo veo en este milagro un superior poder, un ángel veó, que sin duda en tu auxilio ha descendido: toma las armas, ¿qué te detiene? y vuelve á la carrera de la gloria.» Deseoso de combatir, Godofredo se ciñe el calzado de púrpura, blandea la formidable lanza, toma el abandonado escudo, y las plumas del morrion ondean al viento.

Seguido de mil guerreros sale del valle para la combatida ciudad; una nube de polvo oscurece el cielo, la tierra se estremece bajo sus pasos, y al verle de lejos los enemigos sienten discurrir por sus venas un helado temor.

Tres veces grita ya su terrible voz: al grito co-

nocido de los suyos que los escita al combate, sienten los cristianos renacer su valor, y corren al pie de las murallas; pero Soliman y el Circasiano se retiran en medio de los despojos y defienden obstinadamente el paso contra Tancredo y los suyos.

Llega cubierto con sus armas el general francés, y con semblante airado, con fuerza superior á la del ariete, arroja su venablo, que parte silbando hácia el feroz Argante, que sin temor alguno le presenta su escudo.

Ábrese este al fuerte golpe, sin que pueda contenerlo su coraza, y atravesando el hierro la armadura, báñase en la sangre del sarraceno, que insensible al dolor, lo arranca de su cuerpo, y volviendo á lanzarlo á Godofredo; «¡He ahí, dice, cómo te restituyo tus armas!"

Vuela el arma ofensora y vengativa por el conocido sendero, mas sin poder dar á Buillon, que evita con su movimiento el golpe que le amenaza; pero el leal Sigiero lo recibe en la garganta, alegre por salvar la vida á su señor amado.

Casi en el mismo instante Soliman lanza una piedra contra el adalid Normando, que inclina el cuerpo al recibir el golpe y cae precipitada. Godofredo, con tan repetidas ofensas, no es dueño ya de su furor; empuña su espada, y arrójase sobre

las ruinas, trabando mas cercano ensangrentada lid con los enemigos.

El choque es horroroso, y el héroe se distingue nuevamente por sus hazañas; pero sobreviene la noche, y envolviendo la tierra con su tenebroso velo, sus sombras pacíficas suspenden las iras de los mortales, y Godofredo, retirándose, pone fin á los horrores de aquel dia.

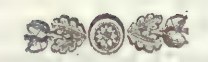
Mas antes de volver Buillon á sus reales, retira los heridos, y sustrae del poder de sus enemigos los restos de las máquinas, que antes terror de los infieles, sostiénese aun á pesar de los golpes que recibiera, y puede volver á ser funesta á los sitiados.

Libre ya del inminente riesgo, gira magestuosa hasta llegar á parage seguro; no de otro modo que la nave, que surcando á toda vela las agitadas olas, encalla en la arena ó se estrella á la vista del puerto; ó cual brioso corcel, que audaz salvando el precipicio y el torrente, desfallece y cae á la puerta del anhelado albergue;

Así de esta manera balancea la torre de repente, rómpense dos ruedas, y detiénese amenazando con su ruina; mas los que la conducen la sostienen, esperando que la mano del artífice repare su quebranto.

Así lo ordena Godofredo, que desea que para

el dia siguiente esté restaurada, y coloca en su rededor guardias que la defiendan; pero óyese desde la ciudad el golpear de los martillos y el rumor de los trabajadores, y mil antorchas encendidas en el muro descubren su oculto intento.



Canto Duodécimo.

Era la noche, y nadie reposaba ni en la ciudad ni en el campo: los cristianos proseguian á favor de las sombras sus trabajos en contínua vigilancia, los infieles reparaban la ruinosa brecha y los conmovidos baluartes; y unos otros prestaban á sus heridos los mas eficaces socorros.

Al fin, curadas ya las llagas, adelántase la noche y con ella los trabajos; termínanse algunos, pero entibiándose el ardor en los otros, condénsanse las sombras y convidan mas y mas al reposo. Empero no consiente entregarse á él la atrevida guerrera, que sedienta siempre de gloria y de peligros, escita la desmayada actividad de los guerreros en compañía de Argante.

"Hoy, se dice á sí misma, han hecho prodigios de valor el monarca turco y el valeroso Argante, únicos que han osado salir de las murallas en medio de tantos enemigos, y destrozar las má-

quinas: mas lejos yo de los cristianos, al abrigo de los baluartes, he combatido sin peligro. ¿Qué importa haya señalado mi destreza con tiros afortunados? He aquí mis hazañas, he aquí mi gloria; ¿y á ésta únicamente puede aspirar una muger?"

"¡Cuánto mejor sería que en la floresta lanzase el dardo á las fieras, que mostrar un alma tímida y débil entre tantos héroes! tomar, pues, debo el trage femenil y ocultarme en el retiro, ya que no he sabido igualar á estos guerreros." Así hablaba Clorinda; mas revolviendo en su mente altos designios, se vuelve á Argante y le dice:

»Ya hace tiempo, señor, que mil atrevidas ideas agitan mi mente inquieta, ya sea un Dios que la inspira ó error de la fantasía que diviniza lo que intenta: vé aquellas llamas que brillan fuera del campo de los cristianos; allá quiero yo ir, y con el hierro en una mano y la antorcha en la otra, incendiaré la torre: ¡ejecute yo este proyecto, y haga lo demas el cielo!"

»Mas si el destino cierra el paso á mi regreso, encomiendo á tu desvelo el cuidado de mis fieles compañeros y de ese mortal virtuoso que me prodigára las ternezas de un padre: haz, señor, que vuelvan á Egipto las desconsoladas doncellas y el cansado anciano, que dignos son de tu piedad su débil sexo y sus numerosos años.»

Asombrado Argante, se siente nuevamente inflamado del amor de la gloria. "Irás, responde; ¿y piensas dejarme confundido entre el vulgo de los guerreros? ¿piensas que pueda ver con complacencia el humo y las ardientes llamas, sin participar de tu peligro? no: si hasta aquí he sido tu compañero en las armas, quiero tambien serlo en la gloria y en la muerte."

»Mi corazon sabe, cual el tuyo, despreciarla, y que es preferible siempre el honor á la vida." "Tu gloriosa salida, señor, ha dado hoy una prueba inmortal de tu valor; mas yo soy solo una muger; mi muerte nada puede influir en la suerte de la afligida ciudad; y si tu pereces (no lo permita el cielo), ¿quién defenderá sus muros?"

"En vano, la replicó el guerrero, intentas oponer falaz escusa á mi resolucion: yo te seguiré si me guias, ó te precederé si me rehusas.» En seguida se presentan ambos al monarca, que los recibe en medio de los gefes y de los mas sabios de su consejo, y habla Clorinda en estos términos. "Señor, dígnate oir nuestras palabras, y acoge benigno nuestro intento."

»Argante, que jamás promete en vano, se ofrece á reducir á cenizas la gigantesca torre: yo quiero acompañarle, y solo aguardaremos á que el sueño ponga preciso término al escesivo cansan-

cio." Al oir esto levanta entrambas manos Aladino, y un gozoso llanto baña sus rugosas megillas. "¡Seas loado, esclama, ó tú que te dignas dirigir tus miradas ácia tus siervos y salvar mi imperio!»

»No, no caerá en breve, pues que tiene en su apoyo tan valerosos ánimos; ¿pero qué alabanzas, qué dones, qué honores podrán recompensar vuestros señalados servicios? La fama inmortalice vuestra gloria, y llene el universo con vuestro nombre: vuestra accion heróica lleva en sí el premio, y mi agradecimiento no puede menos de ofreceros una parte de mis estados.»

Al decir estas palabras, abraza el anciano monarca á Clorinda y Argante; mas el sultan, que presente á todo no puede disimular la noble emulacion que le agita: "tampoco, dice, mi espada está ceñida inutilmente, y, ó me vereis á vuestro lado, ú os seguiré de cerca:" pero Clorinda le replica: ¿hemos todos de partir para esta empresa? ¿quién quedará para defender á Jerusalen?"

Mas altanera respuesta le preparaba Argante, si no lo impidiera Aladino diciendo á Soliman con semblante placentero. "Jamás, intrépido guerrero, se ha desmentido tu valor, que incansable siempre en los combates, no te arredrará nunca la vista del peligro.»

"Aun te restan tal vez esta noche proezas dignas de tí, y no creo conveniente salgan los mas acreditados en las armas, sin que queden algunos entre nosotros, ni menos consentiría que espusiesen Argante y Clorinda sus preciosas vidas, á no ser tan importante su empresa, y no poder fiarse á otros brazos.»

»Mas, puesto que la gran torre se halla rodeada en su defensa de numerosas guardias, parece que para atacarla con éxito feliz sería necesario numeroso ejército; pero la prudencia lo prohibe. Parta pues en buen hora la ilustre pareja: no es la vez primera en que ha corrido riesgos como el que arrostran, y ellos solos valen por mil de mis guerreros."

»Mas tú, señor, debes quedar con los demas en la ciudad, que así conviene al regio decoro; y cuando ambos, como lo espero, vuelvan conseguido ya su intento, si el enemigo los persigue correrás á defenderlos y salvarlos. "Así hablára Aladino; y Soliman, á su pesar, cediera á sus consejos.

Llega entonces Ismeno, y dirigiéndose á los que se preparaban á salir: "aguardad, les dice, á hora mas tarda, y tal vez el sueño triunfará de los que velan al rededor de la funesta máquina; entretanto prepararé un misto inflamable que ad-

hiriéndose á ella la consumirá enteramente:" todos aprueban el consejo, y cada uno espera el momento para ejecutar el gran proyecto.

Clorinda, para ocultar su marcha á los cristianos, depone sus ricos vestidos, y su armadura brillante, y con un yelmo sin penacho, y un desbruñido escudo, viste una negra cota, presagio siniestro de su infortunio, procurando ocultarse de este modo á las huestes enemigas: á su lado se halla el eunuco Arsete que la viera nacer y cuidára de su infancia.

Sus cansados años no le impiden seguir las huellas de su señora: mírala mudar de armadura, considera el peligro á que corre á esponerse, teme y la conjura por sus cabellos encanecidos en su servicio, y por la memoria de su lealtad, que desista de aquella empresa; y al oir de ella una constante negativa, la habló de esta manera:

»Ya que ni mi edad, ni mis lágrimas, ni mis ruegos logran ablandar tu obstinado corazon, te revelaré, señora, secretos que desconoces; y al declararte quién eres, podrás entonces seguir mis consejos ó entregarte á tus deseos." Clorinda presta atento oido á sus palabras, y el anciano continúa.

"Reinaba en Etiopia, y aun tal vez reina en ella Senapo, que juntamente con su pueblo seguia la ley del hijo de María: esclavo en su palacio

y confundido con las damas de la reina, servía á ésta, cuya oscura tez en nada menoscavaba su hermosura."

"Amábala su esposo tiernamente, mas su amor igualaba con los celos; y esta funesta pasion aumentábase en él cada dia, ocultándola empero á los ojos de todos, y aun si hubiera podido al cielo mismo: la reina, siempre prudente, siempre modesta, pasaba sus dias en el silencio y el retiro, formando su dicha en la ventura de su esposo.»

»Entre los adornos de su aposento se hallaba una religiosa pintura que representaba la historia de una hermosa doncella, blanca cual la nieve, sonrosada como la luz de la aurora y encadenada cerca de un dragon: veíase tambien á un caballero que alanceando al mónstruo, le dejaba moribundo y nadando en su sangre; y ante este cuadro postrábase la reina, y pedia ante él con fervorosas lágrimas el perdon de sus culpas.»

»Entretanto concibe y dá á luz una hermosa niña, de una blancura admirable; y esta niña, señora, tú fuiste: túrbase á su vista, y su corazon se admira de tan nuevo prodigio; y temiendo la cólera de su celoso esposo, que por el color desconocido en Egipto de su rostro pudiera concebir sospechas de un crímen de que se hallaba inocente, determina ocultarte á su vista.»

»Sustituye en tu lugar una negra niña recien nacida; y como solo á mí y á sus doncellas era permitido penetrar en la torre que habitaba, conociendo mi lealtad, se dignó confiarme el fruto querido de sus entrañas, sin que hubieses aun recibido las aguas sagradas del bautismo, que en tan tierna edad no se dispensan en Egipto.»

»Arrasados sus ojos en tiernas lágrimas, te coloca en mis brazos, y me ordena te conduzca á pais lejano y cuide ocultamente de tu infancia: ¿quién bastára á espresar su dolor? ¿y quién las tiernas caricias que te prodigára, interrumpidas por sus sollozos? Al fin, levantando sus ojos al cielo esclamó: ¡Oh Dios que conoces mis secretos y penetras lo mas recóndito de los humanos pechos!»

»Si mi corazon fué siempre puro, si el lecho conyugal conservé intacto, ¡ah! no imploro tu bondad por mí, que con otras faltas he provocado tu justa indignacion; vela ¡oh Dios! sobre esta inocente niña, á quien una desconsolada madre tiene que arrancar de su seno: viva y solo conserve de mí el constante amor á las leyes del honor; de otra aprenda á ser feliz y afortunada."

»¡Y tú, celestial guerrero, que sustragiste á esa vírgen del dragon pronto á devorarla, si humilde luz he hecho resplandecer ante tu imágen, si

oro é incienso te he ofrecido, dígnate mirar por mi hija, y confiada en tu proteccion acuda á tí en sus peligros! Calló al decir estas palabras, oprimido su corazon, y la palidez de la muerte cubrió su semblante.»

«Enternecido te recibo en mis brazos, y bañándote con mis lágrimas procuro sacarte oculta en pequeña cesta cubierta de hojas y de flores: engaño la curiosidad de todos, evitando la menor sospecha, é internándome disfrazado en una espesa selva, caminaba por ella, cuando de pronto veo una tigre feroz que se dirije ácia mí con ojos encarnizados.»

»Lleno de terror, subí á un árbol, abandonándote sobre la yerba: acercóse á tí la fiera, y meneando su monstruosa cabeza vuelve ácia tí sus siniestras miradas; pero olvidando repentinamente su fiereza, aproxímase, y con tierna vista empieza á alhagarte con su lengua: tú te sonries, y tus inocentes manecitas le prodigan las mas tiernas caricias.»

»Al fin se reclina á tu lado, te presenta sus mamilas, que ansiosos oprimen tus labios, y admirado y confundido contemplo aquel prodigio: la fiera, al verte satisfecha se retira tranquilamente.»

»Bajo entonces, y volviéndote á tomar en mis

brazos, continúo mi camino: y deteniéndome en una pequeña aldea, en ella te hice criar secretamente, y en ella tu lengua articuló los primeros sonidos, y tus débiles pies dieron los primeros pasos, permaneciendo en este asilo hasta que el astro que mide los meses comenzará su décimo sesto giro.»

»Pero tocando ya el término de mis dias, y cargado de tesoros que me habia prodigado la reina al partir contigo, cansado al fin de vagar errante por un pais estrangero, despertóse en mi seno el amor á la patria: quise volver á ver mis amigos y á los lugares que me vieran nacer, y templar el invierno de mis años en el hogar doméstico.»

"Encamínome pues al Egipto, do respiré el primer dia de mi vida, llevándote conmigo; mas al llegar á un torrente, asáltame una cuadrilla de malhechores, amenazándome por una parte su furor, y por otra el caudaloso rio; y no pudiendo abandonar el dulce peso que conducia, arrójome á nado, sosteniéndote con una mano, y separando las olas con la otra.»

»Su curso rápido formaba en medio un hondo remolino, cuya fuerza me arrastraba profundamente, amenazando sepultarme en él: hube pues, de abandonarte; pero, ¡oh prodigio! las aguas te sostuvieron, y favoreciendo el Cielo su impulso te

condujeron felizmente á la blanda orilla: logré yo tambien pisarla, aunque con pena, y volver á tomarte en mis brazos.»

»Cuando todo reposaba en el silencio de la noche, ví á un guerrero que con semblante airado, amenazándome con la punta de su espada, me dice imperiosamente: yo te mando ejecutar las órdenes que te diera la reina: bautiza pues la ilustre infanta, ella es querida del Cielo, y yo debo velar sobre sus dias."

"Yo la custodio y la defiendo; yo amansé la natural crueldad de la fiera é impedí que la sumergiesen las olas: desdichado de tí, si desentendiéndote de este sueño, intérprete de la voluntad del Cielo, no cumples lo que te ordeno. Dijo; y al despertarme me alejo de aquel sitio á los primeros rayos del sol; mas considerando verdadera mi creencia, desprecio el sueño, atribuyéndolo á nocturna ilusion, y abandono el cuidado de tu bautismo."

»Olvido tambien mis promesas y las súplicas de la reina, y fuiste educada en la ley del profeta. Creciste, señora; y prodigio de tu sexo, superaste la femenil delicadeza con guerrera intrepidez, y supiste adquirir gloria y riquezas con el acero en la mano: no ignoras cuál ha sido tu destino, y que te he seguido por do quiera entre el bullicio

de las armas con la fidelidad de un esclavo, y con la ternura de un padre.»

"Sumergido ayer al alba en un profundo sueño, imágen de la muerte, volvió á presentárseme el mismo guerrero, que con mas siniestras miradas y voz terrible, ¡infiel! me dice, la hora se acerca en que Clorinda debe mudar de vida y de destino; mia será, mal de tu grado, y tuya la desesperacion. Dijo, y se elevó rápidamente por los aires."

"Oye ahora pues; el Cielo te amenaza, dulce objeto de mis desvelos, con estraños acontecimientos: quizás, mas no lo sé, al Cielo desagrada se ataque la religion de los padres; quizás su culto es el verdadero: deja pues, señora, esas armas, y refrena el belicoso espíritu que te arrastra." Dijo, y el llanto inunda sus megillas: Clorinda permanece inquieta y pensativa, que tambien la vision misma habia turbado su sueño y alarmado su corazon.

Pero serenando su rostro: "al fin, yo seguiré, le dice, la ley que me parezca verdadera, y que me hiciste mamar con la leche que sostuviera mi infancia, aunque ahora me la quieras presentar como dudosa: tampoco abandonaré cobardemente mi empresa, ni dejaré las armas, que fuera cosa indigna de un noble pecho, aun cuando la muerte se presentase á mi vista bajo la forma mas horrorosa con que puede acometer á los mortales."

En seguida consuela al anciano; pero acercándose la hora de ejecutar el osado proyecto, parte á unirse con el guerrero que con ella quiera esponerse al comun peligro: llega tambien Ismeno á excitar con sus discursos su valor ya inflamado, presentándoles un misto de betun y azufre con una antorcha escondida en un tubo de bronce.

Salen envueltos en la oscuridad, y bajan rápidamente por la colina ambos unidos; mas no bien llegan al punto desde donde descubren la enemiga máquina, inflámase su espíritu, y palpitando fuertemente sus corazones, una fiera indignacion los convida al incendio y al estrago. La guardia arroja un grito, y les demanda la señal convenida.

Prosiguen ambos silenciosos, mas la guardia redobla sus voces: *á las armas*, *á las armas*, gritan, y ya no se ocultan ni contienen, sino que á la manera del rayo que estalla en el instante de oirse el trueno, se precipitan, llegan, acometen al escuadron, lo desbaratan y penetran por sus filas en un solo punto.

Llegan por entre mil brazos y mil golpes á la fatal máquina, sacan las escondidas teas, prende la llama y se apodera del leño; serpentea por la trabazon el fuego, los costados arden, y espesas columnas de humo turban el puro cielo y oscurecen el resplandor de las estrellas.

Globos de oscuras y variadas llamas suben al etereo entre remolinos de humo: sopla el viento y el incendio crece, é hiriendo con terror el resplandor la vista de los cristianos, corren estos á las armas; pero cae desecha la mole inmensa y tan temida en la guerra, y pocos instantes bastan para destruir el fruto de dilatado tiempo y trabajo.

Corren veloces dos escuadrones de cristianos al lugar en que se levanta el incendio; pero Argante los amenaza y les dice: "En vuestra sangre apagaré yo aquel fuego.» Y estrechándose con Clorinda, se retira poco á poco ácia la cumbre de la colina: la muchedumbre de los cristianos se lanza sobre entrambos, cual torrente aumentado por impetuosa lluvia, y estendiéndose, los estrecha y acosa.

Abierta está la dorada puerta, y en ella se halla el rey rodeado de su pueblo armado, pronto á socorrer á los dos héroes en su vuelta. Lánzanse á ella entrambos, y un cuerpo de cristianos se precipita en pos de ellos: Soliman los rechaza, cierra las puertas, pero deja fuera de ellas á Clorinda.

Sola quedó, porque en aquel momento, ardiendo en ira, volaba á vengar en Armion la herida que le habia causado: vengóse al fin; mas el fiero Argante no piensa en la amazona, que

en medio del combate y de las sombras solo siente el peligro de que se halla rodeado.

Mas despues que ha estinguido su furor la guerrera en la sangre de su víctima, vuelve en sí, vé la puerta cerrada, los cristianos al rededor de ella, y amenazada de una muerte segura; sin embargo, nadie dirige sus miradas sobre ella; una súbita esperanza reanima su corazon; deslízase desconocida en medio de los enemigos, y se confunde entre la muchedumbre.

En seguida, semejante al lobo despues de cometido un oculto estrago, y favorecida de la general confusion y de las sombras, se retira felizmente, mas no puede ocultarse á la vista de Tancredo, que llegando en el instante en que inmolára á Armon, la vé, y sigue sus pasos.

Considerándola un rival digno de él, quiere probar sus fuerzas; y mientras ella, por tortuosas sendas busca otra entrada, Tancredo la persigue infatigable. Clorinda, al sonido de sus armas, se vuelve y le dice: "Oh tú, quien quiera que seas, ¿qué pretendes de mí?–La guerra y la muerte.»

»Guerra y muerte tendrás, dice: yo no rehuso dártela si la buscas.» Y espera con firmeza á su contrario; mas no quiere Tancredo, que vé á pie á su enemigo, usar de su caballo; y desmontándose, empuñan ambos el acero, y encendidos en

cólera se acometen y asaltan cual dos toros animados de los celos y la rabía.

Dignos del claro sol y de un vasto teatro debieron ser tan altas hazañas. ¡Oh noche, tú que las ocultaste en la oscuridad de las sombras y en el olvido, permíteme que descorra su denso velo, y pueda trasmitirlas con todo su esplendor á las edades venideras: resalte su gloria entre sus sombras, y viva eternamente su memoria!

Ninguno retrocede, ni aciertan á defenderse ni á cubrirse con sus armas, que las sombras y el furor que abrigan en sus pechos les impiden usar de su destreza y de su astucia: inmóviles sus pies, y sus manos siempre en movimiento, centellean las espadas una contra otra, y ya de filo, ya de punta, no dan sus aceros golpe alguno en vano.

La vergüenza engendra la venganza, y ésta á su vez renueva la vergüenza: nuevos motivos irritan su ardor, y á cada paso el circo es mas estrecho y los combatientes se acercan hasta herirse con los puños de las espadas, y chocar los cascos y escudos.

Tres veces el nervudo brazo de Tancredo abrazára á la guerrera, y otras tantas se desembarazára ella de tan fuertes lazos; lazos de un enemigo, mas no de amante. Vuelven de nuevo á la lid,

y ensangrentados sus aceros, fatigados y sin aliento, se separan espontáneamente para respirar breves instantes.

Míranse entrambos y apoyan sobre las espadas el peso de sus cuerpos. Ya el resplandor de las últimas estrellas se oscurecia al primer albor que asomaba en el Oriente, cuando Tancredo vé á su enemigo cubierto de sangre, y reconociéndose levemente herido, le envanece esta ventaja. ¡Oh loca fantasía, cuán facilmente se entrega á la menor apariencia de felicidad!

¡Desgraciado! ¿de qué te alegras? ¡Cuán triste será tu triunfo y amarga la memoria de lo que tanto te lisonjea! ¡Tus ojos pagarán, si sobrevives, con un torrente de lágrimas cada gota de sangre que ahora te complaces en derramar! Los dos guerreros permanecen mirándose silenciosos é inmóviles algunos instantes, hasta que rompió Tancredo el pavoroso silencio con estas palabras:

"Si nuestra desventura deja oculto nuestro valor en eterno silencio, si la suerte cruel dispone que combatamos sin testigos, dígnate al menos, si entre las armas ha lugar al ruego, revelarme tu nombre y nacimiento: permíteme, pues, que vencedor ó vencido, sepa quien honre mi triunfo ó mi muerte."

»Inútilmente quieres saber, le respondió la he-

roina, lo que nunca á nadie he revelado: nada te importa mi nombre; mas quien quiera que yo sea, baste para tí saber que soy uno de los dos que incendiaron la torre." Al oir estas palabras arrebátase de furor Tancredo: "En mal punto, le dice, hablaste bárbaro, que igualmente me impelerán la venganza tu silencio y tus palabras."

En el mismo instante vuelve á encenderse la cólera y trábase la lid de nuevo: pelea ya la ira mas que la destreza y mas que las fuerzas del despecho: abren do quiera que tocan los aceros una sangrienta y anchurosa puerta, y si no sale por ellas la vida, es porque la indignacion y la saña la tienen unida al pecho.

No de otro modo que en el mar Egeo no renace súbita la calma, aunque los vientos que alteren sus olas vuelvan á entrar en sus profundas cavernas; así los dos guerreros, aunque exánimes y sin fuerzas, conservan aun el ímpetu primero.

Mas llega al fin la fatal hora que debe terminar los dias de Clorinda. La punta de la espada de Tancredo hiere el blanco seno, introdúcese en él, empápase en su sangre, y mancha con ella las vestiduras que cubren el pecho de la guerrera: siéntese ésta morir, y su débil pie vacila.

El héroe sigue la victoria, y amenazando á la vírgen, la persigue y la oprime: cede ésta al fin,

mas al caer, esforzando su angustiada voz, pronuncia las últimas palabras, palabras dictadas por un espíritu de fé, de caridad y de esperanza: virtud que Dios le infunde en este instante, que si la toleró infiel en vida, quiere que sierva suya sea en la muerte.

"Venciste, amigo, le dice: yo te perdono; perdona, no mi cuerpo, que nada teme ya, mas sí mi alma: puedan tus súplicas y el agua del bautismo derramada por tu mano, darle la calma y la inocencia." Sus tristes y dolorosos acentos penetran en el corazon del vencedor, apagan su ira, y arrancan á sus ojos un involuntario llanto.

No lejos de aquel sitio brotaba del centro del monte un humilde arroyuelo, adonde corre á llenar el yelmo, volviendo presuroso á cumplir el piadoso ministerio: tiembla su mano al desatar la celada que le encubre un semblante para él desconocido; velo al fin... lo conoce... y queda sin voz ni movimiento. ¡Oh fatal vista! ¡oh reconocimiento doloroso!

Hubiera sin duda el héroe fallecido, mas reuniendo todas sus fuerzas al corazon, se apresura á dar vida con el agua á la que se la habia quitado con el acero. Al eco de las sagradas palabras que pronuncia, se reanima Clorinda, se deja ver en sus labios una dulce sonrisa, y parece que mo-

ribunda esclama: "Miro el cielo abierto para mí, y parto á él en paz."

Mézclase sobre sus megillas con la palidez de la violeta la blancura del lirio; fija sus miradas en el Cielo, y levantando su fria y helada mano, la presenta como una prenda de paz al caballero. Así espira la vírgen, cual si se hubiera entregado á un dulce sueño.

A este aspecto faltan del todo á Tancredo las recogidas fuerzas, y se abandona al dolor terrible que hiela y comprime su corazon: la muerte está pintada en su semblante y en sus sentidos; y aunque vivo, es semejante al cadáver en el color, en el silencio y en su inmovilidad.

En pos uno de otro, desátanse los lazos que retienen su espíritu, y quiere seguir el alma de su amante; pero la casualidad conduce á aquel sitio un escuadron de cristianos, que caminaba en busca de agua y provisiones.

Reconoce el gefe en las armas al príncipe cristiano, y corre á él; pero vé muerta á su lado á Clorinda, y queda su corazon traspasado de dolor; mas no queriendo dejar espuesto á los ultrajes de las fieras aquel hermoso cuerpo, aun no considerándola cristiana, manda que sobre sus hombros trasporten á entrambos sus soldados, y se dirige á la tienda de Tancredo.

No bastára aquel lento y tranquilo movimiento para que en sí tornase el paladin herido, pues solo sus débiles sollozos indicaban conservar aun un resto de su vida: el inmóvil y helado cuerpo de su amante presenta claramente la imágen de la muerte, y uno y otro son conducidos y colocados en tiendas diferentes.

Rodean en el momento á Tancredo sus fieles escuderos, y le prodigan los mas tiernos cuidados: ábrense á la luz sus lánguidos ojos; oye la voz de los que cercan su lecho, siente las hábiles manos que registran sus heridas, y admirado de hallarse aun en vida, dirige sus miradas en rededor, reconoce su tienda, y con voz débil y dolorida esclama:

"¿Yo vivo? ¿yo respiro todavía, y veo aun los odiosos rayos de tan infausto dia? ¡de éste dia, que hace brillar mi crímen y me echa en cara los horrores que me habia ocultado! Mano tímida y cobarde, tú, que sabes todos los caminos de dar la muerte, ¿por qué no cortas el hilo de mi vida?»

»Traspasa pues mi seno, desgarra este corazon desventurado, sino es que acostumbrada solo á horrores, juzgas piedad poner fin á mis tormentos. ¡Yo viviré triste y memorable ejemplo de un amor desgraciado! ¡Mísero mónstruo, para quien solo es de su maldad digno castigo conservar su odiosa existencia!

»Viviré rodeado de martirios y tormentos, y errante, furioso, temeré las solitarias sombras de la noche, que me recordarán mi error funesto: aborreceré ese sol que me reveló mis desgracias y mi crímen: temeré á mi mismo, y siempre huyendo de mí, me encontraré conmigo.»

»¿Pero dónde? ¡desgraciado de mí! ¿dónde yacen los restos de aquel cuerpo tan casto como hermoso? ¿acaso lo que perdonó mi ira estará en este momento entregado al furor de animales feroces? ¡oh noble presa, caro y precioso pasto! ¡mísero! A tí lo deben las fieras que ahora lo devoran.»

»¡Oh restos adorados! yo iré, yo iré adonde os he dejado; yo os recogeré si todavía allí permaneceis; pero si las bestias salvages os han devorado, yo me espondré á sus garras y haré que sus entrañas me den la misma sepultura que á mi amante: harto feliz seré si mis despojos quedasen confundidos con los suyos.»

Así hablaba el desdichado amante, mas al oir que el cuerpo, objeto de su dolor, no se encontraba lejos de su tienda, un rayo de alegría despejó las nubes que oscurecian su semblante. Superando á su flaqueza, se levantó del lecho, y con paso vacilante fue arrastrando ácia el adorado cadáver.

Pero al ver la cruel herida que su dura mano abriera en el blanco pecho, al observar aquella

faz, que aun cubierta con las sombras de la muerte semejaba á un estrellado cielo en la oscuridad de la noche, temblaron sus rodillas, y hubiera desfallecido á no apoyarse en sus escuderos. "¡Oh celestial belleza, esclamó; tú puedes suavizar los horrores de la muerte, mas no lo terrible de mi destino!"

"¡Oh mano hermosa que estrechó la mia en señal de paz, cuán inanimada te vuelvo á ver, y en qué estado te encuentras! Y vosotros preciosos miembros, ¿no sois ahora tristes y miserables restos de mi furor malvado? ¡Bárbaro, tu mano cruel ha hecho estas heridas, y tus ojos aun mas crueles las miran tranquilos!"

"Enjutos la mirais, sí, mas yo os tributaré un homenage de sangre, puesto que mi corazon os niega el de las lágrimas." Al decir estas palabras arranca furioso y despechado el vendaje de sus heridas, de las que brota un torrente de sangre; sus manos iban á dar el último golpe, mas el exceso de su dolor le salva la vida, privándole de la razon.

Condúcenlo á su lecho, y el arte detiene su vida fugitiva y la hace volver á su odioso oficio; mas ya la fama, que nada oculta á los mortales, publica su infausto suceso y sus tristes angustias, y el piadoso Godofredo vuela á su tienda seguido

de fieles amigos, sin que las serias amonestaciones, ni las dulces palabras de unos y otros puedan calmar el obstinado pesar de su alma.

No de otro modo que el dolor de la mortal herida crece al tacto de la mano sábia que la toca; así el corazon del héroe padece mas y mas al oir los inútiles consejos de la amistad. Solo el venerable Pedro, que se interesa por él cual el pastor por la mas querida oveja, le reconviene con severas palabras de su debilidad y estravíos.

»¡Tancredo, Tancredo, cuan diferente te miro de tí mismo, y cuan separado de tus principios! ¿qué espesa nube oscurece la luz á tus ojos? La desgracia que lloras es un beneficio del Cielo; ¿y no lo ves, no oyes sus palabras que te llaman y marcan la senda que has abandonado?»

»Él quiere que vuelvas á la noble profesion de caballero de Jesucristo, que dejaste, ¡oh cambio indigno! para hacerte esclavo de una criatura rebelde á su divino autor: feliz contratiempo que te castiga de esta falta tan dulcemente, y te restituye á tí mismo y á tus antiguas virtudes: ¿y rehusarás á la gracia que tan poderosamente te llama?"

"¿Rehusas, ingrato, el favor del Cielo, y aun te irritas contra él? ¿adónde corres, infelice, abandonado al delirio de tu pasion? ¿No miras ya tu

pie próximo á deslizarse en el precipicio eterno? Vuelve en tí, te ruego; abre tus cerrados ojos, y refrena un dolor que te conduce á una doble muerte."

Calló á estas palabras; pero la idea de una muerte eterna bastó á templar en el héroe el deseo que le animaba: su corazon se abre al dulce consuelo, y disminuye el interior trasporte de su íntimo dolor. No obstante, se le oye gemir de rato en rato: sus lábios no pronuncian sino quejas y lamentos: ora habla consigo mismo, ora con el alma de la que cree que desde el Cielo le escucha.

Llámala cuando el dia finaliza; llámala cuando vuelve el sol en el oriente, con voz cansada y moribunda; cual ruiseñor á quien la dura mano del villano arrebata sus tiernos hijuelos, llora su triste pérdida toda la noche, llenando el bosque con sus doloridas quejas. Al fin, al despuntar la aurora ciérranse sus ojos un momento, derramando el sueño su balsamo consolador sobre el amargo llanto.

Entonces se le aparece el objeto de su triste amor, rodeado de un resplandor celeste, y coronado de estrellas: la conoce á pesar de los rayos que realzan su belleza, y le parece que compadecida de él le enjuga sus llorosos párpados, y le

dice. "Contempla, caro y fiel amante, mi belleza, sé testigo de mi dicha, y calma con esta vista tus pesares."

»A ti debo mi felicidad, pues si tu error me arrancó una vida perecedera, tu piedad me ha colocado en el seno de la inmortalidad y de los justos: aquí, bienaventurada, gozo amando; y aquí espero que algun dia gozarán nuestras almas, unidas para siempre, de la felicidad que Dios les prepara.»

"Si tú mismo no te cierras la senda del paraiso, dejándote arrastrar del delirio de los sentidos, vive, y sabe que te amo cuanto á un mortal me es dado amar.» Dijo, y sus ojos brillan con un estraordinario resplandor: corre el dulce consuelo por el corazon del héroe, y Clorinda se confunde en la claridad que la rodea, y desaparece á su vista.

Despierta consolado, y se entrega gustoso á los cuidados de los que velan por su vida, disponiendo se sepulten las reliquias que animára alma tan bella: y ya que no erigiese su tumba de ricas piedras, ni animase el cincel figura alguna destinada á llorar sobre ella, eligióse al menos el mas precioso mármol que el arte embelleció cuanto el tiempo concediera.

Un numeroso acompañamiento con noble pom-

pa y antorchas encendidas condujo aquellos preciosos restos al sepulcro: colgáronse de un pino en forma de trofeo las armas de la guerrera; y no bien pudo Tancredo levantarse del lecho al dia siguiente, que sobreponiéndose á su dolor, y penetrado de religioso celo, fue á visitar aquellos manes queridos.

Cercano ya á la tumba, dolorosa prision de su alma misma, fija en ella la vista inmóvil, pálido y yerto; mas al fin, prorumpiendo en un torrente de lágrimas: ¡Oh piedra querida, esclama, que dentro encierras el objeto de mi cariño, y que inundo con mis lágrimas!»

"No, no albergas tu la muerte, sino vivas cenizas donde descansa el amor: aun siento el fuego de mí tan conocido, que aunque menos dulce, no es empero para mi corazon menos ardiente: recibe pues mis suspiros, recibe mis ardientes ósculos en doloroso llanto bañados, y trasmítelos, ya que yo no puedo, á las amadas reliquias que tienes en tu seno.»

"Trasmítelos, sí, que si su alma hermosa mira á sus bellos despojos, no se agraviará ni de tu compasion, ni de mi atrevimiento, que ni odio ni indignacion allí respira; ella perdona mi error, y esta sola idea me sostiene en medio de mis crueles congojas: sabe ella que mi mano sola fue la

delincuente, y no se ofende de que, pues amándola vivi, amando muera.

Sí, amando moriré: felice dia aquel que sea, pero mas felice aun, si como ahora vago en rededor tuyo, me recibes en tu seno: sea una la morada de nuestras amigas almas en el Cielo; enciérrense en el mismo sepulcro nuestras cenizas; y lo que en vida no me fuera concedido, obténgalo la muerte. ¡Oh; si esperarlo me es lícito, suerte venturosa ¡.»

Entretanto se esparcen rumores siniestros en Jerusalen acerca de la muerte de Clorinda, y pronto noticias mas ciertas derraman en la afligida ciudad el dolor y la desolacion. Todo su ámbito resuena con gritos y femeniles lloros, cual si el vencedor furioso la arruinase, ó el hierro y el fuego se cebasen en las casas y en los templos.

Las miradas de todos se dirigen al congojado Alceste, cuyo profundo dolor no le permite desahogarse en tierno llanto: cubre de ceniza y polvo su blanca cabellera, hiérese el rostro y se golpea el pecho, mientras que colocado Argante entre la multitud, exclama:

"Al conocer primero que ninguno que habia quedado fuera la doncella heróica, inmediatamente quise seguirla, y correr con ella igual fortuna. ¿Qué no hice y no dije para salvar su vida

pidiendo al rey se me abriesen las puertas? pero negóse á mis súplicas, y hube de ceder á su poder supremo.«

"Si salir me hubiera sido permitido, ó hubiera vuelto con Clorinda, ó hubiera acabado mis dias con gloriosa muerte en el mismo terreno que su sangre ha enrogecido; ¿pero qué mas podía? el Cielo y los hombres lo dispusieron de otra manera; murió, mas yo sé la obligacion en que me deja.»

"Oiga Jerusalen lo que prometo: óigalo el Cielo, y si á ello falto, fulmine contra mí sus rayos: juro vengar la muerte de Clorinda en su bárbaro asesino; juro que no se apartará jamas esta espada de mi lado, sin que antes atraviese el corazon de Tancredo, dejando para pasto á las aves de rapiña su infame cadáver."

Dijo, y el pueblo crédulo aplaudió sus últimas palabras, engañando el comun dolor la idea sola de la jurada venganza; pero, ¡oh vanos juramentos! pronto quedarán desmentidos, cayendo él mismo á los golpes del héroe que ya cree ver á sus pies postrado.

Canto Décimotercio.

No bien cayera deshecha en pavesas la elevada torre que batía la muralla, cuando imagina Ismeno nuevos medios de defender la ciudad, y de impedir que los cristianos construyan nuevas máquinas para combatir los ya vacilantes muros de Sion.

No lejos de las tiendas de los fieles, y en el fondo de un solitario valle, levanta al cielo sus añosos troncos una selva espesa, que derraman por do quiera funesta sombra: aun cuando vibre el sol sus rayos mas ardientes en la mitad del dia, hay en ella una melancólica é incierta luz, semejante á la que esparce un cielo nebuloso cuando á la noche el dia sucede, ó al dia la noche.

Mas al desaparecer el sol del horizonte, cúbrese de una horrorosa lobreguez, parecida á la infernal, que llena de pavor el corazon: ni el pastor osa guiar á ella su rebaño, ni el fatigado pe-

regrino descansa á su abrigo: huye de ella, y de lejos la señala como objeto siniestro y espantoso.

Allí, conducidas por densas nubes ó por fieros dragones, se reunen las hechiceras con sus infames amantes á celebrar sus abominables conciliábulos, y bajo las formas mas inmundas y horrorosas solemnizan con profanos banquetes sus impíos consorcios.

Jamás se atrevió habitante alguno de aquellas regiones á arrancar un solo ramo de aquella selva, y solo los cristianos, mas atrevidos, violaron su recinto que le suministraba la madera necesaria para sus grandes máquinas. El mago, en el silencio de la inmediata noche penetró en el bosque, donde trazó primero el círculo y mágicos caracteres.

Desciñose, y metiendo un pie desnudo dentro del círculo, pronunció en voz baja los mas poderosos conjuros: tres veces se volvió ácia el Oriente, y otras tantas ácia donde el sol declina: tres veces agitó aquella cara que sacar suele el frio cadáver del sepulcro y restituirle á la vida; y otras tantas hirió la tierra el pie descalzo, pronunciando con horrible grito estas palabras:

»Oidme, oidme vosotros los que en otro tiempo arrojára del seno de la luz el rayo en el abismo: vosotros, que errantes en medio de los aires

formais las tempestades y borrascas; y vosotros, habitantes del infierno, ministros de la desesperacion y de la muerte, yo os invoco, y á tí, sobre todos, monarca del impío reino del fuego abrasador."

»Tomad bajo vuestra custodia esta selva y estos árboles que he numerado y os entrego; únase á cada uno de ellos cada cual de vosotros, tan íntimamente como el alma al cuerpo que anima; y el cristiano que ose acercarse, retroceda espantado, ó se detenga al menos á los primeros golpes, temeroso de vuestra venganza." A estas añadió otras palabras, que solo la mas impía lengua podria repetirlas.

A su voz oscurécense los astros que adornan la serena noche, túrbase la luna y cúbrese de una nube caliginosa, y enfurecido vuelve á redoblar sus gritos. "Espíritus infernales, esclama; ¿qué os detiene? ¿aguardais por ventura á que me valga de voces mas eficaces y misteriosas?»

»Aun no he olvidado todavía los secretos mas poderosos de mi arte, y sé con lengua ensangrentada pronunciar aquel nombre grande y temido, que hace temblar al infierno, y obedece el mismo Pluton espantado. Si... Si...» Queria proferirlo, mas conoció se habia obrado el encanto.

Agrúpase en torno suyo una multitud inmen-

sa de espíritus malignos de los que vagan por el aire y de los que moran en el opaco centro de la tierra: llegan todos llenos de pavor con el terrible decreto que les prohibia hacer la guerra á los mortales; mas como no se les ha vedado habitar en aquel bosque, pueden sin violar los celestiales decretos habitar los árboles que el mago les confia.

Ufano éste con el feliz éxito de su encanto, vuelve á ver al monarca de Jerusalen, y le dice: "Ya puedes, señor, tranquilizar tu pecho, y lanzar lejos de tí los terrores que le conturban: seguro se mira ya el trono que ocupas, y las huestes francesas no podrán volver á construir sus destrozadas máquinas." Así habló, y en seguida narró el éxito de sus operaciones mágicas, añadiendo:

"El cielo mismo me ha manifestado otro prodigio que no me es menos grato: sabe que el Sol y Marte se unirán pronto en Leo; la reunion de sus fuegos abrasará la tierra, sin que baste á templar su ardor lluvias ni rocío alguno; y cuantas señales aparecen en el firmamento, predicen la sequedad mas triste."

»Aquí esperimentaremos el fuego que abrasa en sus arenas al Nasamon y el Garamanta, aunque mas tolerable para tus súbditos en una ciudad de aguas abundante, de sombrías arboledas

y cómodos albergues; mas los cristianos desfallecerán en esas llanuras áridas y estériles; y ya vencidos por el cielo, fácilmente completará el egipcio su ruina."

»Vencerás sin entrar en combate, y no me parece te convenga esponerte á los golpes de la fortuna; mas si el orgulloso circasiano, que se indigna contra el debido reposo, te insta é importuna como acostumbra, procura, señor, contener por algun tiempo su impetuosidad guerrera, que en breve, propicio el cielo, te dará la paz, volviendo contra nuestros enemigos la guerra que nos hacen.»

Asegurado el monarca con este discurso, ya no teme á las fuerzas de los cristianos. Ya estaba compuesto en parte el desmoronado muro, y siempre infatigable, prosigue con la mayor actividad en reparar los demas puntos débiles de su estension. Naturales y estrangeros, todos se hallan en movimiento y ayudan á finalizar la comenzada obra.

Mas entre tanto no quiere el piadoso Buillon dar un ataque infructuoso á la ciudad, sin tener primero construidas una gran torre y algunas otras máquinas. Con este objeto envia á la selva, que le dá aptas materias, á algunos obreros que salieron al despuntar la aurora; y no bien llegaron

cerca de ella, cuando se sintieron sobrecogidos de un pavor estraordinario.

Cual el infante tímido no osa á mirar el sitio do su temor le finge estrañas fantasmas, y las teme mas en la quietud de la noche, así tiemblan los operarios, sin saber cuál sea la causa de sentir mayor espanto y temor que el que pudieran inspirarles las quimeras y las esfinges.

Vuelven, pues, todos asombrados y temerosos, refiriendo cosas contrarias y prodigiosas que por lo mismo se hacen increibles. Entonces los envia el heróico gefe con una cohorte elegida que los escolte y anime á cumplir sus órdenes.

Mas no bien llegan al sitio, que es ya horrorosa habitacion de los demonios, y apenas divisan sus negras sombras, cuando se les oprime y hiela el corazon. Se adelantan empero, disfrazando el miedo que les domina con aparente valentía, y llegan ya á tocar casi al encantado recinto.

Oyen salir entonces repentinamente de la selva un resonante fragor, cual si la conmoviese horrendo terremoto: óyese en ella el embravecido choque de los vientos desatados, los prolongados gemidos de las ondas que se estrellan contra las rocas; y mézclanse el rugido de los leones, los silbidos de las serpientes, el ahullido de los lobos y el rechinar de los osos, uniéndose á todo el agudo

sonido de trompetas belicosas y el eco de retembladores truenos.

Todos tiemblan en aquel momento, pintándose el miedo en sus pálidos semblantes: ni la razon puede persuadirlos, ni la militar disciplina contenerlos para que al menos no retrocedan; que contra el oculto poder que los hiere, solo su angustia es su defensa: huyen al fin, y uno de ellos preséntase á Buillon y se escusa con él en estos términos.

"Señor: no hay ninguno de nosotros que se atreva á entrar en la selva, pues está tan guardada, que creo que ha colocado Lucifer su trono en ella: cubierto tendria el corazon con triple escudo de diamante el que impávido la mirase, ó un insensato sería el que se arriesgára á escuchar á pie firme el espantoso estridor que en ella resuena."

Presente entre los que le escuchaban estaba Alcasto, cuya necia temeridad despreciaba á los hombres y á la muerte: ni la mas terrible fiera, ni el mónstruo mas formidable, ni el volcan, ni los rayos, ni los vientos, ni cuanto el orbe encierra en sí de mas horrendo, bastaban á infundir temor en su corazon.

"Yo iré, dijo con ademan desdeñoso y sonrisa mofadora; yo iré adonde éste no se atreve, y cor-

taré solo esa selva de que cuidan tan ridículos sueños: no la librarán de mis golpes esas horrendas fantasmas, ni me detendrán los ahullidos de los pájaros agoreros, aunque todo el infierno se haya ligado para su defensa."

El presuntuoso caballero, obtenido el permiso, se encamina á la selva y escucha luego el hórrido sonido que nuevamente salía de ella: no vuelve empero atras el atrevido pie, sino se adelanta tan seguro y sereno como lo habia prometido, y hubiera pasado al funesto límite, si improvisamente no se le hubiese puesto delante una barrera de fuego.

Crece el incendio, estendiendo sus pálidas y humeantes llamas en forma de altos muros que rodean y defienden á la selva: sus mayores llamas se configuran de trecho en trecho á guisa de castillos fuertes y torreados, llenos de aparatos y máquinas guerreras.

¡Cuántos y cuan diferentes mónstruos se presentan armados á defender aquellas altas almenas! Unos miran al guerrero con ojos siniestros y amenazadores, otros le insultan esgrimiendo sus armas: retrocede al fin, y aunque se retira pausada y noblemente, cual leon perseguido por los cazadores, al fin huye impelido de cierto temor que hasta entonces no habia conocido.

No advirtió al principio el afecto que le habia subyugado: mas luego que vuelto en sí lo echó de ver, indignado contra sí mismo y lleno de rubor y pesar, desvió sus pasos, no atreviéndose á levantar ya sus altaneros ojos en presencia de los hombres.

Llamado por Godofredo, duda y procura dilatar el presentarse; mas siéndole preciso obedecer, se encamina con lento paso, comparece avergonzado, calla, y si alguna palabra profiere en su disculpa, parece solo dictada por el delirio; mas pronto conoce Godofredo su desgracia y su fuga en el rubor que manifiesta. "¿Qué es esto? esclama; ¿es vano, prestigio, ó milagro del Cielo?"

»Si entre vuestros guerreros, respondió Alcasto, hay alguno que se atreva á penetrar en aquel umbroso recinto, vaya y acometa tan estraordinaria empresa. Quizá mas feliz que yo, conseguirá traer noticias mas esactas de tan estupenda maravilla." En el mismo dia, y los dos siguientes, probaron los adalides mas arrojados á entrar en el horrible bosque; mas no hubo alguno que súbito no huyese á sus amenazas.

Tancredo habia ya tributado á su adorada Clorinda los honores del sepulcro; y aunque débil y traspasado de dolor apenas podia sufrir el peso

del yelmo y la coraza, se ofrece á la terrible prueba, que sus miembros fatigados obedecen á su vigoroso corazon.

Silencioso y reconcentrado en sí mismo, camina á arrostrar el peligro desconocido; mira el aspecto espantoso de la selva sin conmoverse, y oye el estallido de los truenos y los sacudimientos de la tierra conmovida: por un momento le palpita el corazon; pero entra sin detenerse en el horrible recinto, cuando vé elevarse ante sus ojos el encendido muro.

Vacila á su vista y se dice á sí mismo: "¿De qué sirven aquí las armas? ¿es acaso un deber mio precipitarme en las fauces de estos mónstruos y en el abrasado centro de estas llamas? Sin duda debo prodigar mi vida en pro comun, así lo exije el honor; pero no me ordena que aquí vierta mi sangre."

"¿Mas qué dirá el ejército si vuelvo de este modo? ¿qué otro bosque puede surtirnos de lo necesario para el asalto? ¿Podré sufrir que Godofredo, que jamás dejará sin acometer este peligro, halle otro guerrero que se atreva á lo que Tancredo no se atrevió? Tal vez el incendio que miro tiene mas de aparente que de real;" y al decir esto lánzase en él: ¡Oh memorable atrevimiento!

No siente bajo sus armas aquel calor que de-

bia producir tan inmenso fuego, ni puede juzgar si tales llamas son verdaderas ó fantásticas. Desaparecen de improviso, y en su lugar se eleva una espesa nube cargada de oscuridad infernal, que tambien desaparece á su vez.

Tancredo queda atónito; pero con igual intrepidez, cuando todo lo vió disipado, se adelantó por el profano terreno, esplorando lo mas recóndito del bosque, sin que se le opusiese otra cosa que la espesura de su ramage y lo tortuoso de sus senderos.

Al fin descubre un gran espacio en figura de anfiteatro, y sin mas planta en él que un soberbio ciprés, semejante á una pirámide. Dirigiéndose á él, advierte entallados en su corteza caractéres ó símbolos misteriosos como los que usó el antiguo Egipto en lugar de palabras.

Reconoce tambien entre ellos algunos signos de los sirios, y lee esta inscripcion. "¡Oh tú, temerario guerrero, que has osado violar con atrevida planta los dominos de la muerte, no seas tan cruel como valeroso, ni quieras turbar este asilo secreto: perdona á las almas que ya no ven la luz del dia, pues no deben los vivos hacer la guerra á los muertos!"

Cuando procuraba Tancredo inquirir el sentido de aquella inscripcion, oye silbar el viento

en las ramas y en los arbustos de la selva, y no tardan en herir sus oidos humanos ayes y tristes sollozos que infundian en su pecho ciertos desconocidos afectos de compasion, de dolor y de espanto.

Entonces empuña el acero y hiere con toda su fuerza al árbol, del cual, ¡oh portento! fluye gran copia de sangre, que brotando de la abierta corteza enrojece la tierra en derredor. Aunque el héroe queda atónito, redobla sus golpes, ansioso de ver el fin de la aventura, cuando oye sonar como desde el fondo de una tumba luengos gemidos, y una voz doliente le grita:

"¡Ah, Tancredo, detente! ¿aun no se ha saciado tu furor? Tú me lanzaste del cuerpo que animaba; ¿por qué, pues, vienes todavía á destrozar este tronco miserable á que me ha ligado el inflexible destino? ¿Hasta en el sepulcro turbará tu encono las cenizas de tus enemigos?"

»Clorinda fui, y no habito sola en esta dura y funesta planta: cuantos cristianos é infieles han espirado bajo los muros de Jerusalen, estan unidos aquí por la fuerza incontrastable de un secreto encanto, y no sé si diga sepultados. Todos los ramos y troncos estan animados; y no cortarás uno solo sin merecer el nombre de asesino."

No de otro modo que el enfermo que en medio del delirio vé dragones ó quimeras rodeadas

de llamas; y si bien conoce que son caprichos de su fantasía, y no realidades, desea con todo eso huir de ellas, así le espantan sus horribles semblanzas; así el dolorido amante, aunque no cree aquellos falsos aspectos, los teme y cede á su influencia.

Subyugado su corazon por un sentimiento imperioso, se sobrecoje, tiembla, y en aquel movimiento imprevisto se le cae la espada de la mano y se siente abandonado de su valor. Confuso y fuera de sí se le figura ver á su ofendida amante que le acusa llorosa y desolada; y no puede sufrir ya la vista de aquella sangre, ni oir sus lánguidos suspiros.

Así aquel corazon valiente contra la misma muerte, y á quien nada espantar pudo, se rinde á una engañosa imágen y falaces lamentos: entre tanto un fuerte torbellino llevó el acero que habia soltado fuera del bosque, y saliendo angustiado de él, le volvió á hallar en medio del camino.

Mas no volvió, ni se atrevió á indagar la causa oculta de aquel portento; y llegando á la presencia del gefe de la conquista, y reanimando cuanto pudo su espíritu, así le dijo: »Señor: á confirmarte vengo esos prodigios, ni creidos, ni al parecer dignos de crédito; cuanto has oido de ese espectáculo fiero y del sonido espantoso, todo es cierto."

»Un fuego repentino se ha encendido á mi vista, sin que materia alguna pudiera producirlo, que dilatándose, parecia formar una gran muralla alrededor del bosque, defendida por mónstruos armados, que se opusieron á que me aproximase; mas lo hice empero, y ni las llamas me ofendian, ni el acero impedia mi marcha; alli ví en un momento los hielos del invierno, y las tinieblas de la noche; mas de repente apareció la luz y tornó la serenidad."

»Aun mas diré: sus troncos estan animados por almas humanas que les comunican vida y sentimiento; y yo, yo mismo he oido las tristes voces que todavía resuenan en mi corazon. Las cortezas destilan sangre á los golpes que las hieren, como si fuesen cuerpos de blanda carne; y no osaré, confieso mi flaqueza, no osaré descortezar ninguno, ni una sola rama.»

Con estas palabras quedó Godofredo en un océano de dudosos pensamientos, meditando si debia ir él mismo en persona á luchar contra el encanto, ó preferiría el proveerse de materiales de un punto menos peligroso, aunque mas lejano; mas de esta incertidumbre le sacó el ermitaño, diciendo:

"Deja, señor, tan temerarios proyectos: otro brazo que el tuyo es quien ha de cortar esos árboles,

en vano custodiados por un arte desconocido: ya toca, ya, la fatal nave en la solitaria arena, y amaina sus velas, y salta en la playa, rotas ya sus vergonzosas cadenas, el esperado guerrero; ya veo cercana la hora en que sea tomada Sion y destrozados los enemigos."

Dijo: y su rostro se manifiesta inflamado de un celestial fuego: el eco de su voz es sobrehumano, y el piadoso Godofredo vuelve con esto sus pensamientos á otros designios, animado de nueva esperanza. Entra el sol en el signo de cancer, produciendo un calor estraordinario sobre la tierra, haciendo insoportables la fatiga á sus guerreros é imposibilitando los trabajos.

Todo astro benéfico desaparece del Cielo, enseñoreándose en él las estrellas malignas, y derramando sobre la tierra su destructora influencia: crece un nocivo ardor, siempre en aumento, en una y otra parte; síguese á un abrasado dia una noche mas cruel, y á ésta un dia mas insoportable.

No sale el sol sino cubierto y rodeado de sanguinosos vapores que impiden ver su disco resplandeciente, y predicen un dia desventurado. No se pone sin cubrirse de manchas rojizas, con que anuncia su infausto regreso, aumentando los sufrimientos actuales con el cierto temor de los futuros.

Al derramar sus encendidos rayos se secan las flores, se descoloran las ramas, se marchita la yerba, se abre la tierra y se agotan las fuentes: todos son fatales signos del enojo del cielo, y las infernales nubes no son sino vapores inflamados que vagan por el aire.

Semeja el cielo á un encendido horno, y no presenta á la vista ningun consolador objeto; yace el céfiro encadenado en su profunda gruta, y no se respira otro aire que el que llega abrasado desde la costa Mauritánica, empozoñando mas la atmósfera sofocadora.

Ni las sombras de la noche compensan el ardor del dia, sino que abrigan todo el calor que aquel ha recogido, mostrando su manto sembrado de cometas y cargado de funestas exalaciones: hasta la avara luna niega á la desdichada y sedienta tierra la vista de sus frias estrellas, y en vano las yerbas y flores anhelan sus vitales influencias.

Huye el dulce sueño de la inquietud de aquellas noches, y los lánguidos cuerpos no pueden atraerlo por mas que lo procuran acosados de una sed devoradora: el tirano de Palestina ha emponzoñado con jugos mas venenosos que los de la estigia y el Aqueronte todas las fuentes y manantiales.

El escaso Siloé, que cristalino habia suminis-

trado sus raudales á los cristianos, apenas cubre su arenoso fondo de pocas y calientes gotas; pero infeliz recurso, cuando no bastarian á saciar sus sedientas ansias ni el Eridano en su abundosa corriente del mes de mayo, ni el ancho Ganges, ni el Nilo cuando salvando sus diques se derrama por el Egipto.

Si alguno vió entre frondosas riberas serpentear puro y argentado arroyuelo, ó desde los encumbrados Alpes precipitarse los torrentes, caminando lentos por la herbosa pradera, fíngese en su imaginacion estos objetos, cuyas deliciosas imágenes redoblan mas y mas sus exasperados deseos.

Aquellos vigorosos guerreros que jamas se postraron ni al cansancio de las dilatas marchas por fragosos caminos, ni á la pesada armadura que sobre sí llevaban, ni al hierro mismo que tantas veces vieron al pecho, ahora yacen desfallecidos sobre la tierra circulando en sus venas un fuego que lentamente los consume.

El generoso caballo desfallece junto á la yerba agostada y desabrida; sus pies debilitados vacilan, y ya no se encrespa la soberbia crin que adornaba su enarcado cuello. Ya no conserva memoria de sus pasados triunfos, ni el noble amor de gloria le estimula, y mira con desprecio los ricos despojos y soberbios jaeces que le adornaban.

No menos abatido se muestra el fiel amigo del hombre, que tendido en el seco terreno, olvida á su amo y su casa querida. Desea anheloso respirar un ambiente fresco, y solo aspira un aire abrasado que le oprime en vez de refrigerarle.

En tan deplorable estado perecian los humanos, y el pueblo fiel, ageno de pensar en la victoria, temia la última de sus desgracias: no se oían por do quiera sino lamentos generales: "¿qué espera Godofredo, en qué piensa? ¿aguarda por ventura á que perezca todo su ejército?"

"¿Con qué fuerzas cuenta para conquistar los muros enemigos? ¿De dónde se proveerá de máquinas? ¿Es posible que sea el único que no reconozca el enojo del Cielo en tantos signos siniestros como nos rodean? Bien manifiestamente lo declaran tantos portentos y señales espantosas, y entre ellas este sol que ejerce sobre nosotros mayor rigor que sobre los moradores de la India y de la Etiopia."

»¿Seremos acaso en su opinion una grey vil y despreciable, cuya pérdida reputa necesaria para conservar su cetro? ¿Tan venturosa cree que es la suerte del que reina, que deba ser comprada con la dicha y la vida de los pueblos sometidos á sus leyes?»

"He aquí la compasion y humanidad de un

hombre que se apellida piadoso, y olvida la salud de sus súbditos á trueque de conservarse un honor tan vano como peligroso. En tanto que nosotros hallamos secas las fuentes y arroyos, se derraman en su mesa las aguas del Jordán, que hace conducir para su regalo, y mezcla tranquilo con sus favoritos sus frescos raudales con el vino de Creta.»

Así murmuraban los cristianos: por su parte el gefe de los griegos, cansado hacía ya tiempo de seguir los estandartes; ¿porqué, esclamaba, he de morir aquí, aguardando á que perezcan todos los mios? Si su delirio ciega á Godofredo, perezca si quiere con todos los suyos. Dijo, y sin esperar permiso alguno desertó á favor de la noche y del silencio.

Este funesto ejemplo, que se hizo patente con la luz del nuevo dia, estimuló desgraciadamente á que le siguiesen algunos otros; los súbditos de Clotario, de Ademar y los demas gefes que ya son polvo, creen que la muerte, que todo lo desata, les ha absuelto de la fidelidad que juraron: no piensan sino en huir, y ya algunos se han alejado entre las tinieblas.

Godofredo, que todo lo sabe y lo conoce, y que pudiera aplicar á tanto daño duros, pero eficaces remedios, desecha sin embargo tan rigorosas medidas, y penetrado de aquella fé capaz

de suspender en un instante la impetuosa corriente de los rios, y trasportar de un lado á otro los montes, acude al Soberano del mundo para que le conceda el poderoso influjo de su gracia, dirigiendo lleno de celo al firmamento su inflamada vista con estas palabras.

"¡Padre y Señor: si en un tiempo hiciste descender en favor de tus pueblos, y dentro del desierto, un celestial rocio; si concediste á un brazo mortal el poder de quebrantar las piedras y sacar de la roca herida un manantial de agua viva, renueva ahora el poder de tu diestra en ausilio de tus siervos, y ya que no sea igual el mérito que nos asiste, borra con tu gracia nuestros defectos, y acuérdate de que somos tus soldados!"

Estos ruegos, hijos de un humilde deseo, no tardaron en llegar al cielo volando como hermosas aves hasta el trono de Dios. Acogiólos el Eterno benignamente, y bajando los ojos compasivo ácia su pueblo, y deseoso de poner fin á sus peligros y fatigas:

"Bastantes adversidades, dijo, han sufrido hasta ahora los que pelean por mi nombre. El infierno y el mundo coligados contra ellos, no han perdonado armas ni estratagemas en su ruina; mas vá á reinar un nuevo orden de cosas que les favorezca y ayude. Llueva; venga el guerrero inven-

cible, y acérquese el egipcio enemigo para hacerle mas glorioso."

Dijo, y al movimiento de su cabeza tembló el inmenso cielo con sus luces fijas y errantes, estremeciéndose los aires y conmoviéndose el mar, los montes y los abismos desde sus fundamentos. Al momento cruzaron á la derecha encendidos relámpagos, y se oyeron lejanos truenos, saludando á unos y á otros los cristianos con regocijadas voces.

Hinchéronse las nubes, no ya formadas de vapores groseros de la tierra, sino bajadas del mismo Cielo, que abre benigno sus cataratas: sobreviene improvisamente la noche sobre la tierra, y entre sus sombras prosigue la lluvia impetuosa, haciendo que el rio y los arroyos salgan de madre é inunden la llanura.

Así como cuando el estío dispara toda la fuerza de sus fuegos, las aves acuáticas llaman desde la seca orilla la lluvia, y la aguardan dando roncos y alegres chillidos, estienden sus alas para recibirla, se sumergen una vez y otra, y acuden do la ven en mayor copia á apagar el ardor que las consume;

No de otro modo saludan los cristianos con alegres gritos la lluvia que les dispensa compadecida la diestra Celestial. No se contentan con ver mojados sus vestidos, sino que quieren hume-

decer en ella su cabeza: unos beben en copas, otros la recogen en los yelmos, quien mete las manos en las frescas corrientes, quien baña con ellas su rostro, y quien la conserva próvido en vasijas para mejor uso.

No solamente los hombres se alegran y restablecen de su pasada penuria, sino que tambien la tierra, tan afligida y enferma, las recibe en sus multiplicadas grietas, y se restituye á su vigor, distribuyéndola y haciéndola girar por sus ocultas venas, donde circula para restituir á las plantas y á las flores la perdida vida y frescura.

Semejante parece á una enferma á quien un jugo vital fortalece las entrañas, y descubriendo la razon del mal que iba acabando con sus débiles miembros, la restablece y restituye á su rostro el color y la belleza, de tal modo, que olvidando sus pasados males, vuelve á tomar alegre sus guirnaldas de rosas y sus galanes atavíos.

Cesó en fin la lluvia, y volvió á aparecer el sol, lanzando, no ya rayos asoladores, sino aquellos plácidos y alegres con que vivifica al mundo en los primeros dias del hermoso mayo. ¡Oh fé heróica de los cristianos! tú bastas á purificar el aire de toda inmortal influencia, á cambiar el orden de las estaciones, y á triunfar de la suerte y de los astros enemigos.

Canto Décimocuarto.

Salía entre tanto del blando y fresco regazo de la gran madre la oscura noche, trayendo consigo leves vientecillos y blandos vapores que refrescaron las flores y yerbas con el suave rocío: y sacudiendo en la atmósfera las ágiles alas, invitaban á los mortales á que gustasen de las dulzuras del sueño.

Ya éstos, entregados á él, olvidaban todos los pensamientos y afanes del dia: pero el Soberano del mundo, que vela eternamente en su solio de luz, volvió sus benignos ojos ácia el gefe de los francos, enviándole un sueño que le reveló sus altos designios.

No lejos de las altas doradas puertas que el sol hiere primero con sus rayos hay una de cristal que se abre antes que el astro empiece su carrera, y suelen salir por ella aquellos sueños que Dios envia á los justos: por ella, pues, bajó volando con alas de oro el destinado á Buillon.

Ningun otro presentó jamás imágenes mas agradables ni risueñas al manifestarle los decretos del Cielo. En él, como en un cristalino espejo, vió la realidad de los seres, creyéndose trasladado á un recinto luminoso en que brillaba el oro y cuantos deleites pueden lisonjear la vista.

Mientras admira la amplitud, movimiento, luz y armonía de aquel escelso sitio, se le aparece un caballero coronado de ardientes rayos de luz, que con voz dulce y melodiosa así le dice: ¿No me conoces Godofredo? ¿no ves en mí á tu fiel amigo Hugo?»

"Perdona, le responde Godofredo, si deslumbrado con el resplandor que te rodea no he percibido hasta ahora tus facciones." Al decir esto echó á su cuello las manos tres veces, y otras tantas cariñosamente la aérea imágen se escapó de entre ellas como un vago sueño.

"No estoy ya, le dijo sonriéndose, cual piensas, revestido de los mortales despojos: en mi ves un espíritu puro, un habitante de la morada celestial en donde está el templo de Dios y las sillas destinadas á sus guerreros, entre las cuales será una la tuya.» «¿Y cuándo gozaré de tanta gloria? le interrumpió Godofredo. ¡Así la muerte disolviese cuanto antes los vínculos terrenos que retardan mi eterna felicidad!"

»Pronto, replicó Hugo, participarás de nuestro triunfo y gloria; pero conviene que todavía combatas sobre la tierra y te cueste fatigas y sudores, y prodigues tu sangre: preciso es que antes recobres de los paganos el imperio de los Santos lugares, fundando en ellos un trono cristiano que ocupe tu hermano despues de tí."

»Para reanimar mas y mas ese sagrado fuego que arde en tu corazon, mira fijamente esta luminosa morada, estos globos inflamados que la eterna Inteligencia dirige en sus movimientos: presta atento oido al acordado son de las arpas angélicas, y baja en seguida tus miradas (dijo esto señalándole la tierra) á aquel último globo y lo que en él se contiene.»

»¡Qué pequeño teatro para la virtud, y qué vana recompensa para los trabajos! ¡En cuán estrecho recinto, y en qué desnudas soledades se encierran las grandezas humanas! Mira ese grano de arena rodeado por el que llamais inmenso Océano, que apenas merece el nombre de despreciable laguna."

Al decir esto, dirigió Godofredo sobre la tierra una desdeñosa mirada: los montes, los rios, los mares, se confunden á su vista como átomos imperceptibles. Admiróse de que la necia humanidad se goce tanto en humo vano y en sombras

transitorias, y que sea capaz de dejar por una grandeza servil y una estéril fama la herencia del Cielo, que nos llama á su inefable mansion.

"Pues que el Ser Supremo, le dijo, no quiere sacarme todavía de mi cárcel mortal, enséñame á lo menos la senda mas segura en medio de los errores é ilusiones con que el mundo nos engaña.» "La senda verdadera para tí, le contestó Hugo, es la que sigues: no te desvíes de ella ; y solamente te aconsejo que llames de su destierro al hijo de Bertoldo."

«La Providencia, que te eligió por gefe superior de tamaña empresa, le tiene destinado á que sea ministro y ejecutor de tus designios: él es la mano, como tú la cabeza del ejército; y no es lícito á otro el sustituirle, ni á tí el arrebatarle la parte de gloria que le pertenece.»

»A él solo es dado triunfar de los encantos que defienden el bosque; y tu campo, cuyas fuerzas ha minorado la desercion, tornará á recobrar con su vista mayor ardimiento, y caerán los reforzados muros y las haces numerosas del Oriente."

"¡Cuán grato me sería, respondió Buillon, volver á ver á ese adalid generoso! Tú, que penetras mis ocultos pensamientos, sabes si le amo y si digo la verdad; ¿pero con qué condiciones he de llamarle, y en qué sitios deberé buscarlo? ¿me será

decoroso el rogarle? ¿deberé usar de mi autoridad para que vuelva á las banderas?»

»El Monarca eterno, le responde Hugo, que te prodiga tantas gracias, quiere que aquellos que te nombraron gefe te honren y reverencien; pero no pretendas, pues no fuera posible sin envilecer tu dignidad descender al ruego, basta que te dejes aplacar y cedas á las primeras solicitudes.

»Güelfo, inspirado por Dios mismo, te suplicará que perdones á Reinaldo aquellos errores á que le ha arrastrado su juvenil orgullo, y le restituyas á los combates y á la gloria; y si bien yace todavía lejos de aquí ofuscado por delirio amoroso en los brazos del ocio y del deleite, no dudes que volverá dentro de pocos dias á la voz del honor y de la necesidad."

»Pedro, á quien el Cielo participa sus secretos, dirigirá á los que envies en su busca á los sitios donde se alberga; y se reunirán bajo los santos estandartes él y todos tus compañeros descarriados.»

»Te revelaré, en fin, un arcano que te será muy grato: tu linage se enlazará algun dia con el de Reinaldo; y de entrambos saldrá al mundo una progenie tan gloriosa como amada.» Aquí calló Hugo y se disipó como leve vapor al viento, ó ligera niebla al sol, dejando á Godofredo con el

alma llena á un mismo tiempo de asombro y de alegría.

Despierta éste, y al ver que el sol habia ya empezado su carrera, levántase y ciñe con sus armas los fatigados miembros, entrando poco despues los gefes en su tienda, como diariamente acostumbraban, á deliberar sobre lo que debia hacerse.

Güelfo, sintiendo en su alma la celeste inspiracion, fue el primero que rompió el silencio, diciendo: "Vengo, ¡oh príncipe generoso! á implorar tu clemencia; si bien considero que debiendo recaer ésta sobre una culpa reciente, pudiera aparecer acaso prematuro é indiscreto mi ruego."

"Pero considerando que dirijo mi súplica á Godofredo por el fuerte Reinaldo, me lisonjeo de obtener una gracia, que llenará de placer á todo el ejército. Consiente, señor, que vuelva á nuestras filas á derramar, si es preciso, toda su sangre por el bien general y en expiacion de su falta."

»¿Quién, sino él, se atreverá á poner la mano en los espantosos troncos de esa selva? ¿quién podrá oponer un pecho mas intrépido á los peligros de la muerte? Veráslo conmover los muros y derribar las puertas, y ser el primero que entre en Jerusalen. Vuelva, señor, vuelva á tus reales aquel en quien esperan y á quien desean.»

»Vuélveme á mí un sobrino tan valiente, y á

tí mísmo un ejecutor tan fiel de tus mas altos designios: no permitas que se entorpezca en vil reposo, pudiendo restituirle á la gloria: siga tu victoriosa bandera; y á tu vista, y bajo tus órdenes, ilústrenle todavía proezas dignas de su nombre."

Todos los guerreros aprueban la proposicion de Güelfo con un sordo, pero agradable rumor; y Godofredo, fingiendo no ceder sino á sus instancias y deseos: "¿Cómo es posible, les dijo, que os niegue yo una gracia que con tal ardor me pedís? Calle por ahora la ley, que yo en este instante la pospongo al deseo universal."

»Vuelva Reinaldo; pero refrene en adelante los ímpetus de su ira, y justifique con sus obras las altas esperanzas que á todos inspira. A tí te toca, Güelfo, el anunciárselo; y tengo para mí que apresurarás su venida: elige tú el mensagero, y encamínalo á donde creas que se halle.»

Calló, y levantándose entonces el guerrero de Dinamarca: "Yo seré, dijo, ese mensagero, y no dudo buscar á Reinaldo por entre los mayores peligros y mas remotos paises para entregarle la espada honorífica de mi señor.» Agrada al buen Güelfo la propuesta; y conviniendo en que fuese uno de los enviados, elige para segundo al prudente y sagaz Ubaldo.

Habia éste corrido en sus verdes años diversi-

dad de paises, y viajado desde los hielos del Polo hasta las abrasadas arenas de la Etiopia; y como noticioso de los diferentes ritos, costumbres é idiomas de los pueblos, le habia acogido Güelfo en mas maduros años, uniéndole á su destino, y contádole por uno de sus mas queridos compañeros.

A tales guerreros se encargó el honroso mensage, y Güelfo los dirigió ácia los muros en donde reinaba Bohemundo, engañado por la general opinion de hallarse allí el héroe á quien buscaban; pero el solitario, que conoce su equivocacion, puesto en medio de ellos les dice:

"¡Oh caballeros! la opinion vulgar os empeña á dar pasos infructuosos: marchad ácia Ascalon, y á la embocadura de un rio encontrareis un hombre amigo de los cristianos; creed en lo que os digere, pues yo salgo fiador de ello, y abandonaos á sus consejos."

»Sabe y conoce vuestro preparado viage, pues yo se lo he participado hace ya tiempo, y se os manifestará tan cortés como sabio." No dijo mas, ni mas le preguntaron los dos enviados, sino le obedecieron como á aquel en quien solian reconocer una divina inspiracion.

Parten, y de tal manera les estimula el deseo, que en breve se encuentran no lejos de las mura-

llas de Ascalon, y cerca de la espumosa playa. Aun no oían los sordos bramidos del mar, cuando tocaron en un rio, aumentado con recientes lluvias.

Rápido é impetuoso inundaba las riberas, y al mirarle suspensos, se les apareció un anciano de grato y venerable aspecto, que vestido con una larga túnica, coronado de hojas de encina y con un báculo en la mano, entra en el rio y le vadea á pie enjuto.

Cual suelen inmediato al polo, cuando el crudo invierno hiela la corriente de los rios, correr sobre ellos los habitantes de sus comarcas, dividiéndolos con los afilados hierros, así él se deslizaba sobre aquellas olas líquidas, y no endurecidas, hasta que llegó á donde ambos guerreros le miraban atentamente.

"Dura y penosa empresa es, amigos, les dijo, la que seguís, si no os guia una compasiva mano: El guerrero que buscais está lejos de estos sitios en regiones inhabitadas é infieles. ¡Cuánto os queda que hacer, y cuántos mares surcar, pues vuestras pesquisas deben estenderse mas allá de los límites conocidos del mundo.»

«No os desdeñeis con todo de seguirme á la gruta oculta en donde habito: allí os revelaré secretos que os importa saber.» Dijo; y mandando

á las olas que se dividiesen, abriéron éstas paso, formando por entrambos lados montañas de agua.

Cogiéndoles entonces por la mano, los internó en una cueba profunda bajo la misma madre del rio: no penetraba en ella sino una luz dudosa é incierta, semejante á la de la luna aun no llena, en la enramada selva; pero no obstante, ven á este débil resplandor los inmensos depósitos de las cavernas, desde las cuales nacen los manantiales de que se forman los rios, los estanques y los lagos.

Descubre los secretos canales por donde filtran las olas del Pó, del Ganges, del Eufrates y el Tánais; ní se les ocultan las desconocidas venas que surten al Nilo: mas debajo contemplan un rio, cuyas olas son de azufre y de azogue, que endurecidas por el sol se condensan y forman los mas preciosos metales.

Brillan en las orillas las piedras mas raras, cuyo resplandor aclara la opacidad de aquel sitio: desplega su cerúlea luz el azulado zafiro, enciéndense el topacio y el carbunclo, brilla el diamante, y rie la hermosa esmeralda.

Asombrados los guerreros, continúan su marcha en silencio, y la admiracion sella sus lábios, mas al fin le rompe Ubaldo diciendo: "Dinos, padre, qué sitio es este, á donde nos conduces, y cuál sea tu nombre: no sé si lo que miro es sueño

ó sombra, pues tal es la admiracion de que me hallo poseido.»

"Estais, le responde, en el centro de la tierra que todo lo produce, y mal pudierais sin mí penetrar en sus entrañas: os conduzco á mi palacio, que en breve vereis resplandecer á vuestra vista: nací en el error, pero luego me regeneré en las aguas saludables, purificándome con la gracia."

«No penseis, pues, que mi mano opera estas maravillas con el poder de los espíritus malignos; ni Dios permita que use jamás del arte funesto y de los nefandos sortilegios para obligar al cocito y flogetonte á prestarme sus ausilios. Mi ciencia no pasa de consultar la simple naturaleza, y de inquirir sus arcanos desconocidos en las virtudes de las yerbas y las aguas, al mismo tiempo que estudio la armonía del orbe en los variados movimientos de las esferas.»

No siempre habito lejos del cielo y confinado en estos claustros subterráneos: frecuentemente fijo mi domicilio en las cimas del Líbano y del Carmelo, que casi tocan con las nubes. Allí veo en toda su brillantez, y bajo sus diversos aspectos, á Venus y á Marte; calculo la marcha veloz ó lenta de los astros, y averiguo sus influencias favorables ó siniestras.

«Bajo mis plantas miro cómo se condensan ó

se rarifican las nubes, ya tenebrosas, ya radiantes con todos los colores del iris, y cómo se forman la lluvia y el rocío: sigo con mi vista la inconstante carrera de los vientos, los surcos tortuosos que traza el rayo, y contemplo de cerca los globos de fuego y los cometas que ruedan sobre nuestras cabezas.»

»Tan satisfecho estaba de mi saber, que juzgué fuese la medida infalible de cuanto podia obrar el supremo Hacedor; mas cuando vuestro piadoso solitario Pedro derramó sobre mi cabeza el agua sagrada y lavó mi contaminado espíritu, me convenció de lo limitadas y oscuras que son por sí mismas nuestras luces."

»Conocí que nuestra vista intelectual no podia tolerar sin deslumbrarse la luz verdadera, semejante á la de las aves nocturnas que se ofuscan con los rayos del sol, y me reí de mis vanas ilusiones y del vano humo con cuyo vapor se habia embriagado mi amor propio. Mas siguiendo con todo sus consejos, proseguí mis estudios primeros; no como antes los seguia, sino sometiéndome en todo á sus preceptos."

"En él descanso: él me enseña y manda, y le respeto como á mi maestro y Señor, pues no pocas veces se digna ejecutar por mi ministerio cosas maravillosas y dignas de él: queda á mi cargo

que vuelva al campo desde su remota prision el invicto héroe: Pedro me lo tiene mandado, y hace tiempo que aguardaba vuestra venida, que él me tenia predicha."

En esto llegan al sitio que habitaba el anciano, semejante á un vasto palacio con piezas y espaciosos salones, en donde brillan todas las mas preciosas riquezas que encierra la tierra en sus abundantes venas, sin que en su resplandeciente construccion se deje ver obra alguna del arte: todo es maravillas de la naturaleza.

Inmediatamente se presentan numerosos sirvientes prontos al obsequio de los huéspedes; y en una magnífica mesa se ostentaban ricas copas y fuentes de oro, de plata y de cristal. Cuando ya se sació el natural apetito y apagaron su sed: "tiempo es, dijo el sábio á los caballeros, de que yo satisfaga el principal de vuestros deseos."

»Ya conoceis las arterías y engaños de la impia Armida, cómo se introdujo en los reales, y con qué artificios se llevó tras sí á vuestros mas valientes guerreros. Tampoco ignorais que, faltando á las leyes de la hospitalidad, los encerró en su palacio, desde donde los remitió con gran escolta á Gaza, y que en el camino los libertó un héroe.»

"Os diré lo que sucedió despues, y aun ignorais.

Cuando la maga vió que se le escapaba la presa cogida con tantos ardides, mordiéndose despechadamente entrambas manos, llena de ira á sí misma se dijo: no, "no se alabará jamás de haber libertado á tantos esclavos mios."

»Ya que ha quebrantado sus hierros, súfralos él solo por todos, y esperimente los males de que los ha sustraido. Esto no es bastante, sino que será tambien comun el daño á todos: diciendo esto, traza el engaño infame que vais á oir, y vá al sitio en donde venció Reinaldo á sus guerreros, acabando con parte de ellos."

"Allí habia dejado el héroe su armadura y puéstose la de un pagano, pues deseaba retirarse oculto bajo insignias menos conocidas y afamadas. La maga se apodera de las armas, cubre con ellas un cadaver mutilado, y le coloca á las orillas de un rio á donde preveia la llegada de una tropa de cristianos."

"No la era dificil conocer esto por la muchedumbre de espías que enviaba á vuestro campo: así que, tenia seguras noticias de todos vuestros movimientos, fuera de que la ayudaban con sus instrucciones los espíritus con quienes trata familiarmente.»

»No lejos de allí colocó á un sagacísimo sirviente disfrazado con pastoriles adornos, instru-

yéndole de lo que debia decir y hacer; éste habló con vuestros guerreros, y sembró entre ellos las sospechas que produgeron despues querellas, discordias y casi una guerra civil."

»Se creyó, segun ella lo habia ideado, que Reinaldo habia sido muerto por Buillon, bien que esta sospecha se desvaneciese prontamente por sí misma: este fue el primer ardid de Armida: oireis como despues siguió á Reinaldo y lo que pasó.»

«Semejante á una diestra cazadora, aguarda emboscada á Reinaldo á orillas del Oronte: él se detiene en un sitio en que se divide el rio formando una isleta, repara en la ribera una hermosa columna, y cercano un esquife; y cuando lo precioso de la labor del blanco mármol llamó su curiosidad, vió una inscripcion en letras de oro que así decía.»

»¡Oh tú, cualquiera que seas, á quien la voluntad ó el acaso conducen viajando á estas orillas! no encontrarás mayores prodigios que los que encierra esta isla en cuanto alumbra el sol desde el oriente al ocaso; pasa si quieres verlo. Persuádese fácilmente el incauto jóven, y como la pequeñez del esquife bastaba apenas para contener á él solo, deja sus escuderos y se embarca.»

»Llegado á la otra orilla, vuelve á todas partes la curiosa vista, sin llegar á descubrir otra

cosa que grutas, arroyos, flores, yerbas y plantas, sonrojándose ya de haber sido engañado: pero lo risueño del sitio le seduce invisiblemente, de modo que se detiene en él, desanuda el morrion y enjuga el sudor al soplo de un suave vientecillo.»

"De repente oye murmurar las aguas con un sonido estraordinario, y mirando ácia el sitio de donde le pareció que provenía, vió en medio del rio una ola que se revolvía sobre sí misma: á poco vé flotar parte de una rubia cabellera, en seguida salir el rostro hermoso de una ninfa, despues su cándida garganta y las demas formas, hasta donde permite el pudor manifestarlas.»

Así se vé en los espectáculos de la nocturna escena salir lentamente una ninfa ó una diosa; y aunque no era aquella verdadera sirena, sino vision mágica, se la hubiera podido juzgar por una de las engañosas cantoras que habitaban el pérfido mar junto á las orillas tirrenas, pues no menos hermosa que ellas, ni menos dulce en sus acentos, canta llenando el aire y los oidos de armonía con estas voces:

¡Oh jóvenes, coronados de rosas en los alegres meses de vuestra primavera: no os dejeis deslumbrar por el aparente resplandor de la gloria y de la virtud, solo es sabio el que se abandona á sus deseos y coge en tiempo el fruto de sus

años; este es el grito de la naturaleza; ¿podreis ser insensibles á sus preceptos?

"Insensatos, ¿por qué despreciais el don precioso, y que tan poco dura, de vuestra lozana edad? Esa gloria y valor que alaba el mundo, no son sino nombres aéreos y vanos ídolos; la fama, cuya celeridad os halaga tanto, no es mas que un eco fugitivo, un sueño, una sombra que se disipa al menor soplo.»

»Gozad sin temor: abandónese vuestra alma á la embriaguez de los sentidos: sumergid en el olvido vuestras penas y dolores, y no anticipeis con una tristre prevision los males que estan por venir: no cuideis de que el cielo truene ó centellee, amenace como quiera y encienda sus rayos, mientras vosotros os abandonais solo á la vida feliz, que es la verdadera sabiduría."

»Con estos impíos cantos, acompañados de suave melodía, consigue la encantadora adormecer á Reinaldo en un dulce reposo que poco á poco va apoderándose de sus sentidos; y el trueno mas espantoso no hubiera podido, al fin, arrancarle de los brazos de aquella imágen de la muerte: entonces sale de su emboscada la falsa maga, y corre á él sedienta de venganza."

»Pero cuando fija la vista y le vé respirar tan plácidamente, y contempla sus risueños, si bien ce-

rrados ojos, que le recuerdan cuán hermosos son abiertos, se detiene de pronto suspendida: luego se sienta cercana á él, conoce que se ha desarmado su furor, y queda considerándole, semejante á Narciso cuando se miraba enamorado en la fuente."

»Enjuga suavísimamente con su velo el ligero sudor que le humedecia las megillas; y agitándolo, templaba el ardor del ambiente que podia molestar al hermoso mancebo. De esta suerte los ocultos rayos de unos ojos llegan á abrasar aquel corazon de hielo, mas duro que el diamante, y en un momento se convierte en idólatra del mismo á quien queria asesinar."

»Con rosas, lirios y azucenas, de que abundaban aquellos contornos, formó artificiosamente lazos suaves, pero fuertísimos, que le echó al cuello, á los pies y á los brazos; y atado de esta manera, lo hace poner dormido en su carro, y se eleva con él rápidamente por la atmósfera."

»No vuelve ya á Damasco ni á su funesto castillo rodeado de las olas, que avergonzada de su propia debilidad, y devorada de los celos, vá á depositar su prisionero en medio del Océano, y en sitios donde jamás ha surgido nave alguna; y elige allí para su mansion una isla desierta."

»En ella, la cual debe su nombre á la fortu-

na, y en la eminencia de un monte, abre un gran lago, junto al cual eleva un magnífico palacio, haciendo con sus encantos que las faldas se cubran de altas nieves, mientras la cumbre se ostenta risueña y florida."

»Allí en perpetua primavera vive con su querido en medio de la molicie y de los placeres; y de tan lejana prision debeis sacar al jóven paladino, venciendo las guardias con que su celosa amante le vigila y custodian el monte y edificio, y no os faltará ni guia que os conduzca, ni armas para la empresa.»

»Apenas salgais de este rio, encontrareis una muger, que aunque de avanzada edad, conserva toda la frescura de la juventud, y á la que conocereis por sus largos cabellos sujetos sobre la frente, y por los variados colores de su ropage: con ella traspasareis los mares con mas celeridad que el águila ó el relámpago, y os aguardará al volver para conduciros con igual celo.»

»Al pie del monte en que habita la encantadora, vereis espantosas serpientes, que levantando su horrible cabeza os amenazarán con agudos silbidos, javalíes enormes aguzando sus colmillos para acometeros, osos y leones ensanchando su ensangrentada boca para tragaros; pero al sacudimiento de una varilla que he de daros, temerán

acercarse; aun os quedarán mayores peligros que vencer cuando lleguéis á la cumbre.»

»Brota de ella una fuente, cuyas corrientes limpias convidan á quien las mira á apagar con ellas la ardiente sed; pero esconden en los frios cristales los mas funestos venenos: el que bebe de sus aguas es sorprendido al punto de una embriaguez y desmesurada risa, incapaz de contenerse, que al fin conduce á la muerte.»

»Huid, huid sin deteneros de aquella margen traidora y homicida; ni os llamen los ricos manjares que vereis puestos en derredor, ni las falsas bellezas que con livianas palabras y risueño aspecto os abrirán los brazos: despreciad sus palabras arteras y miradas seductoras, y entrad denodadamente por las altas puertas del alcazar.»

»Un enredado y confuso laberinto os aguarda dentro de ellas con mil torcidos giros en que podeis estraviaros, y del cual os daré la direccion trazada en un breve mapa. En medio del laberinto hay un encantado pensil, de cada una de cuyas hojas se diria que brota un torrente de amor, y allí encontrareis prodigándose mútuas caricias á los dos amantes recostados en la fresca y lozana yerba.»

»No bien ella le haya dejado para dirigirse á algun otro sitio de tan deliciosa estancia, presentadle

un escudo que os daré, todo de finísimo diamante, de modo que se mire en su tersa luna y vea la afeminacion de su semblante y el trage mugeril que le atavía: pues á semejante espectáculo la vergüenza y el despecho arrojarán de su corazon un indigno amor."

»Nada me queda que advertiros, sino que vayais seguros y penetrareis en la intrincada mansion y en sus mas recónditos senos, puesto que no puede haber mágico poder que os detenga ó retarde vuestra marcha, ni la misma Armida puede prever vuestra llegada, conduciéndoos un guia como el que llevais.»

»No saldreis con menos seguridad de allí para volver á vuestros albergues; mas ya se acerca la hora de entregarnos al descanso, y mañana debeis partir con el alba." Dijo y guió á sus huéspedes al sitio en que debian descansar, y se retiró tambien él, dejándolos ocupados en alegres y diversos pensamientos."

Canto Décimoquinto.

Ya la naciente aurora llamaba á los mortales al trabajo, cuando el sabio llevó á los dos guerreros el mapa, el escudo y la dorada vara. "Preparaos, dijo, al gran viage, antes que brille el dia y se difunda por el orbe; aquí teneis lo que os he prometido, y puede vencer todos los encantos de la maga."

Los guerreros habian dejado el lecho y cubierto sus robustos miembros con las pesadas armas, é inmediatamente siguieron al viejo, volviendo á andar las oscuras vias que el dia antes habian recorrido con él, hasta llegar á la madre del rio, en cuyo punto los despidió: "amigos, les dijo, andad, y sed felices."

Acógelos el rio en su seno, y cediendo blandamente las olas bajo de sus plantas, los sostiene sobre sí, cual suele levantar la hoja mas leve; los conduce en seguida á la blanda orilla, y allí vie-

ron cumplida la promesa que se les habia hecho, al mirar una navecilla y en su popa la anunciada doncella que debia de ser su guia.

Sus cabellos bajan hasta la frente, sus miradas son tranquilas y agradables, y su semblante tiene un angelical aspecto en el brillo y resplandor que en él se manifiestan. Los colores de su túnica, inconstantes y movibles, se presentan, ora azulados, ora rogizos y de mil colores, de modo que cuantas veces se la miraba parecia diferente.

Así suelen cubrirse las plumas que adornan el enhiesto cuello de la amorosa paloma, siempre de diferentes, cuanto hermosos colores, ostentando ya el fuego del encendido rubí, ya el verdoso brillo de la esmeralda, ya mezclados ambos colores, que diversificados en mil maneras embelesan la vista.

"Embarcáos, ¡oh afortunados mortales! les dijo, en esta nave, en la que desafio á todo el Océano, sin temor de sus escollos, vientos y tempestades. Mi señor, que os prodiga sus favores, me manda que os reciba y guie." Despues de haber así hablado la doncella, acercó á la ribera el docil pino.

Embárcanse ambos guerreros, y abandonando la orilla, y sueltas las velas, se sienta en el timon y dirige el rumbo. Bien podia el copioso to-

rrente sostener las naves de mayor peso, mas la ligereza de ésta era tal, que pudiera haberle sostenido el rio menos caudaloso.

Estraordinariamente rápidos los vientos, inflan la vela ácia la anhelada orilla, las olas blanquean con la espuma y murmuran sordamente al quebrantarse: llegan ya al punto en que se ensancha la madre del rio, y en que se pierde y confunde en el espacioso abismo de los mares.

No bien entran en ellos, cuando desaparecen las nubes y cesan los rugidos del noto, que amenazaba horribles tempestades: un aura suave allana las olas, rizando solo la azulada superficie, y el sereno cielo ostenta una claridad estraordinaria.

Ascalon huyó ligeramente de su vista, y pronto miraron los muros de Gaza; Gaza, que fuera antiguamente puerto y despues con las ruinas de otras llegó á ser una grande y poderosa ciudad. Sus riberas estaban llenas de innumerables huestes.

Dirigiendo su vista los navegantes ácia la tierra, observan el número inmenso de tiendas de campaña, la gente de acaballo y los infantes que iban y volvian desde la ciudad al mar: los camellos y elefantes, cuyas huellas se renovaban sin cesar en los arenosos caminos, y en el fondo del puerto surtas y sujetas al ancla las naves.

Unas daban al mar sus desplegadas velas, otras le azotaban con los remos; y las proas levantaban de trecho en trecho espumosos remolinos. "Aunque llenas veais, dijo la guia, la playa y el mar de tantas fuerzas, no tiene sin embargo reunidas el tirano poderoso todas las suyas todavía.»

»Estas son las que solo ha recogido del reino del Egipto y sus contornos, pues aguarda aun las mas numerosas de la parte de Oriente y del Medio dia, adonde dilata su dominio; pero confio de que os vereis restituidos á vuestro campo antes que él mueva sus pabellones ó el guerrero que obtiene el mando en su nombre."

Entre tanto, semejante al águila que se lanza dejando atrás á las demas aves y se remonta hasta el sol, de tal manera que no puede seguirla la vista, así la ligera navecilla pasa por entre las velas enemigas, y se aparta y aleja de ellas sin temor de que ninguna la detenga ni la siga.

Ya se presenta delante de Rafia, primera ciudad de Siria: luego toca en Rinocera y sus estériles playas, descubriendo no lejos el famoso promontorio, cuya enorme mole sombrea al mar que la baña y encierra en su seno las cenizas del gran Pompeyo.

Luego divisan á Damieta, y se les presentan delante de sí las siete bocas por donde el Nilo

lleva al mar el tributo de sus aguas, así como por otras cien menores. Dejan ya detras de sí la ciudad fundada por el fuerte griego, el famoso Faro, que hoy se une al continente, y era antes una isla separada de él.

Ya no divisan á Rodas ni á Creta, que quedan ácia el Norte, y siguen el contorno del Africa, fértil y cultivada ácia las orillas del mar; pero llena en su interior de estériles arenas y de mónstruos: costean la Marmarica y aquel suelo donde contó Cirene cinco populosas ciudades, y Ptolemaida, y despues las quietas ondas del fabuloso Leteo.

Apártanse de la gran Sirte y de sus escollos, fatales á los navegantes, dejando atrás el cabo de Judea y el estrecho de Magra. Por un lado ven elevarse á Trípoli; y en el opuesto á Malta, rodeada por las ondas, dejando tambien tras de sí con las otras Sirtes á Alzerba, habitada en otro tiempo por los Lotóphagos.

En el fondo, que forman dos montes, ven despues á Túnez, rica y soberbia entre las famosas ciudades que la Libia cuenta; y á la Sicilia en medio de las aguas; y el promontorio Lilibeo, que levanta su enriscada frente. Aquí la sábia doncella enseñó á los guerreros el sitio do Cartago fuera.

Pero ya no existe la gran Cartago, y apenas

conserva la ribera vestigio alguno de sus ruinas. Mueren, pues, las ciudades y los reinos: la yerba y la arena sepultan los mas soberbios edificios; y el hombre, de ser mortal parece que se indigna. ¡Oh loca y soberbia fantasía! Descubren luego á Biserta, y mas á lo lejos, y á la derecha, la isla de Cerdeña.

Traspasan en seguida las playas do errantes los numidas pasaban su vida pastoral: ven á Bugía y á Argel, abrigo infando de corsarios, y á Oran mas adelante, y costean la tierra Tingitana, fértil en elefantes y leones, y ahora reinos de Fez y de Marruecos; y á breves momentos se les esconde á su derecha Granada.

Tocan ya el sitio en que el mar entra en la tierra por una senda que se finge abierta por Alcides; aunque quizás el continuado embate de las olas dividiese en dos la barrera que se le oponia, arrojando á Calpe por un lado y á Ávila por otro, y dividiese por un estrecho canal á la Hesperia y á la Libia, cediendo al imperio de los tiempos.

Cuatro veces habia aparecido el sol en el Oriente desde que la navecilla dejó la tierra sin acogerse á puerto alguno en navegacion tan dilatada. Pasa el estrecho y se arroja al Océano inmenso, que si tan magestuoso es donde la tierra le rodea, ¿qué será do no conoce mas límites que á sí mismo?

Desaparece de sus ojos la fecunda Gades; huyen de su vista la tierra y los montes, y no descubren mas objetos que el agua y el cielo. Entonces, volviéndose Ubaldo á la conductora: "¡Oh tú, la dijo, que nos llevas por este mar interminable, dinos si ha habido mortal alguno que haya penetrado hasta aquí, y si mas allá de estos mares hay todavía habitantes!"

»Despues que Hércules, responde la doncella, acabára con los mónstruos de la Libia y del pais Hispano, y despues de haber recorrido y conquistado vuestras regiones, no se atrevió á tentar los peligros del alto Océano: señaló los límites al mundo y encerró en un estrecho ámbito el atrevimiento é ingenio humano; mas deseoso de ver y de saber, los despreció y quebrantó el gran Ulises."

»Traspasó aquellas respetadas columnas, y entrando en el mar, desplegó su audaz vuelo; pero el Océano burló su esperiencia y lo sepultó en su seno: su desgracia es un secreto oculto con él en el fondo del mar; y si algun otro llegó hasta aquí arrastrado por la fuerza de los vientos, ó no volvió, ó pereció en las olas.»

»Este gran mar que surcais no es conocido, y esconde mil islas y mil regiones que no carecen de habitadores, pues son fértiles como las vuestras, y no es infructuosa en ellas la fuerza creadora del

sol. Dime, repuso Ubaldo, ¿qué leyes y culto son los de este mundo escondido?»

»Son varios los ritos, idioma y costumbres, responde la doncella, segun la diversidad de pueblos. Adoran unos á las bestias, otros á la tierra, al sol y á las estrellas; algunos hay que usan en sus festines de alimentos abominables; y todos estos pueblos, desde Calpe, tienen costumbres bárbaras é impío culto."

»¿Con que será posible, replica el caballero, que aquel Dios que bajó á iluminar la tierra quiera ocultar todo rayo de la verdadera luz á esta gran parte del mundo? No, respondió ella; antes bien la fé de Pedro se introducirá en estos climas, y con ella las leyes y las artes; y no siempre estarán separados estos pueblos de los vuestros por una barrera insuperable.»

»Tiempo vendrá en que las columnas de Hércules sean miradas por el atrevido navegante como una fábula, y en que estos reinos, desconocidos ahora y sin nombre, se hagan ilustres entre vosotros: entonces el mas atrevido de los bajeles rodeará cuanto el mar rodea, medirá la tierra, y rivalizando con el sol, se igualará con él en registrar todo el universo.»

«De la Liguria saldrá el mortal atrevido que ha de esponerse el primero en atravesar estos ma-

res, sin que le espante ni el amenazador bramido de los vientos, ni el encono de las olas, ni los peligros de un nuevo clima, ni otros objetos espantosos que no bastarán á contener su generosa mente en los estrechos límites de Avila."

»Tú, Colon, serás quien dirijas tus dichosas velas á un nuevo polo, y apenas la fama veloz, y con vista penetrante podrá seguir tu rápida carrera: aunque su sonoro clarin publique al orbe los altos hechos de Alcides y de Baco, uno solo de los tuyos bastará á eclipsarlos, y dará copiosa materia á la poesía y á la historia."

Al pronunciar estas palabras dirije el rumbo ácia el poniente, desde donde se encamina al mediodia, mirando al sol que á su frente se sumerge en las olas y torna á empezar la nueva carrera á sus espaldas. La aurora difundia por do quiera sus húmedos resplandores, cuando en un lejano y oscuro horizonte divisaron una montaña que escondia su cima entre las nubes.

Al acercarse se disipó el nubloso velo que la cubria, y advirtieron que se iba prolongando piramidalmente, disparando desde su cumbre torrentes de espeso humo, como aquella masa ardiente que oprime los hombros de Encelado, y que humeaba de dia, é iluminaba de noche el cielo con sus llamas.

Preséntanse tambien á su vista otras islas menos prominentes, llamadas por la antigüedad felices, y á las que favorecia un cielo tan benéfico que se creyó que su terreno producia espontáneamente, y sin necesidad de cultivo, los frutos, y que las vides ofrecian por sí mismas los racimos al que quisiera alcanzarlos.

Nunca allí floreciera engañosamente el olivo burlando las esperanzas que inspiraban: los duros troncos destilaban purísima miel; raudales de agua viva brotaban del seno de los peñascos, descendiendo en abundantes riachuelos sus dulces y murmuradoras corrientes entre perpetua verdura, y los blandos favónios y el rocío templaban el ardor de los rayos del estío, y allí estaban los campos Elíseos, mansion dichosa de los justos.

«Hemos llegado ya, dijo la sábia conductora á los guerreros, al suspirado término de vuestro viage, y delante teneis las islas de la Fortuna, tan apetecidas de muchos, cuanto conocidas de pocos. Verdad es que son fértiles, amenas y alegres; pero hay mucho de fabuloso en lo que de ellas se refiere." En esto se aproximaron á la primera de las diez islas.

"Tú que nos guias, prorumpió entonces el jóven Carlos, si lo permite acaso la empresa para la cual nos conduces, deja que mi planta

pise la tierra y vea estas desconocidas regiones; que observe sus habitantes, su culto, sus costumbres y cuantas maravillas encierren, para poder decir algun dia á los sábios, que me escucharán atónitos y envidiosos: *allí estuve yo mismo.*

"Digna de tí es esta súplica, le respondió; pero ¿cómo he de oponerme yo al decreto del Cielo, que la veda. Aun no ha llegado el plazo fijado por Dios para este gran descubrimiento, ni os es permitido el revelar á vuestro mundo los secretos del profundo Océano.»

"Por gracia singular y superior al arte de los navegantes se os concede el surcar con toda seguridad este abismo, y llegar á los sitios en donde yace detenido el guerrero, y restituirlo á vuestro hemisferio. Esto debe bastaros, pues fuera ofender al Cielo, y luchar contra el destino, el aspirar á mas." Calló al decir estas palabras, y ya la isla primera parecia sumergirse á su vista, y elevarse la segunda.

Otras ocho la suceden separadas entre sí por espacios de igual anchura ocupados por el mar: siete de ellas presentan tierras cultivadas, casas y señales de estar habitadas: y otras tres estan desiertas, sirviendo solo sus montes y selvas de abrigo á las fieras.

En una de estas últimas en que la playa for-

ma una lengua de mar, se elevan dos grandes cumbres que la abrazan formando una espaciosa concha cerrada por una roca, en donde se estrellan las olas, y en diversos puntos de la entrada se alzan diferentes peñascos, dos de los cuales parecen una señal que llama á los navegantes.

En este abrigo duermen tranquilas las olas; espesas selvas coronan el puerto, y en medio de ellas hay una gruta entapizada de yedra y ramage, de la cual brota un agua trasparente y fresca. Jamas habíase sujetado allí ligera barca, ni clavádose áncora en el fondo de aquellas aguas. La conductora entró con su esquife en aquel solitario asilo, y recogió la hinchada vela.

"¿Veis aquel inmenso edificio que oprime la cima del monte? Allí, les dijo, es donde entregado á la embriaguez de los placeres, al ócio y á los juegos, yace el campeon de los cristianos: con los primeros rayos del dia de mañana subireis por aquella senda; y aunque esta dilacion os sea enojosa, sabed que es la hora oportuna para el buen éxito de vuestra fortuna, y que á favor de lo que resta de luz podreis llegar al pie del monte."

Inmediatamente los guerreros, despidiéndose de la noble guia, saltan en la orilla deseada, y encontraron la senda marcada, por la cual llega-

ron al punto antes que el sol sumergiese su carro en las marinas ondas.

Por en medio de ruinas y escombros ven que se sube á su mayor elevacion, y que al pie del monte se estienden las nieves y hielos, y mas allá divisan flores y verdor: ondean las frondosas ramas de los árboles, y brotan los lirios y las rosas en medio de terrenos helados por efecto de un poder mágico que superaba á la naturaleza.

Ambos guerreros se detienen en la falda de un sitio sombrío y fragoso: y no bien el sol, eterna fuente de luz, estendió su primera ráfaga por el oriente, cuando volvieron á continuar su viage con nuevo ardor; pero de improviso sale sin saberse de dónde un horrible dragon que se atraviesa en la senda para impedirles el paso.

Cubren su cuerpo escamas amarillas; alza su soberbia cabeza, su cuello se hincha de cólera, lanzan fuego los ojos, y cubre toda la senda de espeso humo: unas veces se recoge y repliega en sí mismo, otras se dilata arrastrando tras sí los tortuosos anillos que le componen; mas no logra detener á los dos guerreros.

Ya Cárlos desenvaina el acero y se dispone á acometer á la serpiente; pero Ubaldo le grita: "¿Qué intentas? ¿Piensas que tu brazo ni tu acero puedan vencer á tan terrible mónstruo?" Enton-

ces sacude la inmortal y dorada vara, y no bien sintió la fiera el rumor del aire sacudido con ella, se amansa y huye, dejándoles libre el paso.

Mas arriba se les opone un feroz leon, rugiendo espantosamente y mirándoles con centelleantes ojos: eriza la rizada guedeja, y abre la horrorosa caverna de sus sangrientas y devoradoras fáuces: sacúdese con la cola los hijares, y su rabia parece que se aumenta por momentos; pero apenas vió la vara, cuando se amedrenta, pierde toda su fiereza y huye.

Continúan su camino y se les pone delante una multitud de fieras diferentes en su voz, figura y movimientos; y parecia haberse juntado en aquel punto todos los mónstruos de las orillas del Nilo, de las regiones de Atlante, y cuantos abrigan los bosques de la Ircania.

Mas por un nuevo prodigio huyen todos con sola la vista ó vibracion de la vara mágica, y ya no encuentran los dos guerreros mas obstáculo, para ascender á la cumbre del monte que los peñascosos precipicios y los hielos endurecidos.

Vencidas al fin estas barreras, se encontraron en una pequeña llanura bajo un templado y sereno cielo, embalsamado con las aromáticas flores, y acariciado eternamente por los céfiros halagüeños, que siempre iguales, no reciben, como en otras

partes, del sol ni el movimiento, ni el reposo.

No vibra allí sus fuegos el estío, ni el invierno se arma de su aliento helado y esterminador; ni las nubes turban la serenidad de la atmósfera, sino un eterno azul de deliciosísimo resplandor adorna el cielo, nutre y alimenta las flores, comunicando á unas y otras su frescura y sus perfumes, y en medio se eleva un suntuosísimo alcazar que señorea los montes y mares que le circundan.

Sintiéndose los caballeros algo fatigados por la áspera subida, dirigian sus lentos pasos por aquella florida senda, cuando vieron despeñarse de la punta de una roca un ancho raudal, dividido en una multitud de arroyuelos que salpicaban con una lluvia de gotas las yerbas y las flores, y les brindaban á bañar en ellos los secos labios.

Sus aguas, reunidas mas allá en un canal profundo, giran armoniosas á la sombra del espeso ramage de los árboles: pero tan trasparentes y tersas, que reflejan el menor objeto de las orillas llenas de lozana yerba, que ofrecen á los viageros un fresco y suave asiento.

"He aquí, se dicen mútuamente, la fuente de la risa y las aguas tan peligrosas: conviene refrenar nuestro deseo y armarnos de precaucion: cerremos, pues, los oidos á los cantos de las sirenas

que intentarán seducirnos." Así prosiguieron hasta donde las veloces aguas se estienden en una madre mas espaciosa, cayendo en un estanque y formando un ancho lago.

En su orilla ven preparada una espléndida mesa, llena de varios y delicados manjares, y que van jugueteando por medio de las aguas cristalinas dos ninfas voluptuosas, que ya se arrojan agua al semblante, ya se desafian á nadar hasta una distancia señalada, se hunden en las olas y tornan luego á dejarse ver en la superficie, descubriendo la cabeza y blancos hombros.

La vista de las hermosas nadadoras conmovió los duros pechos de los dos guerreros, de modo que se detuvieron á mirarlas mientras ellas continuaban en su juego: una de ellas se levanta sobre la superficie, dejando ver su garganta de alabastro y cuanto mas puede incitar los ojos, y quedando lo restante del cuerpo no bien cubierto bajo el trasparente velo del agua.

No de otro modo aparece el lucero matutino humedecido con el rocío, ó pareció al nacer de entre la fecunda espuma del Océano la diosa del amor. Sus rubios cabellos destilaban cristalinas aguas: giró despues su vista en torno, y aparentando haber reparado por primera vez á los dos estrangeros, dejó ver en su semblante la imágen del pudor.

Desató súbitamente su cabello, recogido en un solo nudo, que cayendo por todas partes formaba un manto de oro que cubria el marfil de su cuerpo. ¿Qué de encantos desaparecieron á la vista de los dos guerreros? Pero otros nuevos los reemplazan, y cubierta con las aguas y su propia cabellera, preséntase á ellos alegre y sonrojada.

Su risa alternaba con su fingida turbacion, y este contraste la hacía mas seductora: en fin, con una voz tierna y suave que pudiera haber ablandado los corazones mas duros: "¡Felices estrangeros, les dice, á quienes el destino favorable concede llegar á esta mansion felice y venturosa!"

"Este es el puerto del mundo y el asilo en donde se olvidan todos sus sinsabores, entregándose á los placeres que disfrutaron los libres y antiguos humanos en el siglo de oro: bien podeis dejar con toda seguridad esas armas, ya inútiles, y suspenderlas en la quietud de estas sombras, que solo sereis aquí guerreros de amor."

»Estos prados, llenos de blanda y lozana yerba, serán los teatros de vuestras guerras: nosotras os presentaremos á la hermosura que manda en estos sitios, satisfaciendo los deliciosos deseos de cuantos vivimos bajo sus órdenes, y os admitirá en el número escogido de sus favoritos; pero refrigeraos primero bañándoos en estas aguas, y restableced

vuestras fuerzas con lo que os plazca tomar de esa mesa.»

Así habló una de las ninfas, acompañando la otra sus palabras con acciones y miradas, tal como al sonido de las cuerdas sonoras se miden los pasos, ya veloces, ya lentos; pero los caballeros se muestran endurecidos y sordos á tan pérfidas caricias, y aquel aspecto seductor y encantadores acentos solo hieren los sentidos sin penetrar hasta el corazon.

La razon, preparada ya de antemano, combate y destruye inmediatamente los primeros impulsos del deseo escitado por aquel espectáculo: una de las parejas queda vencida y burlada, la otra se dirige al palacio, y las ninfas se ocultan en el fondo de las aguas, pesarosas y avergonzadas de la heróica repulsa.

Canto Décimosesto.

El magnífico edificio es de forma circular, y en su centro contiene un jardin, cuyas bellezas no igualaron jamás los mas famosos que el orbe ha conocido: á su derredor, y en orden confuso, formaron los demonios mil torcidas y secretas sendas, en medio de cuyo laberinto hay una estancia impenetrable.

Los dos guerreros pasaron por la mayor de las cien puertas que la rodean, fabricada toda de purísima plata y girando sobre goznes de oro: preciosos relieves la adornan, que les llaman la atencion, aun mas por el valor del arte que de la materia: solo falta la voz á aquellas figuras, y aun engañado el oido, se prepara á escuchar las palabras que cree van á pronunciar.

Allí se veía entre las doncellas de Meonia hilar al gran Alcides, manejando la rueca el vencedor y destructor de los mónstruos y del infierno, y al amor que le miraba, sonriéndose: veíase

á Iole su amante, que con diestra débil manejaba por escarnio las armas homicidas, cubriéndose con la piel del leon, cuya dureza parecia ofender sus delicados miembros.

En otra parte se vé un lejano mar con las espumosas aguas oprimidas con dos poderosas y enemigas escuadras que se disputan su imperio: vénse chispear las armas sacudidas, que al parecer incendian á las mismas ondas: por una parte estan Augusto y sus romanos, y por otra Antonio con los egipcios, los árabes y los indios llevados del Oriente.

Parecia verse flotantes en las mismas aguas á las mismas cicladas arrancadas de su asiento, ó chocar montes con montes impetuosamente, segun el furor con que corrian á encontrarse los inflamados leños: volaban los dardos y las haces, y pronto quedó sembrado el mar de sangre y de tristes reliquias, cuando aun, hallándose indecisa la batalla, se vé huir á la estrangera reina.

Huye Antonio tambien, renunciando el cetro del universo á que aspira; mas no huye, no, ni teme, sino que sigue á la que huye, que le arrastra consigo. Vedle inflamado de amor, de vergüenza y de despecho, mirando alternativamente, ya la ensangrentada y dudosa batalla, ya las velas fugitivas.

Oculto despues en las márgenes del Nilo, pa-

rece que aguardaba la muerte en el régazo de su amante, cuyo aspecto endulzaba en cierto modo el dolor de tamaña pérdida. Con estas esculturas estaba laboreado el metal de las regias puertas: y despues de haberlas contemplado los dos guerreros entraron en la dudosa mansion.

Así como el Meandro en sus tortuosas vueltas se remonta unas veces ácia su orígen, y otras encamina sus aguas al mar, encontrándose las olas que se apartan con las que vienen en direccion contraria, tales y mucho mas confusos son los senos del encantado palacio; pero la lámina en que estan trazados, regalo del anciano, les aclara las salidas y les pone patentes las sendas mas secretas.

Despues que recorrieron sus retorcidas galerías, se les manifestó el alegre espectáculo del mas florido jardin, que presentaba aguas ya quietas y como apaciblemente dormidas, ya riachuelos que llevaban sus movibles cristales sobre arenas de plata, plantas variadas y yerbas diversas, brillantes colinas que reverberaban los rayos solares, valles sombríos, selvas y grutas de eterna verdura, sin que en aquel hermoso conjunto se perciba la mano del arte que lo ha fabricado.

Tan entrelazado estaba el orden con la aparente negligencia, que todo se presentaba como obra solo de la naturaleza, que habia querido re-

crearse en imitar las obras del arte. El aire, docil como todo al poder de la maga, derrama en la vejetacion un aliento vivífico y permanente, que hace que las flores nazcan al par de los frutos, y que mientras unos brotan otros maduren.

En el mismo ramo, y bajo la misma hoja, envejece el higo sobre el que acaba de brotar: la manzana, verde todavía, crece junto á la que amarillea: la áspera vid trepa adornada de abundantes pámpanos, ostentando un racimo pequeño y agraz, á la par del que brilla ya henchido del suave néctar.

Mil pajarillos, tan diversos como graciosos, ensayan bajo las verdes cubiertas sus músicos suspiros; las hojas y las aguas, suavemente agitadas por los favonios, acompañan su gorgeo, sonando mas cuando aquellos callan, y menos cuando vuelven á cantar; de modo que, fuese efecto del arte ó del acaso, formaban un verdadero concierto.

Entre aquellos alados cantores habia uno cuyo plumage estaba matizado de colores diversos: su pico se asemejaba al de la púrpura, y su lengua producia un sonido semejante á la voz humana; empezó á cantar, y los demas quedaron como en respetuoso silencio para escucharle, suspendiendo hasta los vientecillos su plácido susurro.

"Ved, cantó, abrirse la modesta y virginal rosa,

que medio abierta aun, y medio escondida, tanto es mas bella, cuanto menos se presenta; pero cuando mas atrevida manifiesta el desnudo seno, desfallece, y ya no es la misma que poco antes habia sido envidiada de mil doncellas y deseada de mil amantes.»

»No de otro modo pasa en un dia y se marchita la flor de nuestra vida: la primavera viene cada año á reanimar la naturaleza; pero nunca reflorece nuestra juventud aunque abril torne. Cojamos, pues, la rosa desde la mañana, que pronto la marchitará el rocío: cojamos la rosa de amor mientras podamos amar y ser amados.»

Cesó en su canto, y volvieron al suyo las demas aves como en señal de aprobacion: las tortolillas redoblan sus amorosos arrullos, y parecia que el duro alcornoque y el casto laurel con las demas plantas y arbustos, y la tierra y las aguas, respiraban á porfía dulcísimos suspiros animadas de amoroso influjo.

Entre tan tierna melodía, y en medio de tan voluptuosos y seductores objetos, se adelanta la noble pareja, y rígida y constante cierra el heróico pecho al cebo de los placeres: registrando por entre los espesos ramos, les parece ver, y á poco tiempo vieron realmente, á los dos amantes; ella sentada sobre la verde yerba, y él reclinado en su regazo.

Su velo no cubre ya el alabastro de su garganta, y los céfiros juegan con el suelto cabello; languidece de amor, y en sus encendidas megillas brilla un sudor voluptuoso que la hermosea aun mas; en sus húmedas pupilas centellea el fuego del deleite, bien así como un rayo de luz que penetra las cristalinas aguas: su cabeza está inclinada sobre él, y Reinaldo tiene fijos los ojos en ella.

Sus ansiosas miradas la devoraban, y devorándola se consumía él y aniquilaba: cubria ella sus labios y sus ojos de ardientes ósculos; y entonces él, suspirando profundamente, parecia que exalaba el alma traspasándola á la de su amante. Los dos guerreros miraban escondidos su amorosa embriaguez.

Pendíale á Reinaldo de la cintura, en vez de acerado peto, un espejo terso, confidente elegido de los ministerios de amor. Levantándose Armida lo pone entre las manos de su amante, y ella con sonrisa, y él con encendidos ojos, miran un solo objeto entre los que los rodean, mirándose ella en el espejo, y él en los serenos ojos de ella.

Ufana Armida con su imperio, y alegre Reinaldo entre sus cadenas, no vé mas que á sí misma aquella, y él á ésta: "Vuelve, decia el caballero, vuelve á mi esos ojos que me embriagan de felicidad, y con ellos verás grabado en mi co-

razon el retrato de tus gracias, aun mas vivo y esacto que puede presentártelo ese cristal.»

»¡Me desdeñas, cruel! al menos, si pudieras mirar en él tu hermoso rostro, así gozaría yo tambien de su dulce vista, aunque no lo dirigieses ácia mí. No basta espejo alguno á copiar tu bella imágen, ni puede reducirse el paraiso á un corto cristal: solo el cielo puede ser espejo tuyo, y en cada estrella puedes contemplar tu hermosura."

Sonrióse Armida á estas palabras, sin olvidar por eso sus adornos; y despues que hubo trenzado el cabello y sujetado sus doradas hebras, rizó las menores en delicadas sortijas, interpolándolas con flores que brillaban como el esmalte sobre el oro; y juntando las rosas con las azucenas de su pecho, se cubrió con su velo.

Menos pomposo ostenta el pávo real su soberbia y hojosa rueda, y menos bello aparece el encorvado iris al presentar á los rayos del sol su húmeda faja; pero á lo que nada puede igualarse es su ceñidor, que jamás deja, y que tejido por sus manos, solas ellas pudieron fabricarlo tan maravillosamente.

En él estaban como entretegidos los tiernos desdenes, las repulsas tranquilas, y por lo mismo mas seductoras; las gracias, las sonrisas, los re-

quiebros, el dulce llanto, los ósculos y cortados suspiros; ella habia fundido con un mágico fuego estos diferentes afectos formando aquel asombroso ceñidor.

Al fin, dando á Reinaldo un tierno y postrer ósculo, se dirige á su palacio, como lo acostumbraba, para entregarse á sus encantos; mas él queda sin poder seguir sus pasos, pues no le es concedido mover el pie ácia parte alguna; y á no ser cuando está en su compañía, vaga solo por aquellos jardines entre las plantas y animales que en ellos habitan.

Pero cuando las sombras y el silencio amigo vuelven á favorecer los amorosos hurtos, un mismo techo los abriga dentro de aquellos pensiles. No bien Armida desapareció, salieron los dos guerreros de los céspedes en que estaban escondidos, y se manifestaron á Reinaldo revestidos de sus brillantes armaduras.

Tal como un generoso caballo que despues de haber salido vencedor en los campos guerreros se vé condenado á un descanso vil, y vaga suelto por los pastos al lado de la celosa yegua, si resuena el bélico clarin, ó vé el bruñido acero, responde con sus relinchos, y arde por entrar en el combate, llevando sobre sí al ginete que le guia,

Así Reinaldo, á la vista repentina del relum-

brante acero, vuelve á sentir en sí el ardor belicoso; siente disiparse su molicie y sale de la embriaguez del deleite. Ubaldo se acerca y le presenta el bruñido escudo de diamante.

»El héroe dirige ácia el trasparente broquel sus miradas, y se vé en él adornado con femeniles vestiduras, respirando aromas voluptuosos, y sin otra señal de guerrero que la inutil espada, instrumento en otro tiempo de su gloria, y ahora solo vano adorno.

No de otro modo que el que oprimido de un pesado sueño despierta al fin, luchando con las ilusiones que le han agitado, tal volvió en sí al mirarse Reinaldo, mas sin poder sostener su vista. Baja en seguida los ojos, y el rubor le obliga á tenerlos clavados en la tierra, y aun si le fuera dado, desearía esconderse dentro del mar ó en la esfera del fuego, ó en lo mas hondo del abismo.

Entonces Ubaldo le habló de esta manera: "Toda el Asia y la Europa está en guerra, y no hay uno que se precie de caballero, y adore á Jesucristo, que no se arme en toda la Siria. Tu solo eres, ¡oh hijo de Bertoldo! el que en medio de tan general conmocion yaces entregado á un ocio infame en un reducido ángulo de la tierra: tú solo el que, sordo al grito general del universo,

te has esclavizado voluntariamente en los brazos de una hechicera.»

»¿Qué sueño; qué letargo ha sido capaz de enervar, de envilecer tanto valor? El campo cristiano y el invencible Godofredo, y la fortuna y la victoria, todo, todo te aguarda. Ven, heróico guerrero, ven á concluir la comenzada empresa, y caiga oprimida al inevitable golpe de tu acero la impía secta que ya empezaste á aterrar."

Calló, y quedó por un momento el noble jóven confuso, mudo, é inmóvil; mas luego que la vergüenza dió lugar á la indignacion del ánimo honrado, y que su ruboroso semblante se encendió mas y mas hasta abrasarle, despedazó los vanos é indignos adornos, signos de su malhadada esclavitud.

Él mismo apresura su vuelta, y sale fuera del intrincado y confuso laberinto: entretanto vió Armida muerto el feroz guarda de la real puerta: empezó á sospechar y se convenció luego de que su amante se preparaba á partir. Viólo con efecto ¡dolorosa vista! como volvia velóz la espalda al dulce albergue.

Bien hubiera querido gritar, "¿á dónde me dejas, cruel, sola y afligida?" pero el dolor cortó la voz, que hubo de volver á resonar con mayor amargura en el propio corazon. ¡Infeliz! Una

fuerza y un saber mayor que el suyo se le arrebata: lo conoce, y en vano se afana por detenerlo, valiéndose de los medios mas poderosos de su arte.

Bien sabía cuántos acentos profanos pronunció el inmundo labio de la maga de Tesalia, cuanto era capaz de detener las esferas celestiales, y evocar las almas de las profundas prisiones; mas no puede conseguir con ellas que el infierno responda á sus conjuros: deja los encantos y quiere probar si es mayor el poder de una hermosura desdichada y suplicante que el de una maga.

Corre sin que la detenga el freno del honor. ¿Qué se han hecho los triunfos de que se envanecia? Con sola una mirada en otro tiempo turbaba todo el imperio del amor, y altiva, cuanto desdeñosa, queria ser amada, despreciando al mismo tiempo á sus adoradores: solo apasionada de sí misma, no miraba á sus amantes sino como otros tantos trofeos de sus hermosos ojos.

Mas ahora, despreciada y envilecida, sigue al que huye, y procura embellecer con el llanto sus quejas: ni el hielo ni la nieve tienen un contacto áspero para sus delicadas plantas: precédenla sus lamentos como mensageros de su dolor, y no consigue alcanzarlo sino en la misma orilla.

»¡Oh tú! le gritaba fuera de sí, que llevas una parte de mí misma y me dejas la otra, ó toma

ésta, ó restitúyeme aquella, ó dá muerte á entrambas: deten, deten el paso para oir mis últimas voces, ya que no sea para darme el ósculo postrero. Otra, sin duda, merecerá tus caricias mejor que yo. ¿Qué aventuras, desapiadado, en detenerte? Bien podrás rechazar mis brazos, pues has podido huir de ellos."

Entonces le dice Ubaldo: "no es dable ya, señor, que rehuses aguardarla, pues viene armada de su belleza, de sus ruegos y de su amargo llanto. ¿Qué cosa mas heróica y digna de tí que el vencer á esta sirena aun viéndola y escuchándola? Así la razon se acostumbra á dominar los sentidos: los combates son su crisol verdadero."

Detiénese entonces Reinaldo, y llega ella desalentada y llorosa, tan doliente como ninguna, y como ninguna al mismo tiempo hermosa. Fija la vista en el héroe y enmudece, ya sea de enojo, ya de temor, ó ya de reflexion. Él no la mira, y si tal vez la dirige la vista, es rápidamente, volviéndola al momento como avergonzado.

Cual hábil músico que antes de principiar su armonioso canto prepara el ánimo de los oyentes, preludiando dulcemente en voz baja, así Armida, que en medio de su acerbo dolor no se olvidaba de sus artificios y estratagemas, suspiró primero repetidas veces para preparar el alma que queria

conmover con sús palabras, y dió principio á ellas de este modo:

"¡Cruel! no esperes en mis labios súplicas de amante: lo fuimos en un tiempo; mas si eres capaz de negarlo, ó te es enojoso tal recuerdo, escúchame á lo menos como enemigo. Lo que vengo á pedirte es tal, que puedes concederlo sin que deje yo por eso de ser el objeto de tu odio.»

»Si te complaces en aborrecerme, goza de este placer, que justo será, pues tú lo quieres: tambien yo, aborreciendo á los cristianos, te aborrecí á tí mismo: nací pagana, usé de todas mis artes á fin de destruir el poder de vuestras armas: te persegui, te aprisioné, y te conduje lejos de los tuyos á un sitio estrangero é ignorado.»

»Añade tambien á esto lo que mas te horroriza, cual es el haberte seducido y hecho conocer los halagos del amor. ¡Oh, cuán criminal he sido! Yo te entregué la flor primera de mi juventud, constituyéndote tirano de mi belleza, y ofreciéndote en don espontáneo lo que negué á tantos en calidad de premio.»

»Estos son mis engaños: y merezcan en buen hora mis culpas que te alejes de aquí ahora mismo, sin acordarte mas de una mansion que te fue tan amada en algun dia. Vé, traspasa el mar, pelea, trabaja, destruye nuestra fé; yo misma te

estimulo; ¿mas qué he dicho? ¡nuestra fé! Ya no lo es mia, pues solo soy fiel á tí, que eres, aunque tan cruel, el único ídolo mio.»

»Séame concedido no mas que el seguirte, que aun entre enemigos es corta demanda. No deja el cazador la presa tras de sí: el vencedor lleva siempre al vencido: tus reales me verán entre tus despojos, y podrás añadir esta victoria mas á las tuyas; y burlada la que se creyó tu burladora, me señalarán todos con el dedo como un objeto de vilipendio.»

»¿Para qué he de conservar, despreciada doncella, esta cabellera que ya no estimas? Yo cortaré sus trenzas, pues debe acompañar el trage al título de esclavo: te seguiré en lo mas encendido de las lides y cuando te veas rodeado de lanzas enemigas, pues me sobra valor y esfuerzo para llevarte caballos y armas.»

»Seré el escudo que te defienda, segun te agrade: prodigaré mi vida por defenderte, y antes que te toquen los tiros enemigos, habrán de traspasar mi cuello y mi pecho desnudos: no habrá tal vez enemigo tan bárbaro, tan feroz que quiera herirte á costa de sacrificarme: y quizá perdone la satisfaccion de vengarse en obsequio de una hermosura, por abatida que se vea.»

»¡Pero, oh desgraciada! que aun presumo de

hermosa cuando nada consigo.» Cortóla el llanto las palabras, saliendo impetuosamente de sus ojos como brota y corre una fuente en los altos Alpes. Con ademan humilde procura cogerle la diestra ó el manto; mas él se retira, resiste y vence, encontrando cerrada la puerta el amor para entrar, y el llanto para salir.

No entra el amor primero en el seno que la razon heló á renovar la llama antigua; entra, sí, en lugar de aquel la honesta compasion, compañera suya, conmoviéndole de tal modo, que apenas pudo contener las lágrimas; pero sofocando en su interior aquel tierno afecto, y serenando el semblante:

"Armida, la responde: yo parto contigo tu dolor; y á serme dado haria cuanto está en mí para libertarte de la pasion que concebiste: no te odio, no me quejo de ti, ni pienso en venganzas, ni me acuerdo de ofensas: ni eres sierva, ni enemiga mia, aunque sea cierto que erraste, traspasando el límite debido del amor y del odio.»

»Flaquezas humanas son estas de que te disculpan tu ley, tu sexo y tu juventud: tambien yo erré; y si me miro con indulgencia á mi propio, ¿cómo he de poder condenarte á tí? Tú serás siempre cara á mi memoria, ya en mis trabajos ó ya en mis placeres; y seré tu caballero en cuanto sea

conciliable con mi fé, mi honor, y la guerra del Asia."

»Pongamos ya fin á nuestros comunes errores, y duélete de nuestra conducta vergonzosa, quedando aquí mismo sepultada su memoria: ocúltense para siempre en un hemisferio los hechos mios, y no permitas que manchen estos borrones tu hermosura, tu valor y tu real sangre.

»Queda en paz, pues no te es permitido que me sigas, porque lo prohibe el que me conduce: quédate, te lo ruego, ó dirígete por otro camino y refrena tus pasiones, pues eres tan sabia." Mientras esto decia el guerrero, ella, agitada é inquieta, se mantuvo largo rato en una dolorosa suspension; pero de repente, mirándole ceñuda, prorumpió en estas palabras.

»No, no fue Sofía tu madre, ni desciendes de la sangre de los héroes de que pretendes tener tu orígen; produjéronte, sí, las iracundas olas del mar y el helado Cáucaso, y mamaste de alguna tigre ircana. ¿Á qué disimular mas? Ni una sola muestra de compasion me ha dado este impío. ¿Ha mudado acaso de color? ¿le ha merecido mi duelo una sola lágrima? ¿se le ha escapado por mí ni un solo suspiro?"

»Se ofrece por mi amante, y huye de mí y me abandona: cruel, y fingidamente generoso, olvida

las ofensas del enemigo vencido, y las perdona. Vedle aconsejar sobre el amor con la austeridad de Xenocrates. ¡Oh cielo, oh dioses! ¿cómo sufrís á este ingrato, al mismo tiempo que disparais rayos contra nuestros templos y nuestras torres?

»Parte, desapiadado, y lleva contigo la misma paz en que me dejas: vete, inicuo, que pronto verás tras de tí mi espíritu y mi sombra, que tenaces te seguirán. Trasformada en nueva furia, con mi tea incendiaria y mi cabellera de serpientes, te acosaré, no menos rencorosa que tierna te he amado; y si el destino te saca libre del mar y de los escollos, conduciéndote al campo de batalla,

»Allí, en un lago de sangre, rodeado de cadáveres, y moribundo tú mismo, me vengaré de tí, bárbaro guerrero. Oiré sí, oiré que en tus mortales y últimos sollozos invocas, aunque tarde, el nombre de aquella Armida..." Aquí le falta la voz y no puede pronunciar lo restante; cae desmayada; un frio sudor baña sus miembros, y sus ojos se cierran á la luz.

¡Tus ojos se cierran, oh Armida! El cielo implacable rehusa á tu dolor el último consuelo. ¡Ábrelos, desdichada, para ver al menos bañados en llanto los de aquel que reputas enemigo tuyo! ¡Ah, si pudieses oirle, cuál se suavizarian tus penas al escuchar sus suspiros! ¡cuán lastimoso te

mira al despedirse de tí, sin que tú aciertes á imaginarlo!

¿Qué ha de hacer? ¿la dejará en la desnuda arena entre viva y muerta? La compasion y la urbanidad se lo prohiben; pero la dura necesidad le arrastra. Parte, pues, y la cabellera de la que le guia se mira agitada por los leves céfiros: vuela la dorada vela por el alto piélago, y Reinaldo fija los ojos en la playa hasta que ésta se le oculta enteramente.

Cuando Armida volvió en sí y vió desierto y mudo cuanto la rodeaba: "con que se ha ido, esclamó, teniendo valor para dejarme casi muerta en este sitio! ¡con que no vaciló un solo momento, ni se detuvo siquiera á darme un socorro en tan estremada situacion! ¿y podré yo amarle todavía? ¿y permaneceré en este sitio sin vengarme y exhalando inútiles quejas?"

»¿Qué fruto saco de mis lágrimas? ¿no poseo otras armas y artificios? Sí; perseguiré á ese impío, y no encontrará parte segura en el mismo centro del abismo, ni aun en los mismos cielos, donde pueda impedir que le alcance, le prenda, y le haga pedazos el corazon para ejemplo de ingratos: fue mi maestro en crueldad, y he de escederle en ella. ¿Mas á dónde estoy, y qué es lo que hablo?"

»Desventurada Armida, cuando le tuviste pri-

sionero entre hierros, debieras enconarte contra él; tardía es ahora tu saña, é inútil tu furor. Mas si la hermosura nada puede, no faltarán arbitrios que ayuden á mi deseo; y ella, aunque despreciada, ha de ser la que me suministre los medios de mi venganza."

"Darela en premio al que corte su execrable cabeza: llegad, amantes mios: yo os brindo con una empresa dificil, pero gloriosa: yo, que debo heredar inmensas riquezas, me ofrezco por premio de una venganza; y si no merezco ser comprada á este precio, ¿de qué me sirve ser hermosa?»

»Don infeliz, yo te renuncio, y aborrezco mi trono, y aborrezco el vivir y el haber nacido; venganza quiero, no mas; y esta esperanza es la que sostiene mi existencia.» En tales quejas prorumpe y se aparta de la desierta playa, manifestando bien el hasta entonces reprimido furor en el cabello esparcido, y en lo encendido de sus ojos y semblante desencajado.

Al llegar al palacio llama con horrendos acentos, é innumerables veces, á las deidades del averno. El cielo llénase de oscuras nubes, y se eclipsó de repente el luminar eterno; silba el viento, azotando las cumbres enriscadas; brama el infierno bajo sus plantas, y estremécense las bóvedas del palacio.

Reinaba en todo él una sombra mas negra que las tinieblas de la noche, apenas interrumpida por los relámpagos horrorosos. Cuando al fin se disiparon las sombras y volvieron á brillar los rayos del sol, cuya palidez no podia alegrar todavía la atmósfera, no se vé ya el palacio, ni sus menores vestigios, ni puede conocerse tampoco el sitio en donde habia existido.

Así como las nubes forman diferentes imágenes que solo duran mientras el sol ó el viento no las disipan ó rompen, y así como los espectros que se presentan á la vista del calenturiento, y se desvanecen en pocos instante, desapareció la hermosísima mansion, quedando solo los bosques y montes creados por la naturaleza. Ella, en el carro que ya tenia preparado se sienta, y sube como acostumbra á las nubes.

Llega á la region de las tempestades, pasa á las playas del otro polo, á paises de habitantes desconocidos; traspasa los límites de Alcides, y no desciende al suelo de los hesperios ó de los moros, sino que dirige su curso sobre el mar hasta llegar al suelo de la Siria.

Lejos de ir á Damasco se aleja de aquella su patria, en otro tiempo tan querida, guiando el carro ácia la ribera estéril donde se elevaba su castillo en medio de las olas: llega á él y se oculta

de todos sus sirvientes, retirándose á una apartada estancia, en la que se entrega á sus encontrados pensamientos, mas cediendo en breve la vergüenza al enojo:

"Ire, dijo, antes que el monarca del Egipto mueva sus huestes del Oriente. Intentaré todos los medios, y echaré mano de todas las trasformaciones; manejaré la espada y el arco, haciéndome esclava del valiente cuya saña logre escitar contra mi enemigo; y si consigo una parte de mi venganza, nada importa que nunca recobre mi honor.»

«No me acuses, Hidraotes: acúsate á tí mismo; pues acostumbraste mi fragil sexo y ánimo inesperto á oficios que no me eran propios. Tú me hiciste atrevida, aventurera, enemiga de las pacíficas virtudes: en ti recaen los yerros que cometí por amor, y los errores que me inspire la venganza."

Al decir esto juntó sus damas, caballeros y pages, prontos á seguirla, ostentando en su rica vestidura y soberbios arneses toda la elevacion de su régia fortuna. Pónese en marcha sin detenerse ni al nacer, ni al ponerse el sol, ni al brillar la luna, hasta llegar á donde vé las tropas amigas que cubrian las campiñas de Gaza.

Canto Decimoséptimo.

En los confines de Palestina, ácia el camino de Pelusio, y á orillas del mar, se halla situada Gaza, rodeándola inmensas soledades de arena, que levanta el viento á manera de montes, cual suele el soplo del austro cuando hiere las olas del mar; y en ellas difícilmente encuentra asilo el caminante contra aquel torbellino espantoso del movedizo terreno.

Sometida en otro tiempo á los turcos, Gaza habia llegado á ser conquistada por el monarca de Egipto, con cuyos estados confinaba, y era la mas oportuna para la alta empresa que meditaba. Á ella trasladó su trono, dejando á la soberbia Memphis, y allí habia reunido un numeroso ejercito sacado de sus diversas provincias.

Recuérdame, ¡oh musa! el estado antiguo de estas comarcas, cuáles eran las armas del poderoso emperador, con qué fuerzas entre súbditos y alia-

dos contaba cuando puso en pie de guerra las gentes del mediodia y los reyes y pueblos de lo último del Oriente: tú sola puedes decirme las tropas y caudillos de medio mundo congregado en aquellas llanuras.

Despues que rebelándose el imperio griego se sustrajo el Egipto, y mudára de fé, un guerrero descendiente de la sangre de Mahoma se convirtió en su tirano y fijó allí su imperio: titulóse Califa, y los sucesores de su cetro conservan igual título, no de otro modo que tuvo el Nilo en largas dinastías sus Faraones y Tolomeos.

Se consolidó y aumentó tanto el reino con el transcurso de los años, que ocupando el Asia y Libia llegó á la Siria, Cirene, y confines Marmáricos, siguiendo el curso del Nilo mas allá de Siena, y dilatándose á la region inhabitada de Saba y riberas del Eufrates.

A derecha é izquierda encierra la Arabia el rio mar Bermejo, llegando mas allá del Eritreo hácia los pueblos por donde aparece el sol. El imperio por sí mismo fuerte, lo es mucho mas por el rey que lo gobierna, ilustre y claro por su linage y por su mérito, y su esperiencia en la política y en la guerra.

Mantuvo éste diferentes guerras con los turcos y con los persas, arrollando varias veces á sus ene-

migos: fue vencido y vencedor, y mucho mas grande en el primer estado que en el segundo. Cuando su avanzada edad no le permitía sufrir el peso de las armas, ni manejar la espada, retiróse de la guerra; empero no por eso dejó el ingenio guerrero ni la noble ambicion de adquirir gloria y poderío.

Pelea por medio de sus generales, y su entendimiento y palabras conservan todavía tal vigor que no le abruma el peso de la monarquía. Todos los régulos de África tiemblan á solo su nombre, y le respeta el indio lejano; dándole unos pueblos voluntarios ausilios de gente armada, y pagándole otros crecidos tributos.

Tal es este monarca que bien reune armas, ó ya unidas las dirige contra el reciente imperio de los franceses, cuya fortuna le inquietaba. Armida fue la última que se le presentó en el oportuno momento de estar pasando revista á sus tropas en un campo espacioso fuera de los muros.

Sentado en un alto trono, al que se sube por cien escalones de marfil, coronado de un gran dosel de plata, y pisando soberbias alfombras de púrpura entretejida con oro, y revestido de ropages, aunque bárbaros, magníficos, ciñe el poderoso monarca un turbante enroscado de cien vueltas de blanco lienzo, que formaban una corona.

Empuña el cetro con la diestra, y la cana y luenga barba le dan un aspecto venerable: vese pintado en sus ojos, á despecho de los años, todo el fuego de la edad primera, y toda la magestad de un soberano en su rostro y ademanes. Semejantes á los de él serian los rasgos con que Apeles ó Fidias hubieran retratado á Júpiter Tonante.

A su diestra y su siniestra tenia á dos sátrapas, levantando uno la espada desnuda, símbolo de la justicia, y el otro con el distintivo de su dignidad, que era el real sello; uno es el secretario del monarca y confidente de sus resoluciones civiles en la administracion del gobierno, y el otro el general de las tropas, revestido de absoluto poder para imponer el castigo merecido.

Una fiel guardia de circasianos está al pie del trono, armados de lanzas, corazas y corvos alfanges. Sentado así el tirano, miraba á sus pueblos reunidos, y á todas sus huestes, que al pasar por delante de él le rendian las armas y banderas.

Los primeros que pasan son los egipcios mandados por cuatro gefes: dos del alto Egipto, y los otros dos del bajo; de esta fecunda comarca, que creára el Nilo, usurpando al mar su cieno productor. De esta suerte prosperó el Egipto, y surcó el arado aquel inculto terreno que en algun tiempo fue costa peligrosa para el navegante.

En el primer escuadron se deja ver la gente habitadora de los abundantes llanos de Alejandría, y de las riberas que el sol alumbra con sus últimos rayos. Su gefe es Araspe, mas temido por su ingenio que por el valor de su brazo: conoce todo género de ardides, y es el primero en lo que atañe á moriscos estratagemas.

Siguen á estos los pueblos de la aurora, moradores de la costa africana, bajo el mando de Aronteo, ilustre solo por su nacimiento, y no por sus hazañas, puesto que no ha sudado todavía bajo del yelmo, ni le ha despertado en el campo el sonido de la trompeta guerrera; mas una desmedida ambicion le arrastra desde el regalo y la sombra á las penosas fatigas de las armas.

Mas bien que ejército parece la tercera division que es por sí sola una inmensa hueste: creyérase que el Egipto no bastára á sustentar tantos hombres; mas sin embargo, los ha suministrado una sola ciudad, bien que compite con provincias enteras. Este pueblo inmenso, aunque poco aguerrido, que seguia las banderas de Campson, era el del Cairo.

Siguen al mando de Gacel los que segaron los vecinos y fértiles campos hasta el punto en que se precipita por segunda vez el rio, formando la segunda catarata. Los egipcios llevaban no mas

que arcos y espadas, no acostumbrados á sostener el peso de la armadura y el morrion, por lo que el enemigo los acomete, mas bien deseoso de los ricos vestidos que llevan, que temeroso de la muerte.

Despues llega la gente desnuda y desarmada de Barca, guiada por Alarcon, y que sustentaba con el robo en los desiertos su vida hambrienta y vagabunda. Siguen los dos reyes de Trípoli y Zumara con gentes menos aleves, pero poco apropósito para sostener una batalla formal, y sí diestros para las descubiertas y escaramuzas.

Van tras ellos los que cultivan las dos Arabias, Feliz y Petrea, que jamás, segun lo publica la fama, sienten la rigidez del hielo, ni el fuego del calor estivo; su patria es la cuna del incienso y los demas aromas, y donde renace el fénix inmortal entre las fragantes flores que reune, y son á un mismo tiempo su sepulcro y su cuna.

Los vestidos de estos son menos ricos que los de los egipcios, pero se igualan con ellos en las armas. Preséntanse tambien otros árabes que jamás se fijan en señalados edificios, sino que siempre errantes, trasladan consigo sus casas y poblaciones enteras: su voz y talla son femeniles; su semblante negro, y sus cabellos largos.

Grandes cañas de indias con breves puntas de

hierro les sirven de lanzas; y al verlos correr á caballo, se pudiera decir que los arrastra un torbellino, si el aire pudiera seguirlos en su carrera. Los primeros iban mandados por Sifacio; los segundos por Aldino, y los terceros por Albiazar, bandolero y asesino mas bien que guerrero.

Vanse acercando las tropas de las islas que ciñen las ondas arábigas, y que, pescadores, en algun tiempo, recogian las conchas llenas de preciosas perlas. Tras sus huellas iban los negros que ocupan la orilla izquierda del mar Rojo, conduciendo á los primeros Gricalto, y á los segundos Osmida, que no conoce fé ni ley alguna.

Pasan despues los etiopes de Meroe, isla formada por el Nilo y el Astrabora, y cuyo ámbito contiene tres reinos enteros: sus gefes son Canario y Asimiro, ambos reyes secuaces de Mahoma, y tributarios del califa; pero no viene el tercero, porque adora al Dios verdadero.

Otros dos monarcas tributarios componian tambien el formidable ejército con sus batallones armados de arcos y flechas: el uno era el Soldan de Ormuz, cuyo hermoso pais está circundado del gran seno pérsico; el otro domina en Boecan, reino que en el creciente de las aguas del mar es una isla; pero cuando aquellas bajan presenta al pasagero un terreno por donde llegue á pie enjuto.

Tampoco á tí, ¡oh Altamor! pudo detenerte en el casto lecho conyugal la amada esposa, por mas que deshaciéndose en lloro se mesó la rubia cabellera, y se hirió el albo pecho para apartarte de la infausta partida. "¿Con que te agrada mas, ingrato, le dice, la terrible vista del mar que la de mi semblante, y el peso de las armas te será mas agradable que el tierno hijo recibiendo tus dulces halagos?«

Este es el rey de Sarmacanta, menos nombrado por la diadema que ciñe, que por su sabiduría en el arte de la guerra, su valor en los combates, y su magestuosa presencia: algun dia lo conocerán los cristianos, y aun es razon le teman desde ahora: sus soldados visten coraza, llevan espada y una enorme maza sobre el arzon.

Montado sobre un disforme elefante, al que gobierna como pudiera á un agil caballo, llega despues el fiero Adrasto con un coselete del cuero verde de una serpiente, matizado de negro, mandando á la gente de entre el Ganges y el Indo.

Sigue el escuadron escogido de la milicia real, compuesto de los premiados con grandes mercedes y honores, por haberse distinguido en la guerra, así como por otras acciones dignas de galardon. Van tan armados sobre valientes y veloces caballos, que infunden terror, reflejando hasta el cielo

los visos de su manto de púrpura y el brillo del acero y del oro de que van cubiertos.

Entre ellos estaban el duro Alarco, organizador de huestes; é Idraorte; y el célebre por su audácia Rimedon, que desprecia á todos los hombres, y á la muerte misma; y Tigranes; y el famoso corsario Rapoldo, tirano de los mares; y el fuerte Ormondo; y el arábigo Marlabusto, llamado así por haber subyugado á los árabes.

Orindo; Pirga; Arimon; y Brimarte, conquistador de ciudades; Sifanto, domador de caballos; y tú, Aridamante, tan diestro en el arte de la lucha; y Tisafernes, rayo de Marte, á quien no hay uno que se alabe de haber igualado peleando á pie ó á caballo, ora con la espada, ora con la lanza.

Guíalos un armenio que en su temprana edad renegó de la verdadera fé, trocando el nombre de Clemente por el de Emireno. El rey de Egipto, á quien es fiel, le prefiere á cuantos guerreros allí habia, y es tan buen general como soldado por su valor, cordura y fortaleza.

Habian ya todos pasado, cuando apareció de repente Armida con su batallon, al que precedia sentada en un magnífico carro: llevaba cogido el trage, y le pendian de los hombros la aljaba y el arco: el furor, mezclado con la dulzura natural

de su semblante, la daban un nuevo realce, y su misma severidad tenia un nuevo aliciente que hacia agradable el enojo.

El carro se parecia al del sol en el brillo que despedian las piedras preciosas de que estaba adornado: su diestro auriga, vestido ricamente, manejaba cuatro unicornios divididos en dos parejas: cien doncellas y otros tantos pages con saetas y arcos rodean el carruage, oprimiendo á gallardos y blancos caballos, dóciles á la rienda, y rápidos en la carrera.

Siguen al carro sus tropas y las que sacó Idraorte de la Siria, mandadas todas por Aradino; y así como cuando vuelve á renacer de sus cenizas el ave singular de Arabia, y vuelve á visitar á sus etiopes, ostentando sus variadas plumas el dorado penacho y matizado collar, asómbranse los mortales al mirarle, y le sigue y rodea un ejército de aves admiradas,

Así Armida pasa, no menos sorprendente por su vestido, su actitud y su semblante: no hay en aquel momento corazon tan negado al amor que no se sienta conmovido; y si con aspecto enojoso fue capaz de arrastrar tras de sí tantas volundes, ¿qué sería cuando con faz placentera jugase sus hermosos ojos y encantadora risa?

Despues que pasó Armida, el soberano de los

soberanos mandó comparecer á Emireno, pues con preferencia á tanto ínclito gefe, quiere darle el mando general del ejército. Emireno, á quien su corazon presagiaba el premio que le estaba aguardando, se presenta con aquella dignidad que le hace ya merecedor del galardon: ábrese la guardia circasiana en dos hileras, y dejándole el paso libre sube hasta el trono.

Llega, inclina las rodillas y la cabeza, pone la diestra en el pecho, y el monarca le dice así: "A tí te entrego, Emireno, este baston; á tí te encargo mis huestes, y tú, haciendo mis veces, salva al rey mi tributario, y lleva mis iras vengadoras sobre el ejército francés: vé, llega y vence, y no dejes resto alguno de los vencidos, ya acabando con ellos el acero, ó ya reduciéndolos á la esclavitud."

Así dijo el tirano, y tomando el caballero la insignia del poder soberano, le responde en estas palabras: "Confiado, señor, en la honra que recibo de tan invicta mano, voy con tan favorables auspicios, y en nombre tuyo, á tan grande empresa, prometiéndome, aunque súbdito tuyo, vengar los inmensos agravios del Asia: no he de volver sino vencedor; y si perezco, pereceré con gloria."

»Solo pido al Cielo que, si como no creo, me

tiene destinado un siniestro suceso, le reuna todo contra mí solo, se salven las tropas, y su caudillo yazga mas bien en triunfal que en fúnebre pompa.» Dijo, y resonaron al mismo tiempo las músicas guerreras y los aplausos generales.

Aclamado por tantos pueblos, baja entre un numeroso y noble acompañamiento el rey de reyes á su pabellon, en el cual dá un espléndido banquete á los gefes y obsequia á todos, ya con honoríficas palabras, ya presentándoles delicados manjares; y atendiendo á todos en general, á ninguno deja descontento. Armida vió desde luego la mejor proporcion para sus artificios en unos momentos en que reinaban el placer y la alegría.

Cuando levantadas las mesas advierte que todas las miradas se dirigian á ella, y conoce que obra el veneno de sus ojos en los convidados, levantándose de su asiento se dirige al monarca con semblante altivo, al mismo tiempo que respetuoso, y procura en cuanto le es posible aparecer magnánima y esforzada en sus acciones y semblante.

"Tambien yo vengo, ¡oh rey supremo! á hacer la guerra por la fé y por la patria: muger soy, pero reina, y nunca es indecoroso el pelear en éstas: la que tal ha nacido no debe perdonar medio alguno para conservar su dignidad; manejar debe igualmente el cetro y el acero, y yo ase-

guro que la mia sabrá esgrimirle, y no en vano.»

»No se crea que, visoña en esta profesion, sea ahora el primer dia que me ocupo en tan noble ejercicio; tiempo hace que milito en favor de tu ley y de tu imperio: bien puedes recordar cuán cierto sea esto, pues no ignoras algunas de mis hazañas, y que hice prisioneros á los mayores campeones que siguen las banderas de la Cruz."

»No se te oculta que cautivos por mí, y aherrojados, te los envié en obsequioso don, y que ahora gemirian en el oscuro fondo de una mazmorra, y tú mismo podrias confiar mas en el triunfo de tus armas, si el feroz Reinaldo no hubiera muerto á mis soldados y dado libertad á mis prisioneros. La fama publica por do quiera quién sea Reinaldo, estendiendo por todas partes la historia de sus acciones.»

»De ese cruel es de quien despues me he visto gravemente ofendida, y me encuentro todavía sin venganza. Unido á la razon mi justo enojo, me estimula mas y mas á vengarme: mi injuria necesita largo tiempo para ser referida; mas la sabrás adelante, y por ahora baste decirte que solo anhelo venganza.»

»La procuraré: no todas veces lleva el aire las saetas infructuosamente, y tal vez la mano del cielo dirige los tiros del justo contra el malvado;

pero si hay alguno que ose cortar la cabeza á ese bárbaro y me la presente, sería para mí muy grata esa venganza, aunque mas lo sería ejecutada por mi mano."

"Sí, tan grata me será, que podrá aspirar quien lo consiga á cuantas mercedes dependan de mí: podrá obtener mi mano, acompañada de un gran tesoro: esto lo prometo desde ahora: esto juro cumplir; y si hay alguno que juzgue el premio equivalente al riesgo, hable y declárese.»

Adrasto tenia clavados los ojos en Armida mientras ella hablaba, y responde: "No permita el cielo que dispares un solo dardo contra ese bárbaro homicida, que no es digno un corazon villano de que emplees en él tus tiros, ¡oh hermosísima flechera! yo me encargo de ser ejecutor de tu venganza, y me ofrezco á presentarte su cabeza."

»Yo le arrancaré el corazon, y daré en pasto á las aves de rapiña sus destrozados miembros." Así se jactaba el indio Adrasto, cuando no pudiendo sufrir su orgullo Tisafernes: "¿Quién eres tú, le dijo, para vanagloriarte así en presencia del monarca y de nosotros? Tal vez habrá aquí alguno que esceda con sus obras á tus palabras, y sin embargo calla."

»Mis hechos, replica el feroz indio, son mas bien los que hablan que mi lengua; y si te atre-

vieses á proferir tales palabras fuera de este sitio, serian las últimas que articulases." Seguido habrian entrambos, si el gran monarca no los hubiese contenido estendiendo la diestra y dirigiendo á Armida estas palabras: "Tu corazon, gentil doncella, es guerrero y magnánimo.

»Digna, pues, eres de que entrambos héroes te consagren su cólera y su resentimiento: á ti te toca el guiarlos contra el malvado que te ha ofendido, á fin de que empleen á porfía su esfuerzo y celo en dejarte vengada." Dijo, y los dos paladines volvieron de nuevo á ofrecer el vengarla.

Mas no solo ellos, sino aun todos los demas, prometieron igualmente emplearse en su desagravio. ¡Tantas armas, y tantos ánimos concita ahora contra su amante aquella misma que antes idolatró en él tan estremadamente! Pero entretanto, aquel contra cuya vida se conjuraba, surcaba velozmente los mares en la próvida navecilla.

No menos ligera ésta á su regreso que lo habia sido en su ida, era favorecida del viento; y ya miraba el jóven el polo, las ursas y las relucientes estrellas que son guia en la oscura noche, y mira los rios y promontorios que se introducen y dilatan ácia el mar.

Infórmase del campo y de los diferentes paises á que dá vista. El sol habia salido cuatro veces

desde que hendía las salubres espumas, y cuando ya iba á esconderse, surge la nave, y la conductora dice: "estas son las playas de Palestina y el fin de nuestro viage.»

Al decir esto puso en tierra á los tres caballeros, y desapareció súbitamente: iba entrando á mas andar la noche, reduciendo á un aspecto uniforme la diversidad de colores y de objetos, sin que en aquellas arenosas soledades pudiesen ver techado ni edificio alguno, ni huellas de hombres ni caballos, ni persona alguna que les pudiese dar señas del camino.

Despues que un buen espacio estuvieron suspensos, se dirigieron dejando el mar á sus espaldas, cuando percibieron á lo lejos cierto objeto luminoso que disipaba las sombras de la noche con plateados y vivos reflejos: encamínanse ácia aquella luz, y divisan lo que tanto resplandece.

Ven pendientes de un grueso tronco unas armas flamantes, en las cuales daban los rayos de la luna que hacian chispear en el arnés y yelmo de oro mas estrellas que en el cielo. En la preciosa pedrería de que estaban tachonados, y en el escudo que igualmente resplandecía, repararon puestos por órden los mas preciosos relieves: un anciano estaba sentado junto á las armas, que pa-

recía que las estaba guardando, el cual se encamina á ellos no bien los hubo visto.

Pronto reconocieron los dos guerreros la venerable faz de su sabio amigo, y despues que le saludan alegremente, y él los recibe tan afable como cortés, dirige estas palabras al jóven, que le miraba enmudecido: "A tí solo, señor, te aguardaba solitario y ansioso de verte."

»Aunque tú no lo sepas, soy tu amigo: pregunta sino á tus dos compañeros cuánto miro por tu gloria: digan ellos cómo les enseñé el medio de triunfar de los encantos en que arrastrabas una vida miserable: mas escucha ahora mis palabras, aunque no sean las de una engañosa sirena, y grábalas en tu corazon mientras que una lengua mas santa y mas sabia te ilumine completamente."

"No es en la sombra de amenas playas, ni entre fuentes y flores, ni entre ninfas ni sirenas, sino en la fragosa cima de una escarpada roca, do colocado está el bien de la virtud: jamás llegará á ella quien no arrostre los ardores del estío y los hielos del invierno, y quien no se aparte de las perniciosas sendas del placer. ¿Consentirás en contemplar de lejos el trono de la gloria, como ave que vaga perezosa sobre los profundos valles?"

"La naturaleza te dió una frente capaz de ele-

varse noblemente, mirando al cielo: te dió un alma generosa para que mires arriba y te eleves en hazañas dignas del sumo premio: concedióte tambien la ira veloz é impetuosa, no para que uses de ella en civiles combates, ni para que te sea ministra de ambiciosos é irracionales deseos."

"Diératela, sí, para que armado con ella ataques mas fuertemente los enemigos esteriores, para que refrenes con mas fuerza tus pasiones, que son tus interiores adversarios, y para que como sabio gefe las dirijas y gobiernes, ya conteniendo su furor, ya escitando su tibieza, segun la diversidad de causas.»

Así decia; y Reinaldo, atento y dócil á sus sabias palabras, las recomendaba á la memoria, fijando en tierra la ruborosa vista. Leyó el sabio anciano lo que pasaba en su corazon, y prosiguió de esta manera. "Levanta los ojos, hijo mio, vuélvelos á este escudo, y verás en él los ilustres hechos de tus progenitores;

"Verás la esclarecida fama de tus abuelos que ha precedido á la de tantos héroes: aun distas mucho de igualarla, porque caminas lentamente por la senda de la gloria; pero ten ánimo, y sirvan de estímulo á tu valor estas imágenes que te presento." Mientras decia esto, observaba atentamente el caballero el escudo.

En breve espacio el diestro artista habia reunido sin confusion un número prodigioso de figuras, y en él se veía el órden augusto, y no interrumpido, del glorioso linage de Accio, el manantial romano, de donde se formaban puros é incorruptos rios, y los príncipes coronados de laurel, cuyas hazañas y guerras le vá enseñando el anciano.

Manifiéstale á Cayo que en el momento en que el imperio decadente iba á ser presa de gentes estrañas, toma las riendas del gobierno, que el pueblo le ofrece, y se hace el primer príncipe de los estenses: vé tambien cómo los débiles vecinos se acojen por necesidad á él cuando el fiero godo, á instancias de Onorio, volvió á pasar el ya conocido camino.

Demuéstrale cómo en medio de las llamas que devoran esta triste comarca, y mientras Roma gime bajo el peso de su cadena, y teme ser destruida hasta sus cimientos, Aurelio conserva en libertad al pueblo, sometido á su cetro, y Foresto opone á los hunnos, que reinaban en el Aquilon, una terrible barrera.

Conoce al furioso Atila en su semblante fiero, en su mirar de dragon; y creyérase oir en su boca horrendos bramidos: este monstruo, vencido en singular batalla, se refugia entre los demas com-

batientes. Repara despues cómo el buen Foresto toma la defensa de Aquilea.

En otra parte está su tumba, y su destino es el de la patria. Síguele su hijo Acarino, no menos heróico que su padre, y heredero de sus virtudes; y su hermano Artino, que vencido mas bien por el hado infausto que por los hunnos, se retira á un valle del Pó, en donde establece una ciudad compuesta de mil aduares dispersos.

Fortificóse contra el caudaloso rio, y llegó á ser la capital y silla de los magnánimos estenses. Creíase verle arrollar á los alanos, pero desgraciarse al luchar contra Odoacro, y morir por la Italia: ¡noble muerte que le igualó en gloria con su padre!

Mira Reinaldo caer con él al valiente Alforisio, salir desterrado á Azo, juntamente con su hermano, y volver en seguida, guiado por sanos consejos, y escoltados con ejércitos, despues que fuera vencido el tirano Erulo. Atravesado el ojo derecho de una saeta yace el estense Epaminondas, muriendo el fuerte Bonifacio contento por haber vencido al feroz Totila y salvado su precioso escudo.

Niño todavía, sigue Valeriano las huellas de su padre, y con diestra y pecho varonil no bastan á arredrarlo cien escuadrones godos. No lejos de allí

el terrible Ernesto hace temblar al esclavonio, y mas cerca el intrépido Aldoarlo desaloja de Monscelso al rey lombardo.

Tambien estaban allí Berenguer y Enrique, el primero de los cuales se señala por mil dignas acciones bajo las augustas banderas del gran Cárlos. Síguele Ludovico, concitándole contra su yerno, que reinaba en Italia, hasta vencerle y hacerle prisionero; y preséntase despues Oton con sus cinco hijos.

Veíase á Almerico hecho marqués de la capital del Pó. Mira al cielo en actitud de devota contemplacion el fundador de iglesias; y en otra parte estaba Azo, segundo en duras competencias con Berenguer, que despues de sufridos los inconstantes golpes de la fortuna, vencía y empuñaba el cetro de Italia.

Su hijo Alberto marcha contra los germanos, y se distingue tanto, que venciendo al danés en pequeñas y grandes acciones, consigue ser yerno de Oton, con riquísima dote. Detrás de él se vé á Hugo, que debeló la orgullosa cerviz de los romanos, y que se llamó marqués de Italia, y obtuvo el mando de toda la Toscana.

Mirábase igualmente en aquella armadura á Teobaldo, y á Bonifacio junto á su esposa Beatriz, aunque no se divisaba varon alguno que fuese he-

redero de tan escelso padre. Recoge dignamente la herencia de tantos héroes Matilde, sabia, valerosa y superior, aunque muger, á las coronas y los cetros.

Su noble semblante respira virtudes varoniles, y en su mirar se vé el denuedo: ya batía á los normandos, ya ponía en fuga al nunca hasta entonces vencido Guiscardo: aquí rechaza al IV Enrique, y ofrece en las aras el estandarte imperial que le ha cogido; y allí repone al Soberano Pontífice, sucesor de Pedro, en el solio del Vaticano.

A su lado, y algunas veces tras de ella, se vé á Azo el V, en quien parece fijarse su ternura; mas Azo el IV estendía su noble y fecunda raza en mas felices ramas. Vá do parece que le reclama Italia el jóven Güelfo, hijo de Cunegunda, estendiéndose este pimpollo romano con hado feliz por los campos de Baviera.

Allí ingiere su renuevo Estense en el antiguo arbol de Güelfo, de donde retoña tan preclaro nombre, y sus cetros y coronas de oro, elevando mas y mas, con el favor de los celestes rayos, su antigua frente: ya toca al cielo, cubriendo la mitad de Alemania, ya estiende su benéfica sombra á toda ella.

No menos florecian las ramas de esta real planta en Italia. A competencia con Güelfo brillaba

ya Bertoldo; y Azo VI renueva el ejemplo de sus abuelos. Esta série de héroes parecia que respiraban en el metal, encendiendo en el corazon de Reinaldo, que le miraba, mil centellas de su innato honor.

Émula la virtud, encendió tanto su ánimo guerrero, que juzgaba realidad cuanto el arte pintaba á la fantasía en la toma de las ciudades y ruina de los pueblos enemigos, y se arma presuroso, y goza de antemano de los triunfos que aguarda.

Entonces Cárlos, que ya le habia narrado la muerte del heredero del monarca danés, le dá la espada que se le destina, diciéndole: »En buen hora la tomes, señor, para esgrimirla tan pio como justo en favor de la fé cristiana; y venga heróicamente con ella á su primer dueño, que tanto te amó, y se promete de tí este servicio."

»Quiera el Cielo, le contesta Reinaldo, que la diestra que toma ahora esta espadá vengue con ella al que fue su primer señor, pagando así en cierto modo el alto precio que se merece." Cárlos, con placentero rostro, le dió sinceras gracias en breves razones; mas era ya llegado el momento de partir, y el noble sabio les instaba al viage nocturno.

» Tiempo es, decia, de ir á donde te aguarda Godofredo y todo el campo cristiano, á donde

llegas en la mayor oportunidad. Andemos, que bien sabré, á pesar de la oscuridad, conduciros hasta el campamento." Diciendo esto, sube ágil en el carro, los recibe en él sin mas tardanza, y aflojando la rienda á los ligeros caballos, los castiga, dirigiendo su curso ácia el oriente.

Caminaban silenciosos por entre las sombras de la noche, cuando vuelto el anciano al jóven: »Ya has visto, le dice, los ramos y antigua raiz de tu antiguo linage, que aunque desde los primitivos tiempos ha sido tan fecundo en héroes, aun no es tan estéril que su edad le impida producir otros nuevos."

»¡Oh, si como he sacado del oscuro seno de la antigüedad á tus primeros ascendientes, pudiese descubrir los que han de nacer de tí, y manifestarlos al mundo antes que nazcan! ¡Qué sucesion tan dilatada verías de héroes futuros, y de acciones ilustres!"

»Pero mi arte no alcanza á descubrir lo porvenir sino confusa y dudosamente, cual se llega á vislumbrar una luz lejana entre espesas nieblas; y aun cuando perciba como cierta alguna cosa, no soy tan atrevido que te lo asegure, si bien lo oí de quien merece que el Cielo le revele abiertamente sus arcanos."

»Solo, pues, voy á predecirte lo que á él se le

descubrió, y á mi me confiára. No hubo jamas en los últimos tiempos, ni en los mas antiguos, progenie griega, latina ó bárbara que pueda igualarse en héroes como los que el Cielo te destina para descendientes tuyos, que podrán rivalizar con los que inmortalizaron á Esparta, á Cartago y á Roma.»

"Pero entre otros, me dijo, veo á Alfonso, que aunque segundo de este nombre, será el primero en las virtudes, que debe nacer cuando cansado el mundo y corrompido no produzca ya esclarecidos varones: no habrá otro que empuñe mejor la espada ó el cetro, ó mantenga mejor el peso de las armas y de la corona, para gloria eterna de tu sangre.»

»Desde niño manifestará en sus juegos infantiles evidentes indicios de su sublime valor; será espanto de las selvas y de las fieras; ganará despues el primer premio en justas y torneos; alcanzará ricos despojos y triunfadoras palmas en sangrientas batallas, y ceñirá sus sienes contínuamente de hojas de laurel, encina y grama."

»No menos dignas virtudes han de adornarle en la edad madura, estableciendo la paz y tranquilidad, manteniendo pacíficas sus ciudades entre las lides agitadas por los pueblos vecinos, fomentando las artes, protegiendo á los ingenios, cele-

brando juegos magníficos, distribuyendo premios y castigos con equitativa balanza, y precaviendo de antemano los venideros males.»

"¡Ah! si sucediese que alguna vez vaya mandando sus huestes á vengar los templos destruidos y aras profanadas por los infieles que infestarán la tierra y los mares, ¡qué venganza no tomará tan justa contra el poderoso tirano y contra su malvada secta!»

»En vano se opondria contra él por una parte el moro, y el turco por otra, con numerosos y fuertes escuadrones, pues él llevaria la cruz, el águila blanca y las lises de oro mas allá del Eufrates y del nevoso Tauro, y de las regiones en que reina un perpétuo estío, y descubriría, bautizando atezadas cabezas, los ignorados manantiales del gran Nilo."

Así hablaba el anciano, cuyas palabras escuchaba ansiosamente el jóven, lleno su pecho de un vivo y secreto placer con aquel anuncio de la gloria destinada á su posteridad. Entretanto rayaba la aurora, mensagera del sol, que sonrosaba ya el oriente, y con su luz se divisaban las banderas que ondeaban á lo lejos.

"Ya veis, continuó el viejo, el sol que os alumbra de frente, y cuyo benéfico rayo os descubre los pabellones, la llanura, la ciudad y el

monte: os he traido hasta aquí por caminos desusados y libres de todo insulto y obstáculo, y ya podeis ir solos y sin guia, pues no me es permitido el seguir mas adelante."

Así se despidió, volviendo atrás y dejando allí á los caballeros, los cuales, dirigidos por el naciente sol, caminaban ligeros ácia los reales. La fama divulgó por todos los contornos la anhelada venida de los tres, llegando antes que ellos esta noticia al piadoso Godofredo, que dejando su asiento salió á recibirlos.



Canto Decimoctavo.

Llegado Reinaldo al punto en que Godofredo salió á su encuentro: "Señor, le dijo, un invencible estímulo de honor me obligó á vengarme de aquel guerrero muerto; y si en ello te ofendí, bien satisfecho puedes estar de que mi corazon, lleno de remordimientos y penas, pagó despues aquel delito; tú lo mandas, y vengo por obedecerte, por agradarte y cumplir la satisfaccion que de mi exijas."

Godofredo, al ver que iba á inclinarse humildemente, le echa los brazos al cuello diciéndole: "Demos al olvido todos esos tristes recuerdos; ni se hable mas de cosas pasadas: solo deseo que en debida satisfaccion hagas las asombrosas hazañas que te son propias, y que para confusion de los enemigos y gloria nuestra venzas los monstruos de esa selva;

"De esa selva espantosa y antiquísima, de la

cual sacábamos abundantes materiales para nuestras obras, y que ahora, sea cual fuese el motivo, es el centro y abrigo de maléficos encantos: no hay quien se atreva á cortar una sola rama; y no es por otra parte conveniente que ataquemos la ciudad desprovistos de las máquinas necesarias: resta, pues, que pruebes tu esfuerzo en una empresa en la que los demas se confiesan vencidos.»

Concluyó Godofredo, y el paladino se ofreció en breves palabras al riesgo y trabajo que fuese necesario, dejando ver en su osado continente que es capaz de ejecutar mas de lo que prometa. Despues volvió el semblante y dirigió sus palabras á los demas amigos para cumplimentarlos, encontrándose allí reunidos Güelfo, Tancredo y los demas gefes del ejército.

Concluidas estas urbanas demostraciones con todos los gefes, recibió con igual afabilidad á las demas gentes de menor clase; y no le hubiera acogido con mas entusiasmo la afanosa multitud, si despues de haber vencido el oriente y mediodia le hubiesen visto entrar victorioso en un carro triunfal.

Así se dirigió hasta su tienda, donde sentado entre un círculo de amigos, á todos respondió á sus preguntas, preguntando á la vez acerca de la guerra y del bosque encantado; y cuando despi-

diéndose cada uno le dejaron solo con el piadoso ermitaño, le habló éste en semejantes palabras. "Seguramente has visto cosas prodigiosas en tu admirable peregrinacion."

» Ellas te prueban cuánto debes al supremo Ser que gobierna el mundo, pues él es quien te ha sacado de los peligros de una region encantada: él te ha vuelto á su redil como un descarriado corderillo, te acoge en él, y te señala por el órgano de Buillon por ejecutor segundo de sus altos designios; mas no te conviene que armes la diestra para tan alto ministerio sin purificarte."

"Estás tan mancillado con las heces del mundo y del torpe apetito, que no bastarán para limpiarte todas las aguas del Nilo, del Ganges y del Océano. La gracia celestial, no mas, es la que puede despojarte de tu impureza, restituyéndote la virtud perdida: vuélvete pues al Cielo, pídele reverentemente, declara tus culpas secretas, ora y gime."

Movido de tan saludable aviso, y recogiéndose Reinaldo dentro de sí mismo, lloró amarguísimamente su orgullosa ira y locos amores, y postrado en seguida á los pies del anacoreta, le descubre todos sus juveniles devaneos. El ministro del Cielo, despues de haberle concedido el perdon en nombre de Dios. "Irás, le dice, con los

nuevos albores del dia á orar en la cima de aquel monte que alumbra cara á cara el recien nacido sol."

»Despues te encaminarás al bosque donde hay tantos vestiglos y fantasmas engañosos, y vencerás esos mónstruos y gigantes, si es que no te debilita y contiene algun otro nuevo error: guárdate de que enternezca tu corazon voz ninguna, ya cante, ya llore, ni hermosura que con blandos ademanes te mire ó se ria; y desprecia falaces aspectos, y no menos falsas súplicas."

Así le aconseja, y el caballero se prepara á la árdua empresa entre el deseo y la esperanza: pasa pensativo el dia y la noche, y antes que asomase la aurora, se viste su armadura, dejando solo, á pie y silenciosamente sus compañeros y su pabellon.

El dia aun no habia despejado enteramente de sombras el horizonte, pero se sonroseaba ya el oriente, aunque el cielo brillaba con algunas estrellas: contemplando en torno de sí, ya las bellezas de la mañana, ya las de la noche, se dirigía al monte Olivete, diciéndose á sí mismo:

»¡Oh, cuánto hermoso luminar reune en sí el templo celeste! El dia ostenta su carro de oro, la noche derrama fulgentes estrellas, precedidas de la plateada luna; ¡y tantas maravillas no mue-

ven nuestros corazones! ¡y admiramos al propio tiempo la luz inferior de unos ojos, y el relampagueo de una sonrisa, encerradas en el breve espacio de un rostro!»

Así llegó pensativo á la cumbre, donde se postró respetuoso; y elevando el corazon hasta el Empíreo, fija su vista en el oriente, esclamó: "¡Padre y Señor, mira con piadosos ojos mi primera vida y culpas primeras: derrama sobre mí tu gracia para que pueda purgar mi alma, y ser en tu presencia un nuevo hombre!»

Así oraba; y la ya dorada aurora, hiriendo su rostro, iluminaba su yelmo, su armadura y la verde cima del monte: siente alhagarle el semblante y el pecho el delicado aliento del favonio, haciendo caer sobre su cabeza un dulce rocío.

Sus líquidas perlas esparcen sobre la vestidura una admirable blancura. No de otro modo reverdece la mustia flor con el fresco de la mañana, y se reviste de lozana juventud la serpiente cuando muda la antigua por la nueva piel.

Él mismo observa admirado esta trasformacion, y lleno de confianza se encamina á la sombría selva. Habia llegado al punto en donde el terror solo detenía á los menos valientes, presentándoles una vista pavorosa; pero no se le figuró á él desagradable ni horrenda, sino como la de

un bosque lleno de fresca sombra, y de la mas risueña perspectiva.

Pasa adelante, y llega á percibir un eco, que dulcísimamente se difunde: escucha las roncas quejas de un arroyuelo, el suspirar de los vientecillos entre las espesas ramas, el flébil canto del cisne y del querelloso ruiseñor; á todo lo cual acompaña y responde con acordados versos una orquesta y voces humanas, de manera que tantos y tan diferentes sonidos no formaban mas que un solo cuerpo de armonía.

No se prometía el caballero, como sucedió á los demas, sino estrépitos espantosos; y solo oyó el acorde acento de ninfas y de sirenas, de céfiros, de arroyos y de aves canoras: sorprendido detiene el paso, y prosigue despues su camino con lentitud y precaucion, sin que encuentre otro obstáculo que el curso de un rio trasparente y quieto.

Ambas riberas deleitaban la vista con variedad infinita de naturales adornos, y el olfato con la multitud de olores que exhalaban, estendiendo las aguas su giro circular, de modo que abrazaban dentro de él el inmenso bosque, no coronándole del todo como con una guirnalda, sino dando entrada á un canal que le divide; bañaba éste con su corriente el bosque, y le sombrea-

ba en mútuo préstamo de raudales y de sombras.

Mientras registra el guerrero algun punto por donde pueda vadearle, se le presenta un puente magnífico de oro, que estribando sobre magestuosos arcos le ofrece un espacioso camino: entra en su dorado pavimento, y no bien pone el pie en la orilla opuesta, cuando vé que se destruye por sí mismo, y le arrastran las aguas, hasta entonces apacibles, y ya trasformadas en un torrente desolador.

Vuelve la vista atras, y le mira tan dilatado y caudaloso cual si le compusiesen todas las nieves derretidas y precipitadas desde los altos montes, y que gira rápido y espumoso sobre sí mismo. Escitada su curiosidad á penetrar entre aquellas enmarañadas y antiguas plantas, iba encontrando maravilla tras maravilla en aquellas fragosas soledades, que brotan conforme vá internándose por ellas.

Aquí vé abrirse el lirio, allí nacer súbitamente la rosa, allá desatarse una fuente, acá descubrirse un arroyo, y que la selva, renovando todo su follage alrededor de él, y sobre su cabeza, volvía á revestirse de su primera juventud. Se ablandan las cortezas, y se aviva el alegre verde en cada arbusto.

Cada hoja estaba empapada en blando rocío; cada tronco destilaba dulce miel, y se oía nuevamente aquella peregrina armonía de cantos y de quejas, mas sin poder descubrir en dónde se ocultaba el coro humano que acompañaba á los cisnes, á las aguas y á los vientos, ni en dónde estuviesen escondidos los instrumentos músicos.

En tanto que miraba tantos prodigios, sin poder dar crédito á sus mismos ojos, vé un mirto en medio de una plaza, á donde conducia una senda, y se encamina á él. El asombroso mirto estiende entonces, cual si estuviese animado, sus grandes ramas, se eleva mas que los cipreses y palmeras, y levanta su copa á tal altura, que aparece como el soberano de todos los árboles de la selva.

El guerrero, inmóvil en aquel sitio, fija la vista en otro mayor portento, y vé que por sí misma se abre una encina concavada, y sale de su tronco, maravillosamente vestida, una gallarda ninfa, produciendo al mismo tiempo otros cien árboles un fruto tan estraordinario como portentoso.

Así como vemos, ya en la escena, ya en precioso lienzo, pintadas las deidades silvestres con los brazos desnudos, el ropage recojido, enlazados coturnos y destrenzada cabellera, así se presenta-

ron las fingidas hijas de las ásperas cortezas, con sola la diferencia de que en vez de aljaba y espada, unas tienen cítaras, y otras laudes y violas.

Dieron principio á regocijadas danzas, formando un círculo alrededor del güerrero, que permanece inmóvil entre ellas, y danzando cantaron en coro estas palabras: » Feliz momento en que llegas á este sitio ameno, ¡ oh amor y esperanza de nuestra soberana!

"Llega á dar salud á la enferma y llagada de amorosos pensamientos. Vé como esta selva, mansion antes tan opaca, y semejante á una dolorosa vida, se alegra con tu llegada, y se adorna con los mas lozanos atavíos." Tal era el canto, y despues salió un dulcísimo sonido del mirto, que se iba abriendo.

Jamás vió la antigüedad portento semejante en el nacimiento de un rústico sileno! abrése aquella prodigiosa planta, y brota la imágen mas bella de muger, que en el aparente rostro se asemejaba á un ángel. Reinaldo reconoce el semblante y hechiceras facciones de Armida.

Ésta le mira entre alegre y congojosa, y apareciendo en sus ojos mil opuestos afectos, le dice: » Al fin llego á verte; al fin vuelves á aquella de quien huiste; ¿pero á qué vienes? ¿es acaso á consolar mis solitarias noches y tristes dias? ¿ó vienes á perseguirme, y hacerme guerra y despre-

ciarme? ¿por qué me ocultas el bello rostro y me enseñas solo las armas?

"¡Ah! no preparaba yo á un enemigo el rico puente, ni abria para quien lo fuese las fuentes, arroyos y flores, allanando las malezas, y quitando los abrojos y precipicios: aparta ya ese yelmo; y si vienes como amigo, vuelve tus ojos á los mios, junta con los mios tus labios, ó cuando menos merezca mi diestra estrechar la tuya."

Seguía hablando, y dirigiéndole tiernas miradas con pálido semblante, fingiendo dulcísimos suspiros, sollozos suaves y lágrimas seductoras, de tal manera que una incauta piedad de sus tormentos pudiera ablandar á los mas duros diamantes; mas el caballero, prudente, aunque no insensible, aparta la vista, y empuña la desnuda espada.

Al verle ella que se acerca al mirto, se abraza con el tronco querido, é interponiéndose entre él y Reinaldo, esclama: »no se diga jamás que has podido hacerme tan grande ultraje que cortes el árbol en que vivo: deja, cruel, ese acero, ó corta antes con él las venas de la desgraciada Armida; y sabe que no podrás hallar camino hasta el mirto si no te le abrés antes traspasándome con tu espada el corazon."

Levanta Reinaldo el acero, despreciando sus

súplicas, y ella se trasforma en el mismo momento en una multitud de monstruos, que, así como en un pesado sueño, se suceden unos á otros. Engrosándose de repente todos sus miembros, y oscureciéndose el marfil y la grana de su rostro, se convirtió en un fiero gigante, tan enorme como pintan á Briarco el de los cien brazos.

Hacía resonar cincuenta espadas, con otros tantos escudos, amenazando con este espantoso aparato. Las demas ninfas se cambian tambien en horrendos cícloples; mas el héroe no se amedrenta, y redobla sus golpes sobre la planta, que gime al recibirlos como si estuviera animada; el aire y los campos parecen otra nueva laguna Estigia; tal es la multitud que las pueblan de estraordinarios monstruos.

El enlutado cielo lanza rayos contra la tierra, que ruge estremecida: sobrevienen los vientos y tempestades, que hieren cruelmente al caballero, el cual no por eso yerra un solo golpe, ni se detiene en su empresa; corta el nogal que aparecía en figura de mirto, y dá fin al encanto.

Serenóse el cielo, y tranquilos los aires vuelve el bosque á su natural estado, que aunque lleno de horror no era ya el que inspiraban los espectros, sino el de su propia opacidad. Vuelve á probar el vencedor para asegurarse si puede ha-

ber todavía alguna cosa que impida aplicar el acero á los árboles; y convencido de que no, se sonrie y dice entre sí mismo: "¡oh sombras vanas, y necio de aquel que os teme!"

Regresa con esto á los Reales, en donde el solitario Pedro esclamaba: "Ya ha vencido el espantoso encanto del bosque, ya vuelve victorioso el caballero: vedlo.» Y le miran que desde lejos, con aire noble y guerrero, venía brillando al sol las plateadas plumas de su águila.

Le saluda la regocijada gritería del campo, y es recibido cariñosamente del piadoso Buillon, sin que esta nueva gloria escite ningun envidioso resentimiento. Reinaldo habla así al supremo gefe: » Segun me lo ordenaste, marché al temido bosque, vílo, y vencí sus encantos; bien puede ir ya quien quiera sin recelo, porque sus sendas estan seguras."

Así lo ejecutan, y cortan tranquilamente los árboles que juzgan mas á propósito. Un artífice poco diestro fue el que construyó las primeras máquinas que quedaron destruidas; pero otro mas esperto enlaza, y traba con mayor firmeza los grandes maderos y piezas de las nuevas; este es el duque de Liguria, Guillelmo, que antes habia dominado los mares.

Pero despues hubo de ceder este dominio á las

flotas sarracenas, y llevaba desde sus naves al campo armas navales y marineros, entre los cuales fue uno superior á todos en el ingenio; conducia tambien otros artífices subalternos y meros ejecutores de sus diseños.

Este no solo construyó y compuso los arietes, catapultas y ballestas, con los que pueden acercarse las destruidas torres á los fuertes muros y quebrantarlos; sino que hizo una mayor compuesta en su interior de pino y de abeto, y forrada en todo su esterior de cueros que la defendian de los proyectiles encendidos.

Aquella enorme mole puede armarse y desarmarse por medio de resortes que la traban: en su parte inferior juega un pesado ariete; de en medio sale un puente levadizo que puede dejarse caer improvisamente sobre el muro que ataca, y en lo mas alto se oculta otro cuerpo menor de torre que se deja ver en caso necesario.

Apoyada en cien volubles ruedas, y llena de armas y de gente, gira con ligereza. Admiraban todos asombrados la presteza de la ejecucion, cuando ven levantarse otras dos torres en un todo semejantes á la primera, y construidas con igual perfeccion y fortaleza.

No se escondian del todo á los sarracenos estos preparativos, pues en las murallas mas altas y

próximas habian puesto atalayas que veían llevar desde el bosque enormes troncos de olmos y de pinos, y distinguian máquinas, aunque no les era dado el reconocer toda su configuracion.

Tambien ellos las construyen y refuerzan los muros y baluartes, levantándolas mas y mas en aquellos puntos que á su parecer podian flaquear en el asalto; de manera que quedaron convencidos de que la ciudad era inespugnable contra todo esfuerzo, é Ismeno prepara para la defensa sus mistos.

Une el betun y el azufre cogido en el lago de Sodoma con los que debió hallar en el gran rio que rodea nueve veces al tártaro; y con todo esto compuso un fuego hediondo y humoso que dirigia particularmente sus llamaradas á los rostros, ansioso de vengar con tan infernal invencion los agravios hechos á su selva predilecta.

Mientras que en la ciudad y el campo se hacian estos preparativos para el combate, el asalto y la defensa, se vió á una blanca paloma que dividiendo el aire pasaba sobre el campo francés, y sin batir las alas, tendida, bajaba inmóvil sobre la ciudad.

En el mismo tiempo, saliendo un alcon armado de corvo pico y aguda garra, la acometió entre los reales y la ciudad; mas ella, sin esperar su sangrienta arremetida, huye volando á la tienda

mayor, y aunque ya amenazaban de cerca á su tierna cabeza las uñas enemigas, se acoge en el mismo momento á los brazos de Godofredo.

Éste la liberta, y al mirarla despavorida, advierte con estrañeza que lleva pendiente del cuello un billete escondido bajo del ala, ábrelo y lee estas breves palabras: "El general Egipcio al soberano de Judea, salud."

"Resiste, señor, cuanto puedas hasta el cuarto ó quinto dia, en que iré á libertar esa ciudad, aniquilando á tu enemigo.» Este fue el secreto que contenia el billete en caractéres bárbaros, y que segun costumbre del Oriente se habia fiado al volátil portador.»

Despues de haberle leido, dió libertad á la paloma, que habiendo revelado el secreto, y como rebelde á su señor, no se atrevió á volver mas á su presencia. Buillon junta á sus generales, y manifestándoles el billete que habia caido en sus manos: "Ved, les dice, como la providencia del Señor del cielo cuida de revelarnos los mas importantes secretos.»

"No es ya posible retardar por mas tiempo el ataque, sino emprenderle sin perdonar sudor ni fatiga para apoderarnos de la alta y peñascosa parte del sur: dura empresa será la de abrirnos camino; mas no imposible, pues yo mismo he

observado el sitio y sus pasos, y he conocido que por lo mismo que supone el enemigo mas defendido por la naturaleza y el arte aquel punto, no le defenderá tanta gente."

»Tú, Raimundo, acomete á las murallas con tus máquinas por ese lado; y yo embestiré con mi gente y la gran torre la puerta del Aquilon, por manera que al verla el enemigo presuma que tenemos mayores fuerzas por esa parte; y despues, girando la gran torre con la facilidad que sabemos, irá á batir por otro sitio."

"Tú, Camilo, conducirás no lejos de mí la torre tercera.» Raimundo, que le habia escuchado silencioso y reflexivo: "No encuentro, dijo, señor, cosa que pueda quitarse ni añadirse al plan que nos has trazado, y solo quisiera que fuese alguno á expiar el ejército egipcio."

»Tambien seria conveniente nos diese noticia la mas cierta que pueda de su número de gente y designios.» "Un escudero tengo, dijo Tancredo, muy á propósito para esta empresa, sagaz, diestro y ágil sobre manera, muy arrojado, pero con cautela, que sabe diferentes lenguas y variar fácilmente su voz, su rostro, y movimientos."

Llámanle, pues, y enterado de lo que deseaban Godofredo y su señor, acepta sonriéndose el encargo, y dice: "Ahora mismo emprendo el viage:

pronto estaré sin que me conozcan en el campo donde tiene puestas el enemigo sus tiendas, confundido entre los soldados y sin temor alguno de ser conocido; penetraré al mediodia en el valle, y contaré los infantes y los caballos.»

»Veré el número de todas sus fuerzas, y aun prometo decir lo que piense su gefe, pues fio tanto en mi arte, que me alabo de poder arrancarle los secretos de su mismo pecho.» Vafrino, que así era el nombre del escudero, cambia prontamente su vestido en una larga túnica, muestra el cuello desnudo y rodea en su cabeza las enroscadas fajas.

Toma un arco y aljaba de la Siria, y presenta en todo su aire una completa semejanza de los bárbaros. Pasmáronse los que le oyeron hablar desembarazadamente tan diversos idiomas, que sin duda pasará en Memphis por egipcio, y por fenicio en Tiro, y parte montado sobre un caballo que apenas dejaba señal del casco en la movediza arena.

Antes que llegase el tercer dia, allanaron los franceses las quebradas del camino, trabajando con tanto afan, que no interrumpieron en todo este tiempo sus fatigas un solo punto; y no perdonando ni las horas nocturnas del descanso, sin que hubiese obstáculo capaz de retardar sus trabajos.

Gran parte del dia que precedió al del asalto lo pasó Buillon orando. Manda tambien que confesados todos los combatientes, reciban el pan celestial en la sagrada mesa: hace reunir despues todas las máquinas en aquel punto en donde menos piensa emplearlas, con lo que el engañado pagano se consuela, mirándolos dirigirse á la puerta tan bien guardada é invencible.

A favor de la oscuridad de la noche mudan despues la ligera máquina á la parte de la muralla menos curva, y por lo mismo tanto mas débil, cuanto tiene menos salientes. Raimundo se acerca con su torre sobre el collado que domina á la ciudad, y Camilo se aproxima ácia el lado que por la parte del Boreas se inclina algun tanto al ocaso.

No bien, pues, se vieron en el Oriente los primeros rayos precursores del sol, repararon, no sin turbacion, los paganos que no estaba la torre donde la habian visto, y que á un lado y á otro se elevaban otras dos que no habian advertido, descubriendo tambien una multitud de arietes, ballestas y catapultas.

Diligentes los habitantes de Jerusalen, mudan sus máquinas defensivas al mismo sitio en que Buillon habia presentado las suyas; mas éste, no olvidándose de que deja á sus espaldas las huestes egipcias, que pueden ocuparle el paso, llamando

á Roberto y á los dos Güelfos, les dice: "Manteneos alerta y montados á caballo."

»Procurad, mientras yo subo á la parte en que la muralla está mas indefensa, no sea que algun nuevo enemigo nos asalte por la espalda y nos arranque la victoria.» Dijo, y ya por tres partes principia el triple ataque: el infiel opone por todas una vigorosa defensa, y hasta el mismo Aladino vuelve á tomar las armas que habia abandonado.

Arma el cuerpo, ya trémulo y decaido con la edad, vistiéndose la armadura que de luengos tiempos le era desconocida, y se dirige contra Raimundo: encarga á Soliman que ataque á Godofredo, y dispone que el feroz Argante embista á Camilo, á quien acompaña el sobrino de Bohemundo, destinado por la suerte de la guerra para acabar con su contrario.

Los archeros empiezan á disparar saetas empapadas en mortíferos jugos, y se oscurece la claridad del dia bajo una nube inmensa de dardos que ambos ejércitos disparan: las máquinas murales arrojaban todavía del centro con mayor fuerza enormes piedras y vigas enteras armadas por ambos estremos con puntas aceradas.

Cada piedra es propiamente un rayo que destroza la armadura y el cuerpo de aquel á quien

hiere, quitándole no solo la vida, sino toda la forma esterior de su persona. No se detienen las lanzas en la brecha que abren: pasan mucho mas adelante; entran por un lado furiosas, y salen por el opuesto, dejando en medio la muerte que llevaban en su punta.

No podia todo el esfuerzo de los mahometanos contrarestar aquel estraordinario furor. Para contener los terribles golpes, habian tendido telas flojas y flexibles, y otras materias en que se embotaba la máquina batiente no encontrando resistencia, mientras disparan todo el conjunto de sus armas arrojadizas en donde quiera que ven aglomerarse las huestes enemigas.

No cede sin embargo el sitiador en su triplicado ataque: unos se abrigan bajo las máquinas contra la inundacion de inútiles flechas, y otros pugnan por arrimar á la muralla las altas torres, que los sitiados repelen con todas sus fuerzas: los que van en ellas procuran sin interrupcion arrojar los puentes levadizos, y entre tanto redobla sus golpes el ariete sin descanso.

Indeciso Reinaldo, y no reputando digno de él un riesgo que debia correr con tantos, ni honorífico el confundirse con el comun de los soldados, mira alrededor, queriendo acometer alguna empresa que no fuese tan fácil á los demas; y de-

termina en fin asaltar la muralla por aquella parte mas alta é inaccesible, y en esta confianza menos guarnecida.

Dirigiéndose á aquellos alentados guerreros que en otro tiempo sirvieron bajo las órdenes de Dudon: «Vergonzoso es, les dice, que aquel muro esté tan tranquilo y seguro en medio de tan vigoroso como general ataque. Nada son los riesgos para el valiente y atrevido: ataquémosle, y defendámonos facilmente de sus tiros, formando con nuestros escudos la impenetrable tortuga."

En el mismo instante en que acabó de hablar, se le reunieron todos, y levantando los escudos sobre las cabezas, construyeron, estrechándose entre sí, un techo de hierro contra la espantosa tempestad que los sitiados movian contra ellos. Los valientes, resguardados de esta manera, corren, sin que haya cosa que les detenga, pues la gruesa tortuga resiste á cuanto peso arrojan desde la altura para desbaratar su estrecha union.

Ya estan bajo la muralla, y entonces Reinaldo toma una escala de cien escalones, manejándola su robusto brazo con la misma facilidad con que sacude el viento á una fragil caña. Llueve impetuoso contra él un torbellino de lanzas, vigas, dardos y columnas; mas sin que nada alcance á arredrarle, prosigue su intento, del que no bas-

tarán á apartarle el mismo monte Olimpo y Osa, prontos á derribarse sobre su cabeza.

Desvía con el acero un bosque entero de flechas, y sostiene con su espalda y escudo un monte entero de peñas, defendiendo con la siniestra mano su vida, y haciendo temblar con la diestra el combatido muro: tan noble ejemplo no puede menos de estimular á los demas á seguirle, y no es ya solo en trepar á la altura, pues todos arriman tambien escalas, aunque no con igual valor y fortuna.

Mueren unos, ruedan abajo otros; mas él sube entre tanto impávido, amenazando á unos, y animando á otros; y ya se mira tan encumbrado, que con solo estender los brazos puede tocar en las almenas. Agólpanse en aquel momento los sitiados para derribarlo, y no pueden casi por un prodigio conseguirlo, resistiendo un solo hombre, suspendido en el aire, á una multitud de enemigos.

Resiste, avanza, y se refuerza: firme y semejante á la palma, que tanto mas fuertemente se eleva, cuanto mayor ha sido el peso que la ha tenido encorvada, así crecen las fuerzas de Reinaldo con la oposicion: vence al fin á todos sus enemigos, aparta las lanzas que se le oponian, salta al muro, se enseñorea de él, y abre el paso á los que le siguen.

Tiende en el mismo instante su mano al hermano menor de Godofredo, próximo ya á caer, y le ayuda á subir á su lado. El gefe supremo de la empresa corría al mismo tiempo peligrosa y alternada suerte en la parte opuesta, peleándose en ella, no solo cuerpo á cuerpo, sino por medio de máquinas que tambien combatian.

Los sitiados habian levantado un gran tronco, que un tiempo fuera robusta entena de una nave, y sobre él habian atravesado una viga, con la punta herrada y aguda, la cual retirada ácia atras, en cuanto alcanzaba la fuerza de gruesos cables, y soltada improvisamente, acometía impetuosa ácia adelante. Otras veces se esconde en su hueco, semejante á la tortuga, que oculta y vuelve á presentar su cabeza.

De esta manera la fuerte viga duplicaba sus golpes en la gran torre, quebrantando su trabazon, no obstante su firmeza. No estaba desprevenida la torre de oportunas armas para este caso, y lo eran principalmente dos guadañas, que movidas diestramente contra la viga, cortaban las cuerdas de que estaba pendiente.

Semejante á una roca, que desprendida del monte, ó por la fuerza de los años, ó la cólera del aquilon, arrastra en su ruina los árboles, las cabañas y los ganados; así la temible viga preci-

pita en su caida las armas y los combatientes; tiemblan los muros, resuenan los collados, y aun la gran torre se estremece á su impulso.

Una y dos veces victorioso Buillon pasa adelante, lisonjeándose ya de entrar en los muros; pero en aquel punto vé disparados contra sí fuegos fétidos, entre densas humaradas, semejantes á los que lanza de su centro el espantoso Mongivelo, y á los calientes vapores que el cielo indiano reune en el ardor del verano.

Vasos y astas ardiendo circulan con una luz negra, y una llama de color de sangre: su hediondez trastorna los sentidos: su estallido ensordece, el humo ciega, el fuego prende, y el cuero humedecido que guarecía la torre se rezuma, se contrae, y hubiera ardido tambien si tan á tiempo no hubiera llegado el socorro del Cielo.

Al frente de todos se mantiene el gran gefe, sin mudar de sitio ni de color, animando á los que se ocupaban en regar el seco cuero contra los ataques de las llamas. En este estado empezaba ya á faltarles el agua; pero levantándose de repente un gran viento, dirige el fuego contra sus mismos autores.

Arden, por ser materia blanda, los lienzos que habian levantado los paganos, dejándolos al descubierto. ¡Oh glorioso capitan! ¡Oh baron protegido y amado tan manifiestamente de Dios! El

Cielo mismo pelea por tí, y los vientos llegan obedientes á tus órdenes como si los hubieses llamado con el clarin guerrero.

Mas el impío Ismeno, advirtiendo que el Boreas volvía contra él su infernal invento, vuelve á probar sus artes engañosas para obligar á la naturaleza á que los hiciese soplar en direccion opuesta: sube al muro entre dos magas, que eran sus discípulas, dejándose ver en él con el semblante denegrido y escualido, la barba erizada, y semejante en todo á Caronte ó á Pluton acompañado de dos furias.

Escuchábanse ya las horribles palabras que pronunciaba, y de las que tiemblan el mismo Cócito y Flegetonte. Se veía turbada la atmósfera, y que el sol escondía su faz entre negras nubes en el mismo momento que disparada desde la gran torre una gran piedra, que en otro tiempo formaba parte de una gran roca, cayó sobre los tres, y esparció por todas partes su sangre y sus huesos.

Sus cuerpos se dividen en pequeñísimos y sangrientos pedazos, como la rueda del molino pulveriza el tierno grano que cae bajo de ella. Aquellos tres espíritus malignos huyeron gimiendo de la luz, sepultándose en las infernales sombras para escarmiento de los mortales que se abandonan á la impiedad.

La torre, á la que el mismo torbellino de humo asegura de las llamas, se aproxima tanto, que puede sin riesgo bajar y asegurar el puente sobre el muro. El atrevido Soliman corre, y procura cortar con repetidos golpes aquel paso estrecho, lo que sin duda alguna lográra, si improvisamente no se hubiese levantado otra alta torre.

Sobrepuja ésta á los mas altos edificios, y quedan atónitos los sarracenos á tan inesperado portento, viendo que quedaba mucho mas baja la ciudad; empero el furioso turco, si bien se mira entre un huracan de piedras, no por eso retrocede, ni desconfía de poder cortar el puente, animando con broncos gritos á los que huyen amedrentados.

Invisible á los demas se presenta á Godofredo el arcángel Miguel, vestido de celestiales armas, y tan brillante que á su lado pareciera oscuro el mismo sol cuando mas despejado de nubes se ostenta. "Ya ha llegado la hora, Godofredo, en que salga Sion de su duro cautiverio: no bajes atónita la vista, sino mira con qué fuerzas se digna el cielo ayudarte.»

»Levántala á mirar el inmenso ejército inmortal que circula en los aires, pues he disipado yo de tu vista el denso velo que impide á la flaqueza humana percibir tan sublimes objetos: te es dado ver los espíritus puros, y sostener por breves mo-

mentos el resplandor de las formas angélicas.»

»Vé como aquí pelean contigo, queriendo participar de tan gloriosa conquista, aquellos que fueron campeones de Cristo, y ahora son ciudadanos del Empíreo: en aquel punto, donde divisas remolinos de polvo y de humo, y grandes ruinas de edificios, está peleando Ugon, y socavando los cimientos de los baluartes.»

"Repara mas acá cómo con el hierro y el fuego ataca la gran puerta del Norte el valeroso Dudon, cómo suministra armas á los combatientes, cómo los escita, y levanta, y sostiene á otros las escalas. Aquel otro que ves en la cima, adornado de corona y vestidos sacerdotales, es el dichoso Ademaro que te llama y te bendice.»

"Levanta mas la vista y verás la gran hueste del Cielo toda unida." Levantólos con efecto, y vió reducida en una toda la innumerable alada milicia, formando otros tantos ejércitos que se dilataban á proporcion que se apartaban del centro.

Deslumbrado con aquellos rayos celestiales, bajó los ojos, y al querer levantarlos vé que todo ha desaparecido, y á los suyos por todas partes triunfantes y coronados de victoria. Reinaldo, dueño ya de los muros, inmola una multitud de infieles; otros muchos héroes le siguen, y el valiente gefe,

que ya no puede tolerar mas dilacion, toma la bandera al valiente que la llevaba.

Vá á pasar el primero el puente, y encuentra en él al soldan que se le opone, siendo aquel estrecho campo teatro de las mas ilustres hazañas en pocos golpes. El feroz soldan grita: »Amigos, por salvar vuestra vida sacrifico yo la mia: cortad el puente tras de mí, que si aquí perezco ha de ser vendiendo cara mi vida."

En el mismo momento vé venir á Reinaldo con semblante furioso y guerrero, y llevando delante de sí una muchedumbre de enemigos. »Qué haré, dice entonces; si aquí pierdo la vida, la pierdo inútilmente." Y dirigiéndose con esto al nuevo enemigo, cede el paso á Buillon, que le sigue amenazándole, y fija sobre el muro la santa cruz.

Ondea ufana la insignia triunfante, pareciendo que la tremolaba el respetuoso viento, y que brillaba mucho mas claro el dia á su vista. Parecía que cuantos dardos ó saetas la tiraban iban ya sin fuerza, ó retrocedian, y que toda Jerusalen y el monte opuesto se inclinaban á ella, adorándola respetuosos.

Entonces resonó el grito general de victoria en todos los batallones cristianos, elevándose con festiva aclamacion hasta el Cielo. El eco repitió por

do quiera los últimos acentos, venció Tancredo los obstáculos con que le contrarestaba Argante, y dejando caer su puente, pasó corriendo al muro, y enarboló la insignia.

Pero á la parte del mediodia, en donde el anciano Raimundo ataca al tirano de la Palestina, no habian podido aun los guerreros de Gascuña acercar la torre á la ciudad, pues el rey estaba al frente de guerreros escogidos que se defendian pertinazmente; y aunque estaba ya el muro mas quebrantado, tambien tenia mayor número de máquinas que le defendian.

La grande mole encontró allí mas dificultad que en ningun otro punto: y no hubo medio de poder adelantar mas el combate que corria á su cargo. Oyeron estos, así como los sitiados, el grito de triunfo: ven en fin el tirano y el conde de Tolosa que los cristianos ocupan briosos la parte llana de la ciudad, y volviéndose Raimundo á los suyos les grita:

"¡Compañeros: ya está tomada Jerusalen, y aun se nos resiste! ¡y habrémos de quedar sin tener parte en la alta empresa!" Entretanto, viendo el monarca en tan desesperado estado la defensa, se retira con los suyos á un fuerte y elevado castillo, en donde se promete sostener el asalto.

El ejército vencedor entra inmediatamente en

la ciudad por sobre los muros y por las puertas, pues todo estaba ya abierto, destruido y quemado cuanto se les habia opuesto. El fuego y el acero, ministros de la muerte, la acompañan por todas partes, y arroyos de sangre corren por las calles llenos de cadáveres y de moribundos.



Canto Décimonono.

Ya la muerte, la prudencia ó el terror habia separado de la defensa á todo pagano, quedando en los vencidos muros el furibundo Argante, que con rostro enfurecido luchaba todavía cercado de enemigos, y resuelto á morir matando antes que deber su salvacion á la fuga.

Mas llegó Tancredo entre la muchedumbre de los que le atacaban, dispárale un golpe, é inmediatamente reconoce el circasiano en su continente y armas al guerrero que peleó con él, le prometió volver al sesto dia, y no cumplió su palabra. "¿De este modo, ¡oh Tancredo! le grita, guardas tus promesas? ¿Es este el modo con que vuelves á buscarme?

Tarde llegas en verdad, y no vienes solo; mas no importa: no me niego á combatir contigo desdiciéndome, por mas que me parezcas, no ya guerrero, sino inventor de máquinas. Ayúdente los tuyos; trae en buen hora para tu ausilio nuevas ar-

mas desusadas y nueva manera de lidiar, que no por eso te librarás de mis manos, ni evitarás la muerte que sabes dar como asesino vil á las mugeres."

El buen Tancredo le respondió al pronto con una sonrisa de desprecio, diciéndole luego altivo: "Tardía es mi vuelta, pero creo que ha de parecerte demasiado pronta, y habrás de desear que entre los dos se opusiera el Alpe fragoso ó el inmenso Océano: en breve quedarás convencido de que ni el temor ni la bajeza pudieron jamas detenerme."

"Ven á sitio separado, tú que solo vences á gigantes y á héroes, pues te desafia un asesino de mugeres." Volviéndose entonces á los suyos, les manda que se retiren, diciéndoles: "dejad ya de ofender á este enemigo, mas bien mio que comun de todos vosotros, y con quien una obligacion antigua me empeña á combatir."

"Vamos, le respondio el circasiano, á sitio público ó apartado, que no me espantan las ventajas que puedas tener." Dado y aceptado así el tremendo duelo, dirigen ambos sus pasos á la lid: el ódio vá acompañándoles, el odio que por aquel momento habia convertido al enemigo en defensor.

Tan grande es el pundonor de Tancredo y la sed que le devora de la sangre del pagano, que

ni una sola gota quisiera ver derramada por otra mano: guarécele con su propio escudo, y grita á los demas que no le hieran, sacando así á su enemigo intacto de las airadas armas vencedoras.

Salen de la ciudad; y por oblícuas sendas, lejos del campamento cristiano, se encaminan á un estrecho y sombrío valle, rodeado de rocas, cual anfiteatro destinado y cercado en rededor para lides y cacerías.

Los dos se pararon en él, y suspenso por un momento Argante, miraba á la abatida ciudad. Viendo Tancredo que el pagano carecia de escudo, arroja el suyo y le dice: "¿Qué ideas son las que ahora te detienen? ¿meditas acaso que ha llegado tu hora postrera? Si tal vez este recuerdo te conturba, intempestivo es ya y tardío.»

»Pienso, le responde, en la ciudad antigua soberana de la Judea, que yace vencida, á la que en vano procuré precaver de su ruina; y que para resarcir su pérdida es corta venganza á mi furor tu cabeza, que me tiene el cielo destinada.» Dicho esto se acometen; pero ambos con cuidadosa precaucion, pues cada uno conocia el mérito de su contrario.

Distinguen á Tancredo la agilidad y soltura de su cuerpo; mas el temerario Argante le sobrepuja en altura toda la cabeza, escediéndole en la

fortaleza de sus miembros: el primero se inclina para arrojarse por debajo y coger la accion al infiel, rechazando diestro la espada de éste, que constantemente le sale al encuentro.

El valiente Argante, siempre erguido y firme, le presenta con el mismo arte diversas actitudes, y estiende cuanto puede el brazo nervudo en busca del cuerpo de su enemigo, mas bien que de su acero: Tancredo busca á cada paso la parte que advierte mas indefensa; el turco, formidable, le pone siempre la punta de la espada al rostro, y burla su estudiado ataque y sus ligeros pasos.

No de otro modo suele verse en medio del mar tranquilo do no soplan encontrados el Africo y el Noto, un combate igual de naves diferentes, la una en fuerzas por su altura, y la otra por su ligereza, acometiendo la primera con rápidas y repetidas maniobras del uno al otro estremo, y permaneciendo la segunda inmóvil, amenazándola con su total destruccion cuando se acerca.

Mientras el latino intenta atacarle, desviando la espada que se le opone, vibra el infiel la suya dirigiéndola al rostro: acude aquel á pararla, mas la encamina el pagano con tanta presteza al costado, que consigue herirle, esclamando enagenado: "Ya está herido el famoso maestro de armas."

Confuso y enfurecido Tancredo, se olvida de

cubrirse, y fuera de sí, y pensando que el no vencer pronto á su contrario era perder la victoria, solo responde á aquel ultraje con el acero, dirigiéndole al yelmo: rechaza Argante el golpe; y el caballero, decidido se adelanta á la mitad de espada.

Avanza con el siniestro pie, le coge con la misma mano el diestro brazo, repitiéndole con la derecha mortales estocadas en el costado: «Vé aquí, le dice, cómo responde el vencido al vencedor. Tiembla de cólera el circasiano, y procura en vano desasirse del brazo que le aprisiona.

Al fin, deja la espada pendiente de la cadena, y se arroja al latino: Tancredo ejecuta lo mismo, y entrambos se estrechan y comprimen con igual furor. No fue mayor la fuerza con que oprimió Alcides en la seca arena al enorme gigante, que la que muestran sus nervudos brazos en los apretados nudos con que procuran estrecharse.

Tales fueron sus mútuos sacudimientos, que al fin cayeron ambos en tierra de costado. La suerte ó la destreza de Argante hizo que quedase encima su mano derecha, y debajo la izquierda, al paso que la mas á propósito para herir le quedó debajo al latino, el cual, viendo su desventaja y el riesgo que corria, se desliza sutilísimamente y con repentino esfuerzo se pone de pie.

El sarraceno no pudo levantarse tan pronto

que no recibiese antes un gran tajo; y semejante al robusto pino que inclina su copa frondosa á los embates del Euro, y luego vuelve á alzarla con mayor fortaleza, así, próximo á su ruina Argante, se eleva con mayor brio, y vuelven los dos á empezar una lucha tanto mas horrorosa, cuanto destituida de los ausilios del arte.

Tancredo derrama sangre por mas de una parte, y el pagano la vierte á torrentes: fáltanles las fuerzas, y vá decayendo su ardimiento, como la llama á que falta el pábulo. Tancredo, advirtiendo que su contrario tira á cada momento golpes menos fuertes, deponiendo la ira de su magnánimo corazon, se retira un poco y le dice:

"Ríndete, valeroso guerrero: ya me reconoces por tu vencedor, y al destino: no pretendo de tí despojos ni triunfo alguno, ni menos tener sobre tí derecho de guerra. El pagano, reconcentrando en aquel momento todo el volcan de su furioso despecho, le dice: "¿Con que me presumes ya vencido, y osas proponer á Argante una vileza?"

»Aprovéchate de tu suerte, que no te temo, ni ha de quedar impune tamaña osadía.» Cual aviva sus últimas llamaradas la antorcha cercana á apagarse, así, hirviendo con la ira su escasa sangre, recobra Argante por un momento, su pri-

mer vigor, queriendo ilustrar con un heróico fin la hora de su muerte que próxima miraba.

Juntando una mano con otra, descarga con ambas un furibundo golpe, que aunque encontró con la espada del contrario, no pudo impedir que le alcanzase sobre el hombro, y descendiendo le hiciese muchas heridas con un solo golpe. Si entonces no se aterró Tancredo, fue porque naturaleza le habia dotado de un corazon incapaz de temor.

Redobla todavía sus golpes el infiel, pero infructuosamente emplea su ira y sus fuerzas, porque Tancredo, cuidadoso, le hurtó el cuerpo inclinándose á un lado. Caiste, ¡oh, Argante! por tí mismo, dando tu rostro en tierra: caiste por tí mismo, teniendo la fortuna de que nadie pueda alabarse de haberte hecho caer.

Abriéronsele con esto mas las heridas, saliéndosele la sangre impetuosamente: apoya la rodilla izquierda en el suelo, y se levanta todavía sobre la otra y se cubre para defenderse. "Ríndete, vuelve á decirle, prometiéndole nuevamente la vida el cortés vencedor; mas él le tira inopinadamente un golpe en el talon y vuelve á amenazarle."

Furioso entonces Tancredo: "¡Así, traidor, le dice, abusas de mi generosidad!" y le introduce

repetidas veces la espada por la visera. Murió Argante del mismo modo que viviera, y amenazando en sus últimos instantes con espresiones soberbias y feroces.

Tancredo envaina la espada y rinde á Dios gracias por aquel triunfo, el cual ha dejado lánguido y sin fuerzas al vencedor: teme no poder resistir á la fatiga del camino; pero se dirige en fin y regresa poco á poco y con cansados pasos por la senda por donde habia venido.

No pudiendo ya resistir, y conociendo que tanto mas se cansa, cuantos mas esfuerzos hace, se sienta en tierra, apoyando la megilla en la mano derecha, que temblaba como débil caña: figurábasele que todos los objetos giraban alrededor de él, y abandonándole la luz de sus ojos se desmaya al fin, no distinguiéndose ya mucho el vencedor del vencido.

En el tiempo que habia durado esta lucha parcial se ejercia el encono de los vencedores sobre el pueblo criminal. ¿Quién será capaz de espresar con palabras la dolorida imágen de aquella conquistada ciudad? ¿Quién retratar esactamente tan miserable y atroz espectáculo?

Reinaba por todas partes la mortandad: yacian hacinados en montones los cadáveres: en unas partes los heridos sobre los muertos, en otras los

muertos soterrando á los que aun respiraban: huían llorando con los cabellos destrenzados las tristes madres, estrechando al pecho sus caros hijuelos; y el vencedor, no satisfecho aun de despojos, arrastra á las doncellas por sus hermosos cabellos.

Por el camino que conduce á lo mas alto del collado á la parte occidental del gran templo corre Reinaldo empapado en sangre enemiga, llevando delante de sí al pueblo fugitivo, y vá haciendo estragos sobre cuantas cabezas armadas encuentra al paso; valiendo casi mas no estar armado á su encuentro, pues son débil amparo contra sus golpes los escudos y los yelmos.

Solo emplea el acero contra los que se resisten, desdeñándose de ofender al desarmado; y solamente con la vista y con la voz terrible ahuyenta á los cobardes moradores: cada paso que dá es un prodigio de valor, ya despreciando, ya ofendiendo, ya amenazando; y corren huyendo de su vista con igual riesgo los armados y los inermes.

No pocos guerreros valientes se acogen mezclados con el vulgo al templo, que, aunque tantas veces destruido y reedificado, conserva el nombre primitivo de Salomón su fundador. El oro, el cedro, los mármoles embellecieron un dia aquel

soberbio edificio; mas despojado entonces de su opulencia, solo conserva su solidez y fortaleza: gruesos torreones le defienden y ferradas puertas.

Llegado el magnánimo caballero al sitio en donde se habia recogido la multitud, encontró cerradas las puertas y preparados los enemigos á resistir el asalto: dos veces levantó los encendidos ojos; dos veces lo miró todo cuidadosamente de arriba abajo en busca de algun paso angosto; y otras tantas los rodeó con veloces pies.

Así suele en noche oscura recorrer el lobo asesino el cerrado redil con las fáuces hambrientas, secas, y encendido en su natural odio por la necesidad que le aqueja. Reinaldo buscaba de igual modo alguna entrada, ó bien algun punto apropósito para abrirla: párase al fin, y los míseros prófugos estan aguardando arriba el asalto.

Estaba puesta á un lado, cual si hubiera sido colocada allí de intento, una enorme viga, tan alta, que nunca tuvo mayor mástil ninguna nave liguriana. El caballero, levantándola con aquel brazo, capaz de resistir mas grave peso, la pone á manera de lanza y golpea impetuosamente con ella la robusta puerta.

No pudieron rechazar el ataque duplicado ni el mármol, ni el duro metal de que estaba guarnecida; y rotas las cerraduras y desencajados los

quicios, como si un robusto ariete ó encendido rayo la hubiese herido, deja abierto ancho paso, por el cual entra un mar de gente en pos del guerrero, y en su ayuda.

La que en otro tiempo fuera mansion del Altísimo, es teatro del mas sangriento estrago. ¡Oh justicia del Cielo, tanto mas rigorosa contra el pueblo criminal, cuanto mas tardía fuiste! Tus altos designios encendieron entonces la ira en los corazones piadosos; y el pagano impío hubo de lavar con su sangre el templo que tantas veces mancilló con sus inicuas profanaciones.

En aquel momento se encaminaba Soliman á la gran torre, llamada de David, y haciendo entrar en ella el resto de las tropas, cortó todos los caminos. Corre tambien á ella el tirano Aladino, á quien dirige estas palabras. "Ven, ¡oh monarca famoso, ven á este fortísimo asilo.»

»Él puede guardar tu vida y tu reino del furor de las espadas enemigas." "¡Ay! le responde, que ya cae al impulso de su bárbaro arrojo la ciudad y mi reino: viví y reiné; pero ya ni reino ni vivo; ya nos ha llegado la última hora y el término inevitable."

"¿Y qué es, señor, de tu valor? le responde conternecido el soldan. En buen hora la suerte contraria nos arranque la corona; que el valor gene-

roso es prenda que nadie nos puede quitar: de todos modos dad aquí dentro algun descanso á vuestros fatigados miembros." Dicho esto, hizo que el anciano rey se retirase á una pieza interior.

Toma entonces con las dos manos una maza herrada, cíñese la bien templada espada, y cruzándose intrépido en el camino, se pone á defender el paso abierto al pueblo cristiano. Todos sus golpes eran tan espantosos como mortales; pues el que no mata, postra y derriba cuando menos al que le toca, y huye cada cual de donde quiera que vé esgrimir la horrible maza.

Seguido entonces de sus valerosas huestes llega Raimundo de Tolosa, el cual se arroja, aunque anciano, al arriesgado paso, despreciando tan furibundos golpes: primero hirió, y fue infructuosa la herida, mas no así aquella con que le respondió el bárbaro, que dándole en la frente, y abrumándole con el peso de la maza, le derriba trémulo y con los brazos abiertos.

Esta vista vuelve á animar á los vencidos, y los vencedores parte son rechazados y parte muertos en la entrada del paso. El soldan que vé á sus pies entre los muertos al gefe semivivo, grita á su gente: "Llevad dentro á ese infiel y encadenadlo."

Iban presurosos á ponerlo en ejecucion, mas

era trabajosa y difícil la empresa, porque ninguno de los suyos abandona á Raimundo, corriendo todos á su defensa. En unos es móvil el furor, en otros la compasion, que les estimula á conservar la vida y libertad de tan gran hombre.

Hubiera vencido no obstante el soldan obstinado en vengarse, y á cuya pesada maza no resistian ni el doble escudo, ni el yelmo mas bien templado, á no haber llegado á los contrarios apresuradamente un gran refuerzo. Por opuestos lados acuden y se reunen el gefe supremo de los cristianos y el intrépido Reinaldo.

Así como el pastor al bramido del viento y de los truenos, y á la vista de los relámpagos, viendo oscurecerse repentinamente el dia, recoge el ganado del campo, y busca solícito algun abrigo donde se mantenga seguro mientras pasa la ira del Cielo, y levantando el grito y el cayado le echa delante de sí entrando él el último,

De igual modo el pagano, viendo la tempestad que le amenaza, hace que primero se retire su gente á la gran torre, y queda el último, no menos cauto que valiente.

Apenas con gran trabajo logró internarse y cerrar las puertas, cuando sobreviene Reinaldo, rotas las barreras hasta los mismos umbrales, ardiendo con el deseo de gloria, y estimulado del

juramento que habia hecho de vengar la muerte del Danés.

Sin duda su invencible diestra hubiera atacado al muro inespugnable, y no pudiera haberse contado por seguro de su enemigo el soldan aunque encerrado en él; pero en el mismo momento, viendo Godofredo oscurecerse por todas partes el horizonte, hizo tocar retirada disponiendo acampar en la ciudad y dejar el comenzado ataque para el siguiente dia.

Y dice á los suyos con plácido semblante: "El gran Dios ha favorecido las armas cristianas; hecho está lo mas, y falta muy poco para el fin, debiendo ya tenerle desde ahora todos nuestros temores. Esta torre, última y miserable esperanza de los infieles, la tomaremos mañana: ahora reclaman nuestra compasion y socorros los enfermos y los heridos.

Id y curad á los que nos han ganado esta nueva patria con su sangre, porque esto es mas propio de caballeros de Cristo que el ansia de la venganza, ó de los despojos: hartos estragos han sido los de este dia, y harta sed de oro se ha visto en algunos: cese, pues, el saqueo y la matanza, y que los clarines anuncien esta mi orden."

Dijo, y se encaminó á donde estaba el conde, no recobrado todavía de aquel furioso golpe. Soli-

man por su parte habla á los suyos con la mayor valentía, ocultándoles el secreto pesar que le oprime. "Sed, ¡oh compañeros! invencibles á pesar de la fortuna: que aun resta la esperanza, y no es tan grave el daño como aparece."

»Lo que los enemigos han tomado solo son muros y techos, venciendo al humilde vulgo; mas no han tomado la ciudad, que existe en la vida del rey, en vuestros alentados corazones, y en vuestras fuertes diestras. El rey se ha salvado; se han salvado tambien sus mejores tropas; estamos guarecidos todavía de altos muros: posean, pues, los franceses por corto tiempo un terreno que abandonamos, pues al fin esta guerra há de serles funesta."

»Funesta les será, y lo predigo con toda certeza: pues insolentes en la próspera fortuna, y entregados al homicidio, al robo y á los placeres, serán sorprendidos fácilmente entre la crápula y el pillage, si, como no dudo, llega pronto la gente de Egipto, que no puede estar distante."

"Entretanto, dominando desde aquí los mas altos edificios de la ciudad, nuestras máquinas pueden, disparando piedras, cortarles todas las calles que conducen al sepulcro del Dios que adoran." De este modo, alentando aquellos corazones abatidos, hacía nacer en ellos la esperanza. Va-

frino entretanto vagaba por el ejército enemigo.

Habiendo salido de los reales cristianos al declinar el sol con el encargo de espiar las huestes de Egipto, pasa por oscuros y solitarios caminos, atraviesa por Ascalon antes que apuntase el dia en el oriente, y llega á vista del formidable campo cuando tocaba el sol en el mediodia.

Vé infinitas tiendas y cómo ondeaban sobre ellas banderas de mil colores, oyendo tanto rumor de idiomas diferentes, tal estruendo de instrumentos bárbaros de ruidoso metal, y de camellos, elefantes y caballos, que no pudo menos de decirse á sí mismo: "aquí se han trasladado sin duda toda el África y el Asia.»

Antes de entrar observa si el campamento es fuerte y el foso ó valle que le rodea: despues, sin buscar caminos escondidos ni estraviados que le oculten de la tropa, se dirige sin rebozo por la via mas ancha y trillada hasta las regias puertas, ya preguntando, ya respondiendo á los que algo le preguntan, manifestando en todos casos la mas atrevida serenidad.

Gira diligente por todas partes, registrando á todo su placer sendas, plazas y pabellones, y los guerreros, los caballos y las armas: observa su disciplina, encomienda á la memoria sus nombres; y no contento con esto, aspira á indagar

secretos mas importantes: tan diestramente desempeña su oficio, que se proporciona paso hasta el regio pabellon.

Observa que está un poco rasgado el lienzo, y que se percibe lo que se está hablando dentro de él, y aun registra parte del interior, de modo que era difícil traslucirse lo que pasaba al que atentamente lo escuchase. Vafrino aparenta que solo cuidaba de armar su tienda, y espía atentísimo en aquel peligroso sitio.

Estaba el gefe con la cabeza descubierta, armado y cubierto con un manto de púrpura: á lo lejos guardaban dos pages su escudo y yelmo, y apoyándose él en una gran lanza mira de hito en hito á un hombre de aspecto sombrío y torbo, y talla alta y membruda, que estaba á su lado; y al oir Vafrino nombrar allí á Godofredo, redobla su atencion.

"¿Con que estás seguro, decia el general pagano á aquel con quien estaba hablando, de dar muerte á Godofredo?" "Tanto lo estoy, contestaba el otro, que juro no volver á tu augusta presencia sino vencedor. Yo he de ser el primero que le acometa entre los demas conjurados; y no pido otra recompensa que el de erigir con sus armas un gran trofeo en el carro, y poner debajo esta inscripcion."

"Estas armas quitó Ormundo al francés destructor del Asia cuando le arrancó la vida, y las dejó colgadas para memoria eterna en los siglos venideros." "No quedará, le replicaba el otro, sin el debido premio tan gran servicio; el monarca te concederá sin duda alguna lo que pides, acompañándolo con otras dignas mercedes."

Prepara, pues, esas aparentes armas, que cerca está el dia de la accion." "Prontas están" respondió el otro, y callaron entrambos. Vafrino quedó suspenso y dudoso despues de haberlos escuchado, sin poder adivinar qué conjuracion podia ser aquella, ni qué armas fingidas fuesen las que no podia comprender.

Alejóse de allí pasando la noche sin entregarse al sueño; y no bien el aura de la mañana agitaba las banderas, cuando se incorporó en la formacion con la demas gente, parándose en todas partes donde hacian alto, y recorriendo donde quiera las tiendas para ver si podia llegar á descubrir lo que le tenia tan agitado y dudoso.

Prosiguiendo sus investigaciones encontró á Armida en una rica y bien adornada estancia, rodeada de caballeros y doncellas, con aire pensativo y como de quien habla consigo misma. Como tenia la megilla reclinada sobre la blanca mano, y fijos en tierra sus ojos, no sabe si llora ó no; pero

bien advierte que los tiene húmedos y cargados de perlas.

Frente á ella estaba sentado el fiero Adrasto, mirándola tan fijamente y tan embelesado, que apenas respiraba; pero Tisafernes, que miraba cuándo á uno y cuando á otro, daba bien á entender los afectos, ya de enojo, ya de deseo, que alternativamente se apoderaban de él.

En seguida vió tambien á Altamor algo separado, y en medio de un corro de damas, el cual no soltaba las riendas á la impetuosidad de sus deseos, sino que fijaba la vista unas veces en una blanca mano, otras en un hermoso rostro; y ya acechando mas escondidos tesoros, se internan por entre el incauto velo los audaces ojos.

Levanta Armida al fin los suyos, serenando algun tanto la hermosa faz, y apareciendo de repente una blanda sonrisa en medio de la nube de sus copiosas lágrimas: "En vista, señor, de tu ofrecimiento, decia á Adrasto, puede dar tregua á su dolor el alma mia, que al cabo espera verse en breve vengada: que hasta el mismo enojo es dulce cuando se espera satisfacerle."

El indio responde: "Serenad, os ruego, señora, ese doloroso semblante, y olvidad los pesares, pues pronto habeis de ver á vuestras plantas la cabeza del impío Reinaldo, ó le traeré prisionero con

esta mi vengadora diestra, para que le encarceleis á vuestro placer: así lo juré." El otro, al escuchar estas palabras calla, si bien su corazon está hirviendo en ira.

Volviendo entonces Armida sus encantadoras miradas á Tisafernes, le dice: "y tú señor, ¿qué es lo que piensas?" "Yo, contestó, pienso seguir solamente de lejos el valor de ese tu terrible y bizarro vengador." El indio, ofendido con tan amarga ironía, le replica. "Es muy justo que siga como debe de lejos al valor, y no quiera hacer comparaciones."

Tisafernes, moviendo la cabeza esclama: "¡Oh! si me fuese dado ser dueño de mí mismo, y tener desembarazado el uso de mi espada, pronto se vería quién era mas tardo. No te temo á tí, ni á tus propias alabanzas, sino que respeto al Cielo, mi enemigo, y á mi amor desgraciado." Al decir esto se levantaba ya Adrasto á embestirle, á no ser por Armida que le detuvo diciendo:

"!Oh caballeros! pues habeis consagrado vuestra espada á mi servicio, ¿por qué quereis privarme de tanto honor? campeones mios sois los dos; y creo que esta consideracion debiera ser poderosa á reuniros y tranquilizaros: á mí sola ofende vuestra cólera." Así les habla, y consigue sujetar bajo su yugo férreo aquellos dos discordes corazones.

Vafrino, atento á todo, se ha informadó de lo que disponen: pasa adelante deseoso solo de saber noticias acerca de la conjuracion contra la vida de Godofredo: mas nada puede indagar no obstante las preguntas con que intenta sorprender á muchos, aguijando la misma dificultad al deseo, y ya se dispone, ó á perder allí mismo la vida ó á averiguar á toda costa tan importante secreto.

Discurre mil desusados medios, imagina otros tantos sutiles ardides, que le salen infructuosos, para saber los medios y las armas de la conspiracion; pero la fortuna favorable le sacó de aquel conflicto descubriéndole lo que jamas hubiera llegado á inquirir por sí mismo, y supo al fin la traicion y asechanzas que se armaban contra el piadoso Buillon.

Habiendo pues vuelto al mismo parage en que estaba la amante enemiga cercada de sus campeones, le pareció oportuno aquel punto, como tan concurrido de diversidad de gentes: y acercándose á una dama con aire marcial y franco, cual si antes la hubiese conocido, la dice con semblante risueño:

"Tambien yo quisiera ser campeon de alguna bella, y tambien osaria cortar con mi acero la cabeza de Reinaldo ó de Buillon: si acaso la

deseas, pídeme, señora, la cabeza de alguno de esos bárbaros príncipes." De este modo empezó, con intencion de que aquella cortesía condujese la conversacion á asuntos mas graves.

Pero como en esto se sonriese, manifestó con su sonrisa su intento: otra dama que llegaba al mismo tiempo, y le oyó, le mira, y poniéndose á su lado le dice: "No quiero que otra me quite tan valiente caballero, ni creo que te des por mal empleado; te elijo por mi campeon, y como á tal tengo que hablar aparte contigo."

Llevóle con esto á un lado, y prosiguió: "Vafrino, te conozco, y debes tú tambien conocerme." Conmovióse al principio el astuto escudero; mas recobrándose en el mismo momento, la respondió con sonrisa: "Por mi parte no me acuerdo de haberte nunca visto, y en verdad que eres digna de que se apetezca esta dicha; pero mi nombre en nada se parece al que me has dado, pues me llamo Almanzor, hijo de Lesbin, y ví la luz primera en los campos abrasados de Biserta."

"Te conozco, le replicó ella, y sé quién eres hace tiempo; mas no tienes que recelarte de mí, pues soy tu amiga, y espondría la vida por ti en caso necesario. Soy Erminia, hija de reyes, y esclava despues de Tancredo, que me dejó encargada á tu cuidado."

"En aquella dulce prision me obsequiaste como cortesano alcaide por espacio de dos meses: yo, yo misma soy; mírame pues." Volvió á mirarla el escudero mientras ella proseguia de esta manera: «Vive seguro de mí, que te lo juro por este sol y este cielo.»

"Antes bien quiero rogarte que cuando vuelvas me lleves contigo á mi amada prision: noches agitadas y dias tenebrosos paso aquí en medio de mi amarga libertad; y si acaso te hallas como espía, dá gracias á tu suerte, pues sabrás por mí una conjuracion, y otros pormenores que dificilmente hubieras llegado á saber.»

Mientras así le hablaba, él la mira y calla, porque le asaltan al pensamiento los estratagemas de la falsa Armida; y cree que toda muger es indiscreta, voluble, y que es un loco el hombre que en mugeres fia. Al fin dice: «Si quieres seguirme, yo te guiaré: partamos sin tardanza, y no perdamos en vanas palabras tan preciosos instantes."

Convienen en la pronta partida; y sin perder tiempo, antes que el ejército se moviese, Vafrino sale del pabellon, volviéndose ella á donde estaban las damas, y deteniéndose con ellas algun tanto hablando con aparente mofa del caballero que acababa de conquistar: sálese despues fuera

de los reales, y llegando al sitio que habia señalado al page, salen los dos á campo descubierto.

Estaban ya en un sitio solitario, desde el cual no se veían las tiendas sarracenas, y entonces le dijo Vafrino: "Bien puedes, señora, decirme las asechanzas que se arman contra la vida de Godofredo," y ella le manifiesta la trama urdida en estos términos: "Ocho guerreros, y entre ellos el mas esclarecido, apellidado el fuerte Ormundo, han conspirado contra la vida del héroe.

»Sean movidos de la gloria, ó ya del rencor, tienen tratado el atacarle, disponiendo que en el dia en que se decida en campal batalla la suerte del Asia se pondrán la cruz, armándose á la francesa con la divisa blanca y de oro, como la lleva la guardia del monarca de los cristianos.»

«Todos han de tener en el yelmo una contraseña conocida de los suyos para su resguardo; y en lo mas confuso y revuelto de la accion le seguirán, fingiendo ser de su guardia, y llevarán envenenadas las espadas para que sean mortales las heridas.»

"Sabiendo ellos que yo conozco vuestros trages y armas, me han obligado á hacer, mal de mi grado, las fingidas divisas: he aquí la causa porque dejo ese campo, huyendo de su tiranía, y me aparto detestando el contaminarme de cual-

quier modo que sea con tan infames medidas.»

"¡Ah! no es esta sola..." A estas palabras se cubre de rubor y baja los ojos. Deseoso Vafrino de arrancarla el secreto que quiere ocultar. "¿Por qué disimular, la dice, á quien has reconocido fiel la causa verdadera que te fuerza á huir?"

Lanzando ella en aquel punto un hondo suspiro, prosiguió con voz trémula. "¡Intempestiva y mal guardada vergüenza, aparta, que ya no tendrás acogida en mí! ¿á qué intentas ocultar con tu fuego el de mi amor? Seguir, en verdad, debí tus inspiraciones severas en algun tiempo; mas no dicen ya bien á una doncella fugitiva.»

»En aquella noche, infausta para mí y para mi patria, que quedó oprimida, perdí mas de lo que parece: y mi desgracia no consistió en ella, si bien de ella se derivó: no fué la pérdida de mi reino tan grande como el haber perdido yo misma mi razon, mi corazon y mis sentidos, para no volverlos á recobrar ya mas."

»No ignoras, Vafrino, que en medio del estrago y de la atroz carnicería corrí temblorosa á tu señor y mio, que fue el primero á quien ví entrar armado en mi real palacio, y que echándome á sus plantas le dige. Piedad, invicto vencedor: no te pido que me salves la vida, sino que hagas respetar mi candor virginal."

»No ignoras que tomándome él la mano, y sin permitir que prosiguiese adelante, me respondió: "No en vano, hermosa doncella, te acoges á mí; seré tu defensor.» En aquel instante mismo sentí... no sé...; pero penetrado mi corazon de celeste dulzura, pronto fue presa de un fuego devorador."

»Visitóme con frecuencia, y al paso que me consolaba sentia mas mis males: me dió entera libertad; no quiso despojos, ni preseas, á las que tenia derecho: mas, ¡ay! que lo que pareció en él generosa dádiva, fue un verdadero robo, pues me dejó sin mí, volviéndome á mí misma: restituyóme lo de menos valía, pero me usurpó el dominio del alma.»

»Mal puede ocultarse el amor: muchas veces te preguntaba ansiosa por mi señor; é instruido, mal de mi grado, de una flaqueza que no te podia ocultar; señora, me digiste, ¿estás enamorada? neguélo yo; pero un ardiente suspiro reveló mi secreto, y tambien los ojos, á falta de la lengua, publicaban el fuego en que ardian.»

»Malhadado silencio: ¡ojalá entonces no le hubiera yo guardado y hubiese pedido claramente el remedio, ya que habia de dejar despues correr mi pasion á rienda suelta cuando ya no le temia: partí al fin, llevando conmigo la oculta



herida de mi corazon; herida que hubiera acabado con mi existencia, si el amor, para prolongarla, no me hubiera hecho romper los lazos del pudor.»

»Ya me encaminaba en busca de mi señor, único que podia aliviar el mal que me habia causado, cuando oponiéndoseme en el camino una tropa desapiadada, pude, no sin grande riesgo, escaparme de su poder, refugiándome á un pais remoto y desierto, y viviendo en él como pastora y habitante de los bosques.»

»Mas habiendo vuelto á renacer en mí aquel deseo que por pocos dias habia reprimido el temor, é intentando por segunda vez volver al mismo sitio, me aconteció igual desgracia, con la de no poder huir, por estar inmediata una banda de piratas egipcios que me llevaron á Gaza.»

»Presentáronme á su gefe; declaréle quién era, y fuí respetada y puesta á cargo de Armida. Esta es mi deplorable historia: ya libre, ya en ageno poder, pero siempre arrastrando mis primeras cadenas.»

»¡Quiera el cielo que aquel que primero me las impuso, no me desprecie, diciéndome: busca otro asilo, doncella vagabunda, y me despida desapiadadamente; sino que benigno me acoja y admita en mi antigua prision.» Asi concluyó Erminia su

relacion, y continuaron juntos su camino una noche y un dia.

Apartándose del mas trillado, y buscando sendas mas seguras y cortas, llegaron á un parage cercano á la ciudad, cuando el sol en el ocaso permitia al cielo oscurecerse. Vieron el camino lleno de sangre, y siguiendo su rastro, encuentran muerto en un lago de ella á un gigantesco guerrero, que vuelto el rostro ácia el cielo parecia amenazarle todavía.

Las armas y el trage les dieron á entender que era musulman, y el escudero pasa adelante; mas á pocos pasos yacía otro, que apenas se presentó á los ojos de Vafrino, cuando le reconoció por cristiano: desmontóse, y descubriéndole el rostro conocióle por él, mas que por las armas y el vestido, y esclamó: "¡Ay! este es Tancredo; pero muerto."

La desgraciada princesa estaba considerando el feroz aspecto del primer guerrero, cuando le atravesó el pecho el doliente grito de Vafrino. Al nombre de Tancredo corre presurosa y fuera de sí, y apenas vé su bello rostro descolorido, cuando mas bien se tiró de la silla que se apeó.

Inundándole de lágrimas, esclama con interrumpidos sollozos: "¡Oh fortuna, en qué misero instante aquí me traes! ¡oh vista amarga y deso-

ladora! ¡con que al fin te encuentro Tancredo, te vuelvo á ver para que tu no me veas, y te hallo para perderte eternamente!»

"Cuán agena estaba, ¡mísera de mí! de que tu vista pudiera causarme jamás pena alguna; y ahora, ¡oh triste! preferiria haber cegado, y no se atreven mis ojos á fijarse en tí. ¿En dónde está ya la luz, en algun tiempo tan dulce como cruel, de tus miradas, las rosas de tus megillas? ¿á dónde la serenidad de tu magestuosa frente?...»

"¿Mas qué digo; aun en el estado en que estás me agradas. ¡Alma bella, si aun giras alrededor de ese cuerpo, si oyes mi llanto, perdona á mi atrevido amor un temerario robo! quiero robar de esos descoloridos labios los helados ósculos que tan ardiente me prometia, y no se lo llevará todo la muerte.»

»¡Boca dulce, que solías en vida aliviar mis pesares con palabras consoladoras! permíteme que antes que yo fenezca acerque mis labios á los tuyos para morir con algun consuelo! tu me hubieras dado lo que ahora es fuerza que te hurte: permitaseme, pues, estrecharos, oh amortecidos labios, y exhalar entre vosotros el último suspiro.»

»¡Caro Tancredo! recibe mi alma, y confúndase con la tuya en la inmensa eternidad." Así le habla sollozando, y anegando en lágrimas el ros-

tro del guerrero. Vuelve en sí Tancredo, entreabre sus labios, y con los ojos todavía cerrados dá un suspiro que se confunde con los de Erminia.

Advirtiéndolo ésta, y cobrando el ánimo perdido: "Tancredo, le grita: abre los ojos á las últimas exequias que te hace mi llanto: mírame, que contigo haré ese largo viage, y he de morir aquí á tu lado: mírame, no huyas tan presto de mí, pues es este el postrer don que te pido.»

Tancredo abre sus débiles y pesados párpados, y vuelve á cerrarlos: ella torna á llorar; pero Vafrino, la dice: "Aun está vivo, y antes es mirar por él que llorarlo." Diciendo esto, lo desarma, ayudándole la trémula y doliente Erminia: examina y toca las heridas, y la ciencia en que está instruida la dá á conocer que no son mortales.

Vé que el mal proviene de la gran pérdida de sangre: rasga su velo, no teniendo otra cosa con que vendarle en tan solitario sitio; y amor, que todo lo allana, le inspira que corte parte de su hermosa cabellera, que le sirve para sujetar el velo.

Aunque aquella no era suficiente por ser tan grande el número de las heridas; y aunque por allí no habia dictamo ni otras plantas salutíferas, sabia unos conjuros misteriosos con que le arran-

ca de aquel sueño mortal y vuelve ya á una y á otra parte sus bellos ojos. Vé á su escudero, y á la compasiva señora, á quien aun no conoce.

¡Cómo! esclama, ¿estás aquí Vafrino? Y tú, piadosa beldad, que tan benigna me socorres, ¿quién eres? Erminia, suspirando entre incierta y alegre, y con semblante sonrosado, le responde: "Todo lo sabrás, señor; mas ahora te mando como médico que calles y descanses: salud tendrás; prevénme la recompensa." Y con esto hizo que reclinase la cabeza en sus brazos.

Entre tanto Vafrino discurría cómo poderle llevar antes que anocheciese á su pabellon, cuando vé llegar una partida de guerreros, que conoció eran soldados de Tancredo que cuando retó al circasiano estuvieron juntos viéndolo todo; pero que no le siguieron porque él no quiso; y al notar que tardaba en volver iban en su busca.

Otros muchos venian en pos de ellos; todos los cuales, llegando á reunirse en aquel sitio, formaron una silla con sus brazos donde pudiese apoyarse cómodamente. Tancredo dijo entonces: "¿Y se queda para pasto de los cuervos el valeroso Argante? ¡ah! no se le deje así, ni quede privado de la sepultura, ni de las alabanzas de que es tan digno."

»Ya no tengo guerra alguna con un cadáver

inanimado: murió como valiente, y es razon que se le tribute el único honor que puede dar el mundo despues de la muerte." Con esto hace llevar tras sí el cuerpo de su enemigo, y Vafrino vá sirviendo de escudero al lado de Erminia.

„Quiero, prosiguió el héroe, que no me lleven á mi pabellon, sino á la ciudad real, en la que si estan ya cumplidos los dias de mi frágil vida quiero espirar, pues el sitio donde murió un Dios hombre podrá sin duda facilitarme el camino del cielo, y moriré cuando menos con el piadoso pensamiento de haber cumplido enteramente mi voto."

Dijo, y conducido, le recostaron sobre blanda pluma, en donde le asaltó un plácido sueño: Vafrino proporcionó tambien á la noble doncella un recogido y seguro aposento no lejos del mismo sitio: y hecho esto, se encamina á ver á Godofredo, y entra sin obstáculo alguno en donde estaba tratando en consejo de la empresa del dia inmediato.

Hallábase sentado junto al lecho del enfermo Raimundo, y rodeado de sus mas sabios y fuertes guerreros, de los cuales ninguno desplegó sus labios mientras el escudero le dice: "Señor, fuí como me lo mandaste, y esploré el campo de los infieles."

»Pero no esperes que pueda contarte el número infinito de sus tropas, las cuales ví al pasar

que llenaban los valles, los llanos y los montes; vi que por donde pasan asolan los campos y agotan las fuentes y los arroyos, pues nada basta para saciar su sed, y son escasas las mieses de toda la Siria."

»Mas sabe que la mayor parte de su caballería es inútil, pues ignora el manejo de la espada, é hiere solamente de lejos : es cierto que son escogidas algunas tropas que siguen las banderas del persa, y aun son mejores otros soldados, que se llaman inmortales, y siguen al Rey."

»Se denominan así, porque cualquiera que muere de ellos se reemplaza al instante por otro, y queda lleno el número. Emireno, que es el que comanda, parece hombre dotado, cual pocos, de entendimiento y de valor, y viene con órdenes de su rey á provocarte á singular batalla."

»Me parece que no pasará el segundo dia sin que aparezca este ejército enemigo. Bien puedes tú, ¡oh, Reinaldo! mirar por tí, pues se codicia tanto tu cabeza, que los mas esclarecidos en armas la tienen señalada por blanco de sus aceros, puesto que Armida se ha ofrecido á sí misma en recompensa á cualquiera que consiga cortártela."

»Entre estos es uno el valiente y noble persa Altamor, rey de Sarmacanda: tambien Adrasto, de agigantado cuerpo, que tiene su reino ácia los

confines de la aurora, y es tan disforme por su corpulencia, que enfrena un elefante en vez de caballo; está tambien entre ellos Tisafernes, á quien la fama coloca entre los héroes mas temibles."

Así decia el escudero, enardeciéndose el semblante del jóven que le escuchaba, y brotando fuego por los ojos, que bien mostraban el belicoso ardor que le hacia desear encontrarse entre aquellos enemigos, y no le dejaba sosegar en parte alguna, ni aun dentro de sí mismo. Vafrino, volviendo á dirigir la palabra á Buillon, continúa: "Señor, aun no es lo principal lo que hasta ahora he referido, sino que te resta saber que se arman contra tu persona aleves puñales."

Con esto le refirió estensamente la traicion que contra él estaba preparada; las armas, el veneno, y las infames divisas; la jactancia que oyó á tantos, el premio y las promesas hechas. Responde despues Vafrino á las preguntas que todos le hacen, y á la general curiosidad sucede el silencio. Alzando al fin Godofredo la cabeza, preguntó su parecer á Raimundo.

"Pienso, respondió, que no debe darse el asalto á la nueva aurora, como ha quedado resuelto; sino que se rodee bien la torre de manera que nadie pueda salir de ella por mas que quiera, descansando entretanto nuestro ejército, y restaurán-

dose si ha de entrar en batalla. A tí te pertenece el pensar si es mejor salir al encuentro al enemigo en campo raso, ó aguardarle á que venga."

Pero sobre todo, es mi dictámen que mires muy particularmente por tu persona, pues si por tí vence y prospera el ejército, ¿quién le gobernará y asegurará si tu faltáres? A fin tambien de que al traidor no le valga su disfraz, manda que cambien de divisa los tuyos, y así quedará tan patente este doloso artificio, que lo manifestarán en el mismo hecho de querer ocultarlo.

Godofredo le responde: "Bien muestras en tus consejos tu no desmentida prudencia, y tu amistad para conmigo: resolvamos, pues, lo que has dejado dudoso, y salgamos al encuentro del enemigo, pues no está bien al campeon domador del Oriente el estar encerrado en muros ó trincheras; prueben esos impíos nuestro valor á cuerpo descubierto, y en lo mas claro del dia."

»El nombre de la victoria ha de bastar á aterrarlos, sin que puedan arrostrar nuestra vista y armas; y domadas sus fuerzas, quedará mas consolidado nuestro imperio: la torre se rendirá al momento, ó será facil el tomarla cuando se quiera.» Así dijo el magnánimo gefe, y se retira, que ya la noche convidaba al sueño.

Canto Vigésimo.

Ya el sol habia despertado á los mortales, y su carro, guiado por las horas habia corrido una parte del dia, cuando los infieles que atalayaban en lo mas alto de la torre descubrieron á lo lejos una espesa niebla, semejante á la que envuelve el mundo al empezar la noche; conociendo desde luego que la ocasiona el cuerpo aliado que cubre el cielo de polvo é inunda los collados y las campiñas.

Prorumpen entonces los sitiados en gritos de júbilo desde las altas almenas, con un rumor parecido al que forman las grullas al trasmigrar en bandas desde el helado clima de Tracia á mas templados paises. La esperanza concebida tanto tiempo estimula sus manos á disparar saetas, y su lengua á prorumpir en insultantes denuestos.

Bien conocieron los cristianos de dónde procedian las amenazas y el nuevo furor en que se

encendian, y pronto descubrieron desde una altura el poderoso ejército del egipcio. Inflama á todos aquellos generosos cuerpos el marcial ardor, y reunida toda la juventud clama á Buillon: "Dá, ¡oh invicto gefe! la señal del combate.»

Mas él no quiere presentar la batalla hasta que brille el alba, y contiene sus impetuosos deseos, y se niega tambien á que se ensayen las fuerzas del enemigo con ligeras y parciales escaramuzas. "Razon es, les decia, que despues de tantas fatigas os dé un dia entero de descanso.» Tal vez se propuso tambien con esto inspirar una falsa confianza al enemigo.

Cada cual prepara sus armas, aguardando que la aurora vuelva á iluminar con sus rayos. Jamás estuvo mas sereno el cielo como al despuntar dia tan memorable: reía alegre el alba, y aparecia como coronada ella misma con todos los rayos del sol: aumentó su brillo y serenidad el azulado cielo para presenciar con mas claridad tan grandes hechos.

No bien vió Godofredo destellar el primer rayo de luz, saca fuera su ejército, dejando en guardia de la gran torre á Raimundo con su gente, y á muchos fieles que de todos los contornos se habian reunido con sus libertadores, y ademas un escuadron del pais de Gascuña.

El gallardo continente con que marcha el general hace que los que le miran vaticinen desde luego el feliz éxito de la accion: jamás apareció tan magestuoso y augusto: brilla en sus ojos todo el fuego de la juventud; y su rostro y movimientos no parecian de humana criatura.

Poco anduvieron para estar ya al frente de las huestes paganas; y entonces hizo tomar un monte que quedaba detras á la mano izquierda: despliega despues ácia la llanura el grueso de su ejército, colocando en medio á la infantería, y formando con la caballería entrambas alas.

En el flanco siniestro, que se apoya y asegura en la falda del collado, pone á los dos Robertos; confia el mando del centro á su hermano, y él se dirige al ala derecha, que quedaba en el llano sin apoyo alguno, y era el punto mas peligroso, porque el enemigo trataria de envolverle con su gran número.

Allí puso y ordenó á su gente de Lorena, la mas escogida y bien armada, interponiendo algunos archeros ya avezados á pelear entre caballos. Forma despues un escuadron de aventureros y otros escogidos, que coloca aparte ácia la derecha, nombrando por su gefe á Reinaldo, y diciéndole:

"En tí consiste nuestra victoria, y estriba

nuestra ventura. Manten tu escuadron un poco retirado ácia las tropas de esta ala de la derecha, y cuando el enemigo se precipite, atácale flanqueándole, pues si no me engaña mi pensamiento, intentarán envolvernos por esta parte.»

Dicho esto, y montando un gallardo caballo, parecia que volaba por entre peones y caballeros, dejando ver por entre la visera su rostro y sus ojos fulminantes: alienta al pusilánime, lisonjea al valiente, y recuerda sus hechos al atrevido, prometiendo á todos, y á cada uno, honores y recompensas.

Paró al fin delante de los primeros escuadrones, compuestos de la parte mas noble y selecta; y desde un sitio elevado que dominaba á todo el ejército les arenga con sonora y agradable voz, que, á manera de los torrentes liquidados que corren desde la cima de los Alpes, arrebata y lleva los ánimos de todos los guerreros con estas palabras:

»¡Huestes mias valerosas, azote de los enemigos de Jesus, y debeladoras del Oriente! ya os mirais en el dia memorable, y para vosotras tan deseado. No sin algun motivo ha dispuesto la Providencia que se os presente reunido aquí todo el rebelde pueblo, juntando á todos vuestros enemigos para acabar de una vez tan ilustre empresa.»

"¡Cuántas victorias reunidas en una nos esperan,

sin que por eso sea mayor el riesgo ni la fatiga! Por supérfluo tengo el exortarós á que no temais á vista de su número, pues esto mismo le hace que obre sin union, y discorde se confunda en las propias medidas que toma, debiendo ser muy pocos los que peleen con utilidad, pues ha de faltarles el valor y el terreno."

"Los que vais á acometer estan por la mayor parte desnudos; y poco temibles son por cierto esas hordas, que, destituidas de espíritu belicoso y faltas de disciplina, han sido arrancadas violentamente de entre el ocio ó las ocupaciones mecánicas al ejercicio de las armas. Desde aquí veo ya temblar sus espadas, sus escudos, y hasta las mismas banderas: y los inciertos toques y dudosos movimientos me anuncian que vienen buscando su esterminio.»

»Ese guerrero, que ceñido de púrpura y de oro dispone con continente feroz sus escuadrones, habrá tal vez vencido á los árabes ó á los moros: pero aun no ha probado sus fuerzas contra nosotros; ¿y qué podrá hacer cualquiera que sea su pericia entre tanta confusion de pueblos? Ni sus soldados le pueden conocer, ni él conocerlos, y á muy pocos podrá llamar por su nombre.»

»Yo, bien al contrario, mando á gentes escogidas, con quienes siempre he entrado en grandes

luchas, saliendo vencedor con ellas; peleo con guerreros acostumbrados á mi direccion; sé el nombre y la patria de cada uno, en tal manera, que puedo conocer cuya sea la saeta que vaya dividiendo el aire, y adivinar si es francesa ó irlandesa, y aun señalar, sin temor de engañarme, el brazo que la hubiese disparado.»

»Solo, pues, pido que cada cual se muestre hoy tan digno de sí mismo como se ha mostrado en todas ocasiones, acordándose de sus proezas, de su honor, del mio, y del nombre de Jesucristo. Marchad, pues; postrad á esos impíos, y cantad el triunfo sobre sus mutilados cadáveres. Marchad; ¿á qué os detengo? Ya leo en vuestros ojos: "¡La victoria es nuestra!»

A estas palabras, parecia que bajaba encendido desde el Cielo un fulgor vivísimo como el de un abrasado relámpago en las ardientes noches del estío, ó la rápida exalacion de una estrella voladora; y creyérase que un rayo de luz celestial descendia desde el mismo centro del disco solar hasta la cabeza del gefe como para coronarle.

Si es permitido á un mortal el sondear los arcanos del Cielo, fue su ángel tutelar que descendió desde los escelsos coros para cubrirle con sus alas. Mientras Godofredo ordenó las haces cristianas, y les habló como queda dicho, no se

mostró lento el gefe egipcio en disponer y animar á las suyas.

No bien vió que se acercaban los latinos, colocó tambien, como aquellos, á los infantes en el centro, y á los ginetes en las alas; y tomando la derecha bajo su mando, encarga la izquierda á Altamor: dá el mando de la infantería á Mule-Asem, y Armida dirige todo el centro.

Acompaña al gefe el monarca de los indios, y Tisafernes, y todas las tropas reales; y en la espaciosa llanura, en donde puede estenderse como quiera toda el ala izquierda, van con Altamor el rey de Persia y el africano, que dominan en los mas ardientes paises; y desde este punto se preparan á agitar las hondas y á vibrar los arcos.

Así formó Emireno su gente, y recorriéndola toda por el medio, y de estremo á estremo, la habla, ya por sí mismo, ya por medio de intérpretes, mezclando las amenazas con las promesas, y los premios con los castigos. Unas veces dirigiéndose á uno: "¿De qué temes, le dice? ¿por qué tan abatido el semblante? ¿qué puede uno contra ciento? Yo confio que solo nuestra sombra bastará á ponerlos en fuga."

Ya dice á otro: "¡Oh valiente! ese tu aspecto feroz basta para que recobremos la presa." En otros procura escitar la terrible imágen de la pa-

tria, que está clamando por su defensa, diciéndoles: "Creed que mi boca es órgano de la patria, que os grita:

»Conservad mis leyes y mis templos sagrados, sin que jamás los bañe mi sangre: defended de las manos de los impíos mis vírgenes y las cenizas de vuestros mayores: mirad como deplorando su edad pasada os muestran los ancianos sus venerables canas, las esposas doloridas el blanco pecho, los amados hijuelos y el lecho conyugal."

A muchos dice despues: "Campeones os considera de su honor toda el Asia, esperando la deis una rigorosa y justísima venganza de ese puñado de bárbaros." De esta manera, y adaptando la variedad del lenguaje á la diferencia de caracteres, exortaba á sus huestes, animándolas á la pelea. Callan los gefes, porque ya los dos terribles ejércitos se habian aproximado.

Era un sublime y maravilloso espectáculo ver frente á frente á los dos campos, que habiéndose desplegado en batalla iban de un instante á otro á acometerse. Las banderas y los plumosos penachos ondeaban al viento; y los arneses y morriones, heridos por los rayos del sol, reflejaban el brillo del oro y del acero.

Las lanzas, prontas á acometer, formaban en ambos ejércitos un bosque movible: tiéndense los

arcos, vibran los dardos y empiezan á girar en rápidos círculos las hondas: los caballos, impacientes, fomentan la ira y el furor de los ginetes, y relinchan, escarvan la tierra, tascan el bocado, y se agitan arrojando fuego y humo por las inflamadas narices.

El mismo horror de estos terribles objetos tiene algo de bello que deleita, así como el sonido de las agudas trompetas deleita el oido, al mismo tiempo que le hiere y asusta. Aunque era menos el campo cristiano, su vista es mas magestuosa y peregrina; sus clarines suenan mas acordes y belicosos, y se ostentan mas refulgentes sus armas.

Este campo es el primero que dá la señal, y el otro le responde y acepta el combate. Los latinos se postran en tierra en señal de adoracion, y besan humildes el polvo: ya el terreno que los separaba desaparece, se juntan y estrechan: empieza la lid en las alas, y marcha la infantería.

¿Mas quién fué el cristiano que cogió el primer laurel en tan terrible jornada? Tú, Gildipa, que heriste al gran Ircano que reinaba en Ormú. Esta suma gloria quiso conceder el Cielo á una mano femenil: tú le abriste el pecho: cae atravesado, y oye al mismo tiempo los elogios que daban sus enemigos á tu golpe.

Rota la lanza, esgrime Gildipa la espada con

diestra varonil, aguija su caballo contra los persas, y desordena el cerrado escuadron: acierta á Sopiro por la cintura, y le postra en tierra hecho casi dos trozos: hiere despues el cuello del temible Alarco, y corta el paso á su voz.

De un solo golpe aterra á Artagerges, y mata de una estocada á Argéo. Corta en seguida los nervios que unen el brazo izquierdo de Ismael con su hombro, suelta sus manos al caer las riendas; y el caballo, que se siente libre y perseguido, huye ciego y desordenando.

A estos, y á otros muchos que la antigüedad ha olvidado, priva de la vida. Se unen los persas, y juntos la cargan, ansiosos de coger una presa tan deseada; pero el esposo fiel, que velaba por sus dias, corre en socorro de la amada consorte, y su union redobla sus fuerzas.

Vióse allí un nuevo arte de esgrimir, jamás visto, ni usado sino por los dos amantes, pues olvidando cada uno la propia conservacion, defiende empeñadamente la de su cara mitad. La atrevida guerrera para los terribles golpes que se dirigen á su esposo; él opone el escudo á los que la amenazan, y si fuera preciso opondria su misma cabeza.

Uno y otro miran como propia y comun la defensa del acometido. Él dá muerte al audaz Ar-

tábano, por quien es gobernada la isla de Bohecan, y deja tendido á Alvante, que se atrevió á tirar un golpe á su amada: ella parte por entre ceja y ceja la frente de Arimonte, que habia atacado á su esposo.

Tal estrago hacia esta hermosa pareja en los persas; pero no era menor el del Rey de Sarmacanta entre los francos, pues abate y mata adonde quiera que vuelve el hierro ó el caballo, siendo feliz el que muere mas pronto y no agoniza hollado por el enorme bruto, que muerde y acocea al que queda semivivo de la dura espada de su señor.

Mueren al golpe de Altamor Brunelo el forzudo, el robusto Ardonio; parte al uno juntamente con el yelmo la cabeza, cayendo sobre sus hombros los dos cascos, y hiere al otro en aquella parte en que nace la risa, de manera que presenta el horrendo espectáculo de morir riendo á su despecho.

No solamente fueron estos los que hizo salir de la dulce vida el desapiadado acero, pues tambien murieron Gentonio, Guasco, Guido y el buen Rosmondo; ¿y quién será capaz de contar los que arrollaron Altamor y su fogoso caballo? ¿quién podrá nombrar á cada uno de los muertos, ni bastará á espresar los diferentes géneros de muerte que sufrieron?

No hay ya quien se atreva á ponerse delante de tan feroz guerrero, ni aun quien ose atacarle de lejos: sola Gildipa le mira y no duda medirse con él. Ninguna amazona vió jamas Termodonte esgrimir con tanta valentía la segur de dos filos, ó manejar el escudo con una audácia igual á la que ella manifiesta para encaminarse al formidable persa.

Hirióle sobre el yelmo en aquella parte que mas brillaba por la dorada diadema que le ceñía, destrozándole enteramente, y obligándole á que inclinase por fuerza su soberbia y erguida cabeza. El golpe le pareció al pagano como dado por un fuerte y robusto brazo, encendiéndose en desesperado rubor, y no tardó en vengar la injuria, siendo en un mismo punto la ofensa y la venganza.

Descargó tal golpe sobre la frente de Gildipa, que privada de fuerzas y de sentidos, hubiera caido á no sostenerla sobre la silla su fiel consorte; y fuese fortuna, ó valor, abandonó á su víctima Altamor; semejante al leon magnánimo que desdeña al que se le postra, le mira y pasa adelante.

Entretanto Ormundo, á cuyas fieras manos se habia encargado la traidora empresa, mezclado entre los cristianos con su falsa divisa y con los otros compañeros de su trama, vagaban á la ma-

nera de los lobos nocturnos que en la oscuridad de la noche se asemejan á los leales perros y van á los rediles, buscando modo de introducirse en ellos, uniendo al vientre su cobarde cola.

Así se van acercando, y ya no estaba muy lejos el infame pagano del piadoso Godofredo, cuando al notar éste la dorada y blanca divisa, contraseña de la conjuracion, clama en el mismo momento: "He aquí el traidor que procura fingirse francés con artero disfraz; he aquí los conjurados que con él tratan de acometerme;" y diciendo esto se precipita sobre el pérfido.

Lo hiere mortalmente; y aquel malvado, ni acomete, ni se defiende, ni se retira, sino permanece inmóvil, cual si hubiese visto la cabeza de Medusa. En un momento se dirigen á ellos todas las lanzas y espadas, y se agotan todas las aljabas, quedando Ormondo y los suyos divididos en trozos ensangrentados.

Viéndose Godofredo cubierto de sangre enemiga, entra en el ataque y marcha adonde vé no lejos que el gefe persa destruye y deshace sus mejores escuadrones, de modo que parecen al polvo africano, que desparrama y dispersa el soplo del austro. Corre á él, grita y anima á los suyos, y deteniendo á los que empezaban á huir, acomete al que los persigue.

Empiezan entonces sus diestras valientes una lucha cual no la vieron jamás el Ida ni el Xanto. Tambien se arma entre los peones una sangrienta lid, en que son contrarios Baldovino y Mule-Asem; arde otra pelea de á caballo en el estremo opuesto del collado, lidiando el bárbaro caudillo en compañía de dos de los mas fuertes de los suyos.

Éste y uno de los Robertos se encuentran y pugnan con igual suerte. El indio tiene abierto el yelmo, y aun las armas abolladas. Tisafernes no tiene enemigo determinado que le parezca digno de él, y así corre adonde está mas trabada la accion, haciendo allí una horrorosa matanza.

Así se combatia por ambas partes indecisamente, y mezclada la esperanza con el temor. El campo está sembrado de lanzas quebradas, escudos rotos, arneses deshechos; veianse espadas clavadas todavía en el vientre ó en el pecho, ó tiradas por el suelo; cuerpos sin número unos boca arriba, y otros mordiendo el polvo y revolcándose en él.

Yace el caballo muerto junto á su señor; el amigo muerto junto á el amigo; el enemigo al lado de su enemigo; el muerto sobre el vivo, y el vencedor sobre el vencido. No reina el silencio, ni tampoco voz alguna inteligible, sino cierto rumor ronco y confuso, bramidos de furor, murmullo de amenazas y lamentos de heridos y moribundos.

Las armas, cuya vista habia regocijado poco antes, presentan un triste y pavoroso objeto, pues habian perdido su resplandor el oro y el acero, y se habian amortiguado sus hermosos colores: todos los adornos de las cimeras y bizarros penachos se miraban ajados y deshechos, y cubria un espeso polvo todo aquello que no habia manchado la sangre: tan mudados estaban ambos ejércitos.

Entonces los árabes, los moros y los etiopes, que componian toda el ala izquierda, se iban desplegando y estendiendo para envolver el flanco del enemigo, y los flecheros y honderos molestaban á las huestes francesas, cuando avanza Reinaldo con su escuadron, cual si fuese un retumbante trueno ó un rugidor terremoto.

Asimiro de Meroe era el mas fuerte entre el fiero escuadron de Etiopia: Reinaldo le hiere en el atezado cuello, y le hace caer degollado entre los muertos. Con este ensayo se le escita mas el deseo de gloria, y sigue haciendo cosas increibles, monstruosas y horrendas.

Mas vidas arranca que golpes dá, sin que se interrumpa la contínua borrasca de estos: y así como parece que la serpiente vibra tres lenguas cuando mueve rápidamente la suya, no de otro modo creían atónitos los contrarios que esgrimia con ágil mano una triple espada. La vista, des-

lumbrada con la velocidad de sus movimientos, lo creyó, y fué difundiéndose con esta creencia el terror.

Los tiranos de la Libia confunden su sangre y sus últimos suspiros con los monarcas negros: los valientes compañeros de Reinaldo acometieron estimulados de tales proezas, é iba cayendo la infiel plebe con espantoso estrago, defendiéndose con clamores de las espadas que la segaban, recurriendo á la fuga antes que á la venganza.

Tan poseidos van del temor, que no guardan formacion alguna. Síguelos de cerca el vencedor, hasta dispersarlos enteramente, y despues se detiene, manifestándose menos feroz con los fugitivos.

Como viento que redobla su furor cuando se le opone un monte ó una frondosa selva, pero despues sopla muy mas suave en lo llano, así como la ola espumosa se estrella rugiendo contra el escollo, y luego corre girando mas pausada por el ancho mar, así se aplacaba la ira del héroe cuanto menos obstinados ostáculos encontraba.

No teniendo pues por glorioso perseguir á los que le abandonaban el campo, volvió su saña contra la infantería, indefensa ya por la derrota de los árabes y africanos que la sostenian. Reinaldo y sus esforzados guerreros la envuelven y destrozan.

Rompe las lanzas que se oponen á su paso, y con violentas arremetidas desordena las filas, penetra en ellas y las ahuyenta en menos tiempo que tarda la tormenta en abatir las mieses undulantes. El suelo humea empapado en sangre, y se vé sembrado de armas y miembros palpitantes. Todo lo huella sin compasion el caballo, que vuela á llevar el destrozo á otra parte.

Llega en esto Reinaldo al punto en que sobre dorado carro estaba Armida cercada de una noble guardia de sus siervos y sus amantes: pronto fue conocido de ella, que le miró con furiosos y al mismo tiempo enternecidos ojos. Reinaldo se inmuta por un momento: Armida queda primero hecha un hielo, y luego un volcan.

Él quiere dejar á un lado el carro, y pasar adelante, como quien no ha reparado en él; mas le acomete la turba de sus rivales: quien desenvaina la espada, quien enristra la lanza, y ella misma pone ya en el arco una flecha: el despecho dá por una parte vigor á sus manos, y crueldad á su corazon.

El amor por otra las detiene y aplaca su enojo. En esta lucha de la ira con la ternura conoce ella muy bien que aun no estaba apagada su llama antigua. Tres veces tiende el brazo, y otras tantas afloja el arco y se detiene. Por fin triunfó

el despecho: vuelve á vibrarlo y hace volar la emplumada flecha, que sesga ésta los aires, y tras ella el arrepentimiento.

Quisiera ella que fuese infructuoso su tiro; quisiera que la flecha volviese atras, aunque fuese traspasarla el corazon. ¡Tanto podia en ella el amor, aunque desgraciado! ¿qué fuera á haber sido correspondido? Pero avergonzándose en el mismo instante de tanta debilidad, fluctuando así entre opuestos afectos, sigue con sus ojos á la disparada saeta.

Dá ésta en el duro coselete del héroe, y en vez de herir queda en el quebrantada la punta. Reinaldo vuelve la espalda, y Armida, atribuyendo aquella accion á desprecio, arde en nuevo furor, tiende el arco repetidas veces sin otro efecto que quedar ella mas llagada de amor á cada tiro.

»Si tan invulnerable es, se decia á sí misma, que desprecia mis saetas, sin duda son sus miembros de duro jaspe como lo es su alma: y pues que no hacen en él mella alguna ni mis saetas ni mis ojos, impenetrables son las armas que le guarecen. Vénceme del mismo modo armada que inerme, y me desprecia con igual indiferencia, ya amante, ya enemiga.

¿Qué estratagema, pues, me resta, ni qué nueva forma en que mudarme para esclavizarlo?

¡Triste de mi! ya no tengo esperanza alguna en mis amantes, cuyo brio y esfuerzos son inútiles para con él!» Veía con efecto que yacian en tierra muertos sus mejores paladines, y aterrados y vencidos los restantes.

Vé, pues, que no basta por sí sola para defenderse; y juzgándose ya prisionera ó esclava, no fia en su arco, ni en su lanza, ni en sus vanos sortilegios; y no de otro modo que el tímido cisne al verse acometido de las crueles garras del águila se abate recogiendo las ostentosas alas, á la tierra así se manifestaba su temor en todos sus movimientos.

Altamor, que habia alentado á los suyos hasta aquel momento que replegándose se daban á una declarada fuga, y apenas con sus esfuerzos lograba algun tanto contenerlos, al ver en tamaño riesgo á la que adoraba, corre volando en su ausilio, abandonando sus escuadrones y su propio honor; y hubiera tambien abandonado al mundo todo por salvarla.

Abriéndose, pues, una senda con su espada, se pone al lado del mal guardado carro. Reinaldo y Godofredo rompen y dispersan en un momento á todos sus persas: míralo él, y sin embargo obra mas como amante que como caudillo: pone en salvo á Armida, y vuelve luego á dar á sus vencidos un socorro inútil y tardío.

Vé que en aquel lado los paganos estaban dispersos y derrotados; mas en el flanco izquierdo habian dado los cristianos la espalda á los infieles; uno de los dos Robertos estaba herido peligrosamente en el rostro y en el pecho, y el otro era prisionero de Adrasto; y así andaba indeciso é incierto el éxito de la batalla.

Godofredo en tal situacion, y sin perder preciosos momentos, reorganiza sus batallones, y vuelve prontamente con ellos á la carga. Combaten con igual ardor las dos alas victoriosas, pugnando por conservar sus despojos y el honor adquirido en el primer encuentro.

Mientras combaten de esta manera ambos ejércitos, sale á un balcon en lo mas alto de la torre el feroz soldan, y mira de lejos la horrible matanza en aquel teatro ensangrentado y las vicisitudes de la indecisa fortuna.

La primera vista le deja helado de asombro: mas inflamado despues de belicoso ardimiento, desea hallarse en medio de tan arriesgado paso, y participar de tan noble empresa; y sin detenerse, cálase el yelmo, pues estaba en lo restante armado, y esclama: ¿qué nos detiene? hoy es preciso triunfar ó morir.»

Ya fuese esta determinacion designio de la Providencia, encendiendo su furioso corazon para

acabar en aquel dia con todos los restos del imperio de Palestina, ya que próxima su hora fatal se arrojase á su encuentro, abre impetuosamente la puerta de la torre, acometiendo inesperadamente á los que la guardaban.

No espera á que sus compañeros le sigan, sino sale solo, y solo desafia á miles de contrarios, y se arroja solo entre ellos. Los demas, como arrebatados de aquel guerrero entusiasmo, le siguen todos, y entre ellos el mismo Aladino: ni el mas prudente, ni el mas prevenido ó pusilánime teme ya, pues los guia el furor mas bien que la esperanza.

Caen á los golpes del embravecido turco los primeros á quienes encuentra; siendo tal la ligereza con que los acomete, que antes se les vé muertos que heridos. Cunde de unos en otros el terror anunciado sucesivamente por los lamentos, y el pueblo fiel huía ya casi en atropellada confusion.

Menos aterrados los de Gascuña, conservaban su posicion; pero encontrándose los mas inmediatos, los sorprende y arrolla Soliman. Jamas fiera alguna ensangrentó sus garras y sus colmillos en el manso cordero, ni ave rapaz cebó sus garras y su pico en el inocente pajarillo como se encarnizó en ellos la espada de Soliman.

Parecia que estaba hambrienta de miembros, y sedienta de sangre. Aladino con su gente prosigue haciendo los mayores estragos en los sitiadores; mas Raimundo corre á aquel punto en donde vé que Soliman deshace sus tropas, y no huye de él por mas que vé la vigorosa diestra que le habia descargado el terrible golpe.

Nuevamente se le opone, y vuelve tambien á caer herido del mismo modo que antes, siendo solo culpa de su avanzada edad el no poder resistir al peso de tamaño golpe. Cien escudos y otras tantas espadas se interponen en defensa suya; mas el Soldan pasa de largo, ya sea por reputarle muerto ó por juzgarle presa indigna de él.

Carga á los demas, destroza, divide, y ejecuta grandes hazañas; mas pareciéndole demasiado estrecho aquel recinto para teatro de su gloria, y guiado de su furor, busca en otra parte nuevos objetos en que saciarse, así como el hambriento que despreciando la frugal mesa se arroja á un opíparo banquete.

Pasando por el muro destruido, vuela derechamente á lo mas revuelto de la batalla, trasmitiendo á sus soldados el esfuerzo que le anima. Los infieles tratan de completar la victoria que él habia dejado indecisa; los cristianos resisten, pero no sin dar algunos indicios de fuga.

Los gascones iban retirándose; mas dispersado ya el pueblo asirio, pasa por junto al albergue en que estaba doliente el buen Tancredo. A los gritos levanta del lecho el cuerpo enfermo, sube á la eminencia, y mirando al rededor de sí, vé en tierra al conde de Tolosa, á unos que se retiraban, y á otros dispersos y enteramente fugitivos.

Aquel ardimiento que jamas abandona á los valientes, aunque el fragil cuerpo se encuentre decaido, restaura los llagados miembros, supliendo por la sangre y el espíritu que le falta. Embrazà con su izquierda el escudo, de cuyo peso no se resiente todavía el brazo desangrado : toma con la derecha el acero desnudo; y bastándole esta prueba, no se detiene ya mas, sino baja y grita: «¿A dónde huís dejando esclavo á vuestro señor? ¿permitireis que cuelguen las armas de Raimundo por trofeo en sus bárbaras mezquitas? Id, pues, á Gascuña y decid al hijo que su padre murió donde huisteis vosotros." Con estas palabras presenta el pecho desnudo y enfermo á mil guerreros fuertemente armados.

Con su pesado escudo, compuesto de siete duros cueros de toro, y cuyo reverso le formaba una plancha de acero del mas fino temple, defiende contra todas las saetas, espada y armas al buen Raimundo; aparta con su acero al enemigo, de

modo que ya le tenia á su sombra casi por seguro.

No tarda muchos momentos en volver en sí el buen anciano, respirando bajo tan poderosa defensa; siéntese abrasar de un fuego duplicado, y su semblante respira ódio y vergüenza. Sus airados ojos buscan por todas partes al que le hirió, y no viéndolo, brama de despecho y se prepara á tomar en sus secuaces una amarga venganza.

Vuelven á su lado los de Aquitania, y se sienten inflamados del ardor que le anima. Las tropas que antes se manifestaban tan atrevidas, temen ya, pasando la osadía á aquellos á quienes habia antes ocupado el temor, cede el que atacaba: carga el que cedía, y así se vé cambiada en un momento la suerte de las armas. El buen Raimundo se satisface con cien muertes de una sola ofensa.

Mientras se vindicaba con tantas víctimas, advierte que el monarca de Sion combate entre sus nobles, y se lanza sobre él; le hiere en la frente y redobla el golpe con la mayor celeridad. Cayó el rey, y con un horrendo gemido mordió al tiempo de caer aquella misma tierra en que habia reinado.

Despues que estaba ya destruida una ala y fugitiva la otra, se echan de ver los diversos afectos y pasiones de los que quedan. Semejantes unos á las fieras acosadas, que no encuentran ya

mas recurso, se precipitan ansiosos de la muerte por entre los hierros enemigos; otros mas cobardes vuelven las espaldas y corren á refugiarse á la gran torre, á donde entran mezclados los vencedores con los vencidos, dando glorioso fin á la conquista.

Queda tomada la altura, muriendo unos al tiempo de herir y otros en sus primeros umbrales: subiendo entonces Raimundo á lo mas alto de la almena, y llevando en su diestra la gran bandera de Cristo, la enarbola en señal de victoria, y la despliega al viento entre los dos campos enemigos: mas el soldan no la vé, que lejos de los muros se halla en medio del combate.

Llega y pisa una llanura ensangrentada y llena de cadáveres, retrato fiel del reino de la muerte, que se señorea con sus triunfos. Vió un caballo que huía sin ginete, y á rienda suelta; cójele del freno, y oprimiéndole el robusto lomo corre sobre él á la pelea.

Grande, aunque breve, fue la ayuda que dió con esto á los sarracenos amedrentados, así como un rayo fugaz que llega sin ser esperado, dejando hasta en las hendidas piedras claras muestras de su veloz paso. Cortó el hilo á mas de cien vidas; pero el tiempo solo ha conservado la memoria de dos de ellas.

Gildipa y Odoardo; sí, ilustre pareja, vuestro acervo destino, y vuestros virtuosos cuanto valientes hechos, trasmitiré (si es que mis versos alcanzan tanto) á naciones remotas para ejemplo de ternura y de virtud en todas épocas, y para que tal vez honre vuestra memoria y mis versos con sus lágrimas algun esclavo de amor. La magnánima amazona revuelve el caballo ácia donde aquel bárbaro hacía mas estrago, y con dos furiosos tajos le parte el escudo, y le hiere por un lado.

Reconociéndola el bárbaro, esclama: ¡he aquí la famosa pareja! ¡desdichada! mucho mejor te fuera manejar la rueca ó la aguja que empuñar la espada al lado de tu mísero galan.

Dijo, y enfurecido mas que nunca, descarga sobre ella un temerario golpe que, rompiendo toda su armadura, osó traspasar aquel pecho, que solo debia ser blanco de los tiros de amor: soltando de repente el freno, dá señales de estar mortalmente herida: conociéndolo muy bien el desventurado Odoardo, que aunque pronto, fue empero desgraciado en su defensa.

¿Qué pudiera hacer en aquel lance? La compasion y la cólera dividian sus deseos, moviéndole aquella á sostener á su amada, que iba á caer, é incitándole ésta á tomar pronta venganza de su asesino. Amor le dicta igualmente ambas

cosas, y así corre á socorrerla con su mano izquierda, esgrimiendo con la otra su centelleante espada.

No pudiendo atender á entrambas cosas, ni fue apoyo de su esposa, ni dió la muerte al matador de su idolatrada prenda. El soldan le corta el brazo izquierdo con que la iba á sostener, cae ella, y en seguida Odoardo oprimiéndola con su peso.

Tal como se vé el olmo robusto con quien se estrecha y enmarida la pampanosa vid, si tal vez viene á tierra derribado por la segur ó el viento tempestuoso, la arrastra tras sí, y él mismo la despoja de las frescas hojas que la cubren, oprimiendo los hinchados racimos,

Así Odoardo cayó, doliéndole solo la suerte de la que el Cielo le habia dado por compañera: quieren hablarse, mas ya no pueden articular un acento, sustituyendo los suspiros á las palabras. Se miran mutuamente y se abrazan cuanto es posible en los cortos momentos que les quedan de vida: desapareció la luz para entrambos á un tiempo mismo, y volaron tambien á un tiempo juntas sus almas.

La fama desplegó entonces su vuelo divulgando por do quiera aquel lastimoso caso: y no solo llegó á Reinaldo el rumor sino tambien un mensagero que se lo confirmó. El furor, el deber,

el cariño y el pesar, le impelen á vengar á los dos esposos; pero se le presenta en medio del camino el grande Adrasto, y le grita:

»Todas las señas que en ti advierto me dan á entender que eres el que busco y deseo; no ha habido escudo que no haya observado cuidadosamente, y en vano te he llamado á voces todo el dia. Ahora pues, cumpliré el voto que hice á mi señora de llevarla tu cabeza: ven, enemigo de Armida; ven á lidiar con su campeon.»

Así le desafia, dándole en el mismo instante dos formidables golpes en las sienes y en el cuello; y aunque no logra quebrantar el fuerte yelmo, le hace inclinarse contra el arzon. Reinaldo le atraviesa en el mismo instante por el costado de tal modo que no podia ya valerle todo el arte de Apolo, y cae el invicto y desmesurado rey muerto con solo un golpe.

Un pavoroso horror heló la sangre de los que lo presenciaron, cubriéndose de palidez el rostro de Soliman al ver tan estraordinario golpe. Como si presintiese ya su próxima muerte, ni se resuelve á acometer, ni sabe qué hacerse; ansiedad nunca en él vista; ¿mas quién puede eludir los eternos decretos?

Así como un calenturiento agitado por el delirio se figura que quiere correr impetuosamente

por huir de algun riesgo, y que todos sus esfuerzos son infructuosos, porque no corresponden á ellos sus lánguidos y debilitados miembros; y que cuando quiere pedir socorro de palabra, le falta la voz y se le entorpece la lengua,

Así el soldan quisiera arrojarse inpávidamente sobre su contrario: se esfuerza para ello; mas no siente en sí propio su natural denuedo, y desconoce el esfuerzo que nunca le habia abandonado. Un secreto terror apaga cuantas centellas exhala su agraviado pecho, y vagan en su mente diversos pensamientos, aunque ninguno de huir ó de retirarse.

En esto se acerca el victorioso al indeciso, al cual le parece que viene con mayor celeridad y mayor furor y grandeza de la que cabe en hombre mortal. No se bate, sino que recibe con impertérrito pecho la herida mortal; y no olvidado de acabar heróicamente, ni esquiva el golpe, ni dá un suspiro, ni hace cosa alguna innoble, ó indecorosa.

Despues que el sultan que habia caido y se habia levantado tantas veces en su dilatada carrera de armas, oprimió por último la tierra mas feroz que nunca, para no volver ya á levantarse mas, la fortuna, que hasta entonces vacilaba incierta, fijó su favor en la tropa de los cristianos.

Huye la tropa real, que se componia de lo mas escogido del Oriente, y habia estado sosteniendo sola la batalla, y á la que no habia valido el llamarse inmortal para que no muriese con desdoro de su título. Emireno detiene en la fuga al que dá al viento el estandarte, diciéndole enfurecido: "¿No eres tú aquel á quien preferí entre tantos para llevar la escelsa insignia de mi señor?

»No te di yo, Rimedon, ese estandarte para que huyeses con él. ¡Cobarde! ¿ves á tu gefe en la mas cruda lid con los enemigos, y le abandonas? qué, ¿pretendes salvarte? Vuelve, pues, conmigo, que esa senda que tomas te conduce á la muerte: combata aquí quien quiere vivir, que el camino del honor es tambien el de la vida."

Vuelve éste á la lid, y el otro prosigue hablando á los demas con mayor severidad: ya amenaza á unos, ya impele á otros; y todo el que huye del hierro, encuentra al suyo que se le opone. Así logra reorganizar el ala desórdenada, y renace en su pecho la esperanza que le inspiran sus mejores tropas; animándole sobre todo Tisafernes, que en todo el dia no habia retrocedido un solo paso.

Habia hecho constantemente prodigios de valor, y él solo derrotó á los normandos, causando grande estrago en la gente flamenca: á sus manos

murieron Gernier, Rugero y Gerardo. Y despues que llegó á adquirirse un nombre inmortal con tales proezas, como si ya no cuidase de mirar por una vida tan breve, pero cubierta ya de gloria, busca el riesgo mayor en todos los puntos de la batalla.

Al descubrir á Reinaldo, al cual, no obstante tener enrogecido el azul de sus armas, y manchada de sangre el águila, le conoce, y esclama: "Este es el verdadero peligro en que me veo, quiera el Cielo favorecer mi valor, y que Armida obtenga la deseada venganza. Si me sacas vencedor, ¡oh Mahoma! te consagraré por trofeo de tu templo las armas de este formidable enemigo."

Así rogaba á Mahoma, aunque sordo á sus plegarias: y semejante al leon que se azota los hijares, concitando así su natural fiereza, se enardece el musulman, avivando su ira con el estímulo de su amor; guarécese con sus armas y espolea al bruto feroz.

Al mismo tiempo que tambien lo aguija, asáltale el caballero latino, ya preparado al ataque. Las tropas, suspensas, les ceden un gran espacio, olvidadas ya de su propio furor al presenciar aquel horroroso combate.

Tiran los dos, mas solo hiere uno, que tiene mayores fuerzas, y mejores y mas templadas

armas. El héroe sarraceno riega el campo con su sangre, abierto ya el morrion y privado de su escudo. La hermosa maga vé á su campeon con la armadura rota y sus miembros maltratados, notando al mismo tiempo el pavor general en todos los demas, en tales términos que casi nada esperan.

Habia quedado sola y abandonada en su carro la que antes se habia visto rodeada de tanto paladin: teme la esclavitud, aborrece la vida, desespera ya de la victoria y de su venganza, y entre furiosa y acongojada salta del carro; monta apresuradamente en un caballo y se entrega á la fuga, siguiéndola á su lado inseparables, como los lebreles de su amo, el enojo y el amor.

Así en la antigüedad fue Cleopatra huyendo del encarnizado combate, dejando pelear á su Antonio con el afortunado Augusto en medio del mar. Siguióla aquel, mas fiel á su pasion que justo consigo mismo; y seguramente lo mismo hubiera hecho Tisafernes á habérselo permitido su contrario.

Cuando el pagano vió que habia desaparecido Armida, le pareció haberle tambien faltado la luz del dia, y se arroja furioso al que le detenía, lanzándole un golpe tan atroz sobre la frente, que no es tan pesado el gran martillo del cíclope al fabricar sobre el yunque el fulminante rayo, obli-

gando á Reinaldo á inclinar la cabeza sobre su pecho.

Mas enderezándose en el mismo momento, rómpele de una estocada el coselete, y le introduce la punta por medio del corazon, albergue de la vida: la violencia del golpe no para aquí, sino que le sale el agudo acero con doble herida por la espalda, abriendo doble puerta para que salga el alma fugitiva.

Entonces párase el vencedor Reinaldo, examinando á dónde acometa ó ayude; pero no viendo ya pagano alguno en guisa de guerra, y sí sus estandartes en tierra, suspende en fin la matanza: cálmase el ardor belicoso que le habia inflamado, se serena, y se acuerda de la fuga dolorosa y solitaria de Armida.

Habia él notado su huida, y la compasion le reclama el cuidado de ella, y le hace presente que le habia prometido ser su caballero al tiempo que de ella se habia despedido. Se dirige, pues, guiándose por las huellas del palafren, y entretanto llega ella á un sitio desierto y sombrío que casi convidaba á una muerte solitaria.

Alégrase de que el acaso la hubiese conducido á tan umbroso valle: se apea, y dejando sus armas, su arco y aljaba con todas sus saetas, esclama. "¡Armas infelices y vergonzosas, que habeis

dejado la lid sin haberme sido de provecho: aquí os dejo: quedad sepultadas aquí, pues tan mal habeis sabido vengar mis agravios!"

"¿Será posible que ni siquiera alguna de vosotras se haya bañado en sangre? Mas ya que otro cualquier pecho os haya parecido de diamante, á lo menos os atrevereis á herir el mio, que desnudo os presento para que os sirva de victoria y de trofeo. Tierno es, y bien lo sabe el amor, que jamás me disparó saeta alguna sin traspasarlo."

"Sed para conmigo agudas y fuertes, y os perdonaré vuestra pasada cobardía. Compadeced á la desgraciada Armida, reducida á no esperar otro bien que el que vosotras podeis darle. Triste remedio, pues no me resta sino el de herir un pecho herido tantas veces. Sane pues la herida de un dardo la que me ha hecho el amor, y sea la muerte medicina del corazon."

"Feliz seré si no llevo conmigo al sepulcro esta fiebre amorosa: déjeme el amor, y acompáñeme solamente el enojo, compañero eterno de mi sombra, ó mas bien vuelva con él á salir del oscuro reino contra aquel que me ha burlado; y aparézcasele cada noche turbando con horribles visiones su reposo."

Dijo, y decidida ya, escoge la flecha mas fuerte y aguzada, cuando llega en el mismo instante

y la vé el caballero tan próxima á su hora postrera, y que en actitud desesperada, levantado el brazo, cubría su semblante una mortal palidez. Arrójase Reinaldo por detras, y la ase del brazo que tenia ya la penetrante punta á corta distancia del pecho.

Sorprendida Armida, que no habia sentido su llegada, le vé de improviso, y vuelve la cara dando un grito dolorido y moribundo: cual la flor medio cortada doblaba el cuello debil; mas él la sostiene con su brazo, desciñéndola entretanto el vestido para desahogarla.

Derrama algunas compasivas lágrimas sobre su rostro y pecho, y entonces, cual la rosa marchita que vuelve á hermosearse con el argentado rocío de la mañana, vuelve ella en sí levantando la faz regada con agenas lágrimas. Tres veces levantó sus hermosos ojos, y otras tres los separó del caro objeto que no queria mirar mas.

Pugna por desasirse del fuerte brazo que la sustentaba sin conseguir separarse del lazo que mas y mas la estrechaba; y viendo que no la era dado evadirse de él, pues aun la parecia dulce, prorumpe en un torrente de lágrimas sin dirigir la vista á su rostro.

"¡Oh siempre cruel y bárbaro cuando huyes y cuando vuelves! ¿quién te ha traido á este si-

tio? Portentoso es por cierto que quiera evitar una muerte, y pretenda prolongar la vida el que es tan declarado homicida. Tú quieres salvarme; pero dí qué oprobios ó qué penas me reservas. Yo poseo artes desconocidas á un traidor. ¿Mas qué he de poder, si ni morir puedo?»

«Sí: tu gloria te parecerá incompleta si no llevas atada al carro de tu triunfo á una muger cautiva y engañada: este, este será el mayor de tus timbres. Hubo un tiempo en que yo te brindé con la paz y la vida, y ahora me sería grato acabar tantos martirios con la muerte: mas no te la pido, pues no podré menos de aborrecerla si es don de tu mano.»

Yo, yo misma he de librarme de algun modo de tu fiereza; y si encadenada me faltase un veneno, un arma, un precipicio ó el fatal nudo, tengo, gracias al cielo, medios seguros de que no puedes tú privarme. No mas alhagos, no mas fingimientos con que intentes engañar mis esperanzas.»

Al copioso llanto con que mezclaba sus quejas, desahogando por sus copiosos ojos la ira y el despecho, mezcla él un llanto afectuoso producido por el amor y compasion mas pura, respondiéndola con dulcísimas palabras.: "Tranquiliza, Armida, [illegible] tu turbado corazon: no te reservo

para oprobios y ofensas, sino para un trono, siendo como soy, no tu enemigo, sino tu caballero y esclavo.»

"Si no das fé á mis palabras, lee en mis ojos la verdad que te asegura. Juro volver á restablecerte en el solio de tus mayores; y si el Cielo quiere disipar con alguno de sus rayos los errores del paganismo que preocupan tu augusta alma, yo haré que ninguna iguale en el oriente á tu regia grandeza."

Así la ruega, acompañando sus súplicas con lágrimas y suspiros; y como la nevada falda, herida por los rayos del sol, ó al soplo de un templado airecillo, se empieza á liquidar, y corre por fin deshecha en tibios riachuelos, así se disuelven las despechadas furias de Armida, quedando sola la primitiva pasion. «Venciste, le responde; tu esclava soy, dispon de mí á tu arbitrio, que tus deseos serán para mí las mas dulces leyes.»

En este punto vé el general de Egipto derribado en tierra su real estandarte; vé caer al fiero Rimedon al golpe del invencible Godofredo, y rendidos ó muertos á todos sus guerreros. En tal estremidad no quiere parecer cobarde, y vá buscando (y no la buscó en vano) una ilustre muerte por algun brazo glorioso.

Dirígese rápidamente contra el noble Buillon,

no encontrando otro enemigo que juzgue mas digno de sí; y conforme vá pasando dá muestras de su desesperado y último esfuerzo, gritándole de lejos antes que llegue: «Vengo á morir resueltamente á tus manos, pero haré que mi caida te arrastre y te sepulte conmigo."

Dijo, y ambos se acometen á un tiempo. Godofredo queda desarmado del escudo, y herido en el brazo izquierdo; mas en la misma arremetida le descarga tal golpe en lo inferior de la siniestra megilla, que queda Emireno trastornado y aturdido sobre la silla; y antes que pueda volver á levantarse, cae traspasado el vientre.

»Muerto así Emireno, solo queda en el campo un corto resto de aquel inmenso ejército. Sigue Godofredo el alcance de los vencidos, pero se detiene al ver que Altamor, cubierto todo de sangre, empuñando media espada y cubierta con medio yelmo la cabeza, está luchando contra cien lanzas que le cercan. "Cesad, grita á los suyos; y tú, generoso Adalid, ríndete á mí: soy Godofredo."

Altamor, cuyo ánimo heróico jamás se abatió á ninguna humilde accion, cuando oye el nombre ilustre que divulga la fama desde los confines del etiope hasta la Ursa: «Haré, le responde, cuanto me pidas, pues eres digno de que te obedezca.» Entrególe la espada, y añadió: "Tu victo-

ria sobre Altamor no solo ha de colmarte de gloria, sino tambien de riquezas.»

"El oro de mi reino, y las riquísimas joyas de mi tierna esposa, compondrán mi inmenso rescate.» Godofredo le replica: "No me dió el Cielo un alma capaz de que el oro la corrompa: guarda, pues, cuanto te pueda venir de las costas indias, y cuanto Persia produzca, que no pongo yo precio á la vida humana: soy guerrero en el Asia, y no compro ni trueco.»

Con esto le entregó á los suyos, y continuó siguiendo á los fugitivos, que no pueden hallar un asilo á sus tristes vidas ni en las trincheras, pues el estrago se estiende por do quiera: los rios de sangre van corriendo de tienda en tienda, manchando los despojos y desfigurando los adornos y pompas de los bárbaros.

Así venció Godofredo, durando todavía la luz del dia, hasta que entra ya triunfante en la Sacrosanta y Libertada Ciudad al frente del ejército victorioso: allí dejó su manto ensangrentado: allí, acompañado de los demas gefes, sube al templo, cuelga sus armas, y adorando religiosamente el gran Sepulcro, deja cumplido su voto.

FIN.





TASSO

JERUSALEN LIBERTADA

2


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm